

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO

AÑO XIV. —NÚM. 694

MADRID, 23 ABRIL 1927

EL primogénito del Rey de Inglaterra, ese Príncipe de Gales—título que desde el hijo de Eduardo I toma en la Gran Bretaña el presunto heredero del trono—enamorado de todos los deportes y sediento de todos los horizontes, es—aventuramos—un hechizado más por el azul maravilloso de nuestro cielo.

Otro visitante regio es Gustavo V, Rey de Suecia, hijo y sucesor de Oscar II, a quien reemplazó en el trono á su muerte, acaecida en 1907. Este monarca ilustre que cruza Europa desde su tierra del Norte para conocer España, nos colma, como la visita del Príncipe de Gales, de orgullo patrio. Ambas visitas significan el interés y la beligerancia que de día en día despertamos y nos conceden las demás naciones.



NUESTROS REGIOS HUESPEDES

En el círculo, S. M. Gustavo V, Rey de Suecia; en las siluetas, en traje de sport y con uniforme de marina, el Príncipe de Gales

CAMARAT-10

FIGURAS DE LA ACTUALIDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA



D. Leopoldo López de Saa, ilustre literato que ha obtenido el primer premio en el concurso de cuentos organizado por «Los lunes del Imparcial»



D. José Díaz Fernández, joven periodista á quien ha sido concedido un premio extraordinario de igual importancia y categoría que el primero, en el concurso de cuentos de «Los lunes del Imparcial»



La bella y gentilísima «Mireya», que abandona el género de «varietés» para dedicarse á la comedia y al recitar poético, en cuyos aspectos alcanza extraordinario relieve á juicio de poetas y críticos notables, ante los cuales esta gran artista actuó con pleno éxito en recitales de ensayo (Fot. Iruela)



D. Antonio Porras Márquez, notabilísimo escritor que ha ganado el premio Fastenrath con su novela «El centro de las almas»



D. Manuel Siurot, distinguido publicista á quien ha sido otorgado el premio «Mariano de Cavia» correspondiente al año actual

UN MONUMENTO ÁRABE EN MADRID

INTERESANTÍSIMO HALLAZGO ARQUEOLÓGICO EN LA ANTIGUA PARROQUIA
DE SAN NICOLÁS



Una conversación con el ilustre catedrático D. Elías Tormo, que ha descubierto este único monumento árabe que existe en Madrid

Nuestro excelente redactor-fotógrafo Miguel Cortés ha llevado a cabo, en los altos del viejo templo madrileño de San Nicolás, una información notabilísima de la antigua construcción árabe, que se halla cubierta exteriormente por arbitrarios revoques. Para poder fotografiar los artesonados que se conservan ocultos entre la bóveda y los tejados, Miguel Cortés hubo de operar marchando encorvado por un espacio reducidísimo y disparando en la oscuridad sus magnosios a un metro de distancia de los arcos fotografiados. Durante este trabajo, Cortés logró penetrar, deserrajando una puerta que hace innumerables años no se abría y cuya llave se había perdido, en un pequeño desván donde descubrió dos nuevos arcos árabes análogos a los hallados por el Sr. Tormo. El éxito informativo de Cortés merece una cordial felicitación de LA ESFERA.

A Miguel Cortés acompañó nuestro redactor Lorenzo Rodero, cuyas interesantes y documentadas notas pueden leerse a continuación.



ESA labor ingrata, abnegada, del paciente investigador, llena de silencios en torno, cuando no de indiferencia y desdén, ha tenido con el momento presente—el curioso é interesante hallazgo arqueológico á que nos referimos en el epigrafe—el premio inusitado de trascender á todos los vientos...

Al efecto, las conferencias en torno á las iglesias de Madrid, seguidas de las correspondientes visitas á éstas, que con tanta concurrencia está dirigiendo el sabio profesor D. Elías Tormo, han ofrecido últimamente esa nota inesperada...

Encerrando el «suceso» en lindes de gacrilla: el citado profesor de Historia del Arte de la Universidad de Madrid, Sr. Tormo, ha descubierto, al registrar la torre del actual templo de los Terciarios Servitas, que se trataba de una torre moruna en ladrillo, y al examinar el enlace del cuerpo primitivo con el de las campanas, vió que éste era completamente postizo, y que debajo aparecía el pretil y rellano general de las torres de mezquita, ó sea la azotea donde el muezín ó almuédano anunciaba la oración á los musulmanes, en cuenta que entre ellos no se usan las campanas.

Se trata, pues, del único monumento árabe de la capital, jamás mentado por historiadores y arqueólogos, vestigio del siglo xi.

A mayor estudio, registrando desvanes, buhardillas y techumbres adosadas á la torre en los aledaños, se ha comprobado que conserva tres órdenes de bellas arquerías lobuladas, auténtica la que más en alto dejöse visible, aunque revocada arbitrariamente.

Por otra parte, el arquitecto D. Pablo Gutiérrez Moreno ha descubierto á la par, en la misma iglesia, una armadura ó artesonado mudéjar.

Hasta aquí, antes de conseguir entrevistarnos con el ilustre profesor de la Universidad Central, al que logramos hallar en su casa, á punto de sa-

La torre de la iglesia de los Terciarios Servitas, en la que se ve el enlace del cuerpo primitivo de la antigua torre de mezquita con el cuerpo moderno del campanario

(Fot. Cortés)



Armadura ó artesonado mudéjar, descubierto en una de las techumbres adosadas á la torre en los aledaños

lir para sus múltiples ocupaciones—el Consejo de Instrucción Pública, la Universidad, el Museo de Pinturas—, una mañana en hora temprana.

Es un piso alto, asomado á los jardines de la plaza de España, que parecen alegrar este rincón, un tanto sombrío, de paz y silencio, refugio de sabio, lleno de bronce, porcelanas, cuadros, objetos mil de arte.

—Díganos, D. Elías: ¿qué le aficionó á los motivos de Arqueología?

—No hablemos de mí—elude con un ademán de rechazo; y añade:—Rectifique lo de arqueólogo, que no lo soy propiamente. Considéreme únicamente catedrático de Historia del Arte, con cuya misión pronto cumpliré veinticinco años. Pero me falta—de nuevo alega su natural modestia—preparación intensa para poderme titular arqueólogo. Fui antes—tiene, roto un silencio—catedrático de Derecho y abogado en ejercicio. Mi pasión por las bellas artes me llevó á unas oposiciones, y desde

las segundas conseguí esa gran felicidad de tener por profesión lo que casi constituía mi vicio...

—¿Me quiere dar algunos detalles sobre el cursillo que actualmente dirige en torno á las iglesias matritenses?

—Hace cosa de seis años inauguré un curso libre de Historia de Madrid en la Universidad, nunca por nadie intentado antes. Con extraordinario éxito de público desarrollé en doce conferencias la Historia de Madrid en las edades pre-

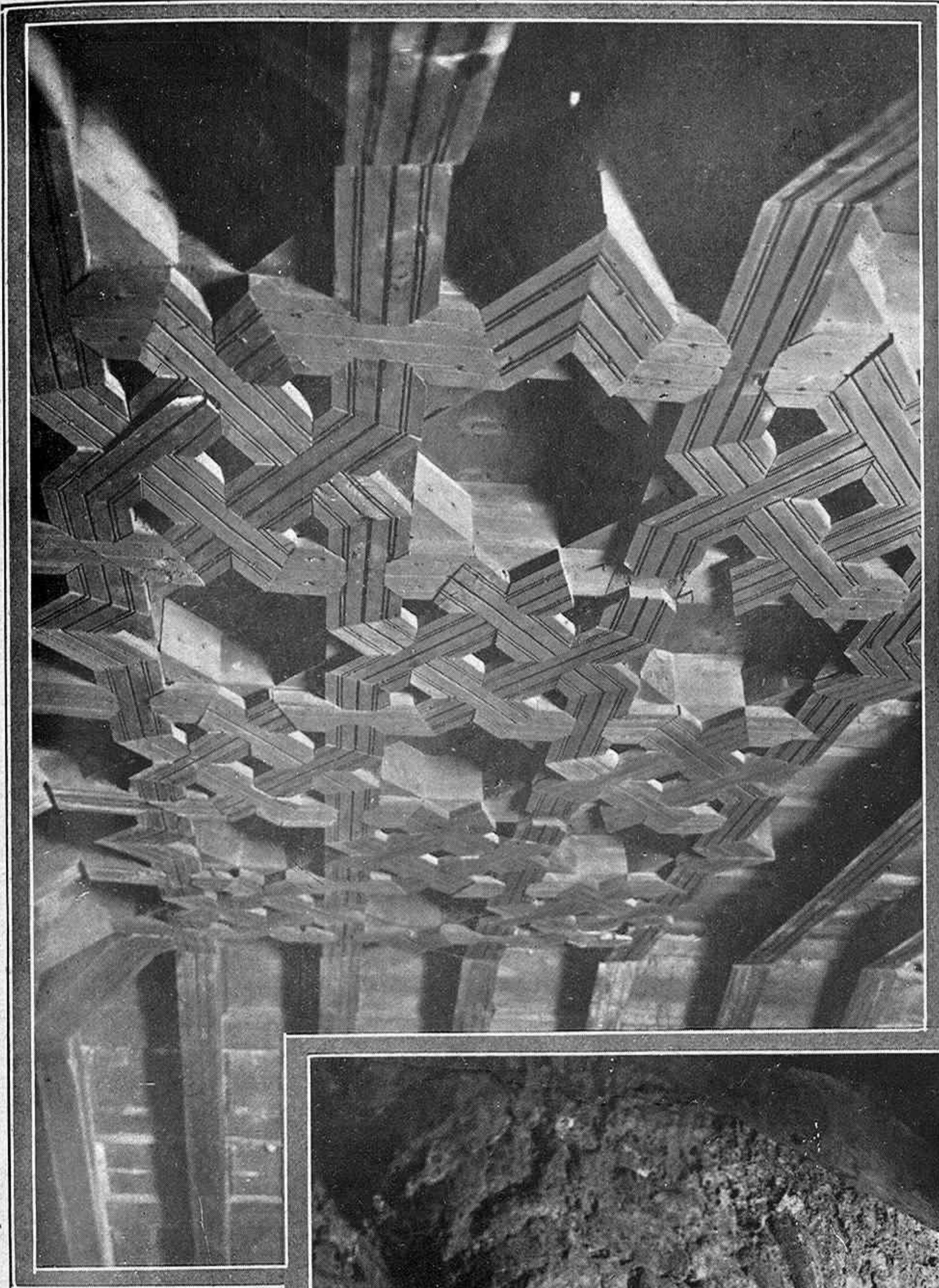
histórica—la más interesante—, en la Edad Antigua, en la Edad Media y hasta todo el reinado de los Reyes Católicos, de donde no pude pasar... En cierto modo, el curso actual de Historia del Arte en las iglesias de Madrid es la prosecución del trabajo, aprovechando la oportunidad del interés despertado por la Exposición del Antiguo Madrid.

—Dígame algo sobre esa labor ingrata que es la del investigador.

—Yo, aunque conozco bien las iglesias, las repaso cuidadosamente antes. Considero lo más esencial haberme leído, anotado y depurado, á la luz de la crítica histórica y arqueológica, los textos todos de los historiadores y críticos sobre cada iglesia. Consulto al caso á los más competentes, de la Universidad ó fuera de ella. Por eso, en lo de



Un rincón del artesonado, zapata de viga tallada, de característica traza árabe (Fots. Cortés)



Otro aspecto del artesanado mudéjar descubierto en la antigua parroquia de San Nicolás

la torre y artesanado de San Nicolás fueron conmigo el gran arqueólogo Gómez Moreno, el más sabio de Europa, en cuanto al Arte de la Edad Media especialmente, y el arquitecto Gutiérrez Moreno. Soy quien cree que la peor causa del poco provecho de los estudios científicos en nuestra patria se debe al aislamiento y los silencios absurdos de los estudiosos, que ocultan los descubrimientos y á veces los reservan lustros y lustros...

—¿No cree usted que Madrid esconda monumentos de la índole al descubierto en la antigua parroquia de San Nicolás?

—Vamos por partes... Madrid no tiene monumentos de la época romana, cuando aquí no había la supuesta ciudad de Mantua de los Carpetanos, sino la mansión Miaco ó Meagues, entre Madrid y los Carabancheles. En el curso de Historia que di, visitamos en su lugar, es decir, en la bella finca de la emperatriz Eugenia—Carabanchel—, el bello mosaico romano subsistente. Cerca de allí se halló el bellissimo bronce (Cabeza de un Asno borracho), pieza de brazal de Gilla, de los llamados cúrules, y que es todavía la más hermosa del Arte grecorromano en su género: son muestras de la cultura que se asentó bien en esta localidad. De la Edad prehistórica, todo lo mejor, de capitalísima importancia, se halló en el ya rebajado cerro de San Isidro. Las magnas colecciones de esa procedencia están donde jamás pudo suponerse: en Asia y en América, en las Universidades de Calcuta, en la India inglesa, y en la de Cambridge, de Norteamérica, en donde se puede estudiar la prehistoria lejanísima de Madrid, pues compraron todo lo hallado y estudiado por españoles en el cerro de San Isidro. Hará de esto medio siglo. Después se han hallado en las inmediaciones de Madrid hasta cuarenta y dos localidades de restos prehistóricos... De la Edad Media—prosigue—, habiendo datos interesantísimos, sobre todo el texto del Fuero de Madrid, del siglo XII y de la vida de San Isidro, escrita en el siglo XIII, apenas quedaba nada arquitectónico más que la torre morisca de San Pedro, que es ya del siglo XIV, y fragmentos arquitectónicos en San Pedro mismo y alguna otra iglesia. Y en cuanto á imágenes sagradas, la Virgen de Atocha, la de Santo Domingo el Real, la de la Almudena, las tres en escultura, y la repintadilla de la Flor de Lis, en pintura, estas dos últimas en la Catedral nueva.

Y allanando una pausa, acomete de nuevo:

—Seguramente quedan todavía algunos trozos de la muralla árabe ó cristiana, pero será dentro de las casas y absolutamente invisibles; probablemente, en alguna de la calle de la Escalinata y del Espejo, ó de la del Almendro y Cava



Tres arcos en ladrillo de clásico estilo árabe, que testimonian el interesante hallazgo arqueológico

(Fots. Cortés)



Baja. Pero si se descubrieran, no ofrecerían más interés que el de poderlas medir y calcular su fortaleza, y la de Madrid de los siglos medios, en consecuencia.

—¿Quiere usted volver á la torre árabe de San Nicolás?

—Es, desde luego, sin haberlo sospechado, mucho más importante y más bella en todos los órdenes que la de San Pedro, y mucho más antigua.

—¿No requiere este hallazgo arqueológico alguna medida que adoptar para su conservación?

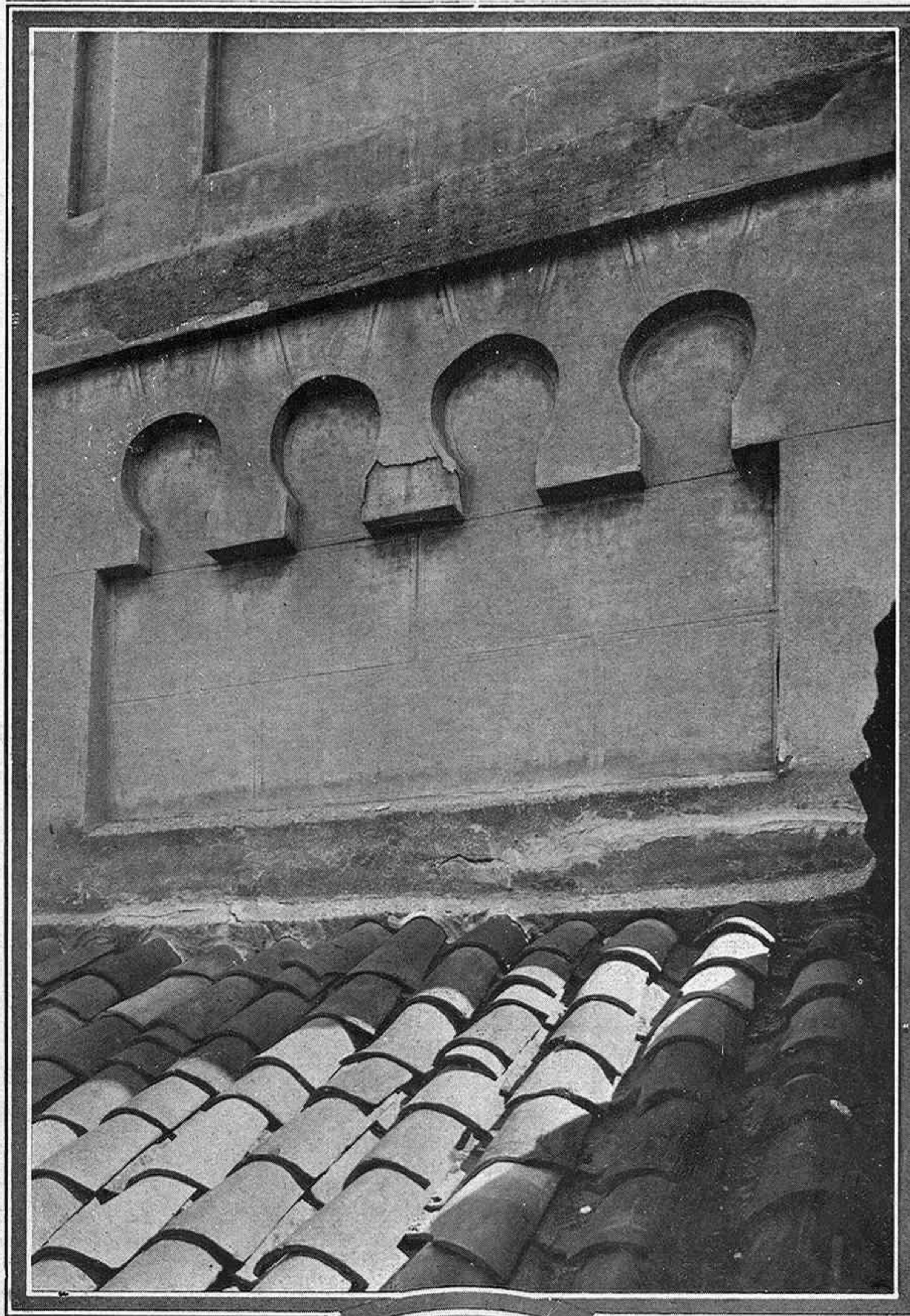
—Indudablemente. Se debería dejar todo á la vista y quitarle ese caprichoso revoque de lo alto de su parte árabe. Para ello basta derribar la parte alta de las habitaciones ó dependencias adosadas, cosa fácil y sencilla por demás, salvo si hay que pagar indemnización. De todas formas, creo que debe el Ayuntamiento encargarse de poner á la vista el más bello y el más antiguo de los monumentos arquitectónicos de la Corte, y el único árabe. Justamente cuando el Municipio merece unánimes aplausos por empresas como las de la Casa de Cisneros, la de la Hemeroteca (mudéjar tan insospechada), en que tan acertadamente intervino el arquitecto Bellido, y la creación del Museo Municipal, y las subvenciones concedidas á la Universidad y al Museo del Prado... Ya no son posibles enormidades como la de haber convertido en grava las nobles piedras numeradas de la Puerta de San Vicente, que se había de reconstruir.

—¿Y no se debían proseguir estas investigaciones en otras parecidas iglesias de la historia á la de San Nicolás?

—Se debe... Y así haremos. San Nicolás, como las otras parroquias viejas arriadas al Alcázar—Santa María, San Miguel, San Juan, Santiago, el Salvador—fueron seguramente mezquitas antes de la reconquista; la morería, entonces, pasó al otro lado de la calle de Segovia.

—Para concluir, D. Elías, ¿quiere usted hacer una breve historia de la antigua parroquia de San Nicolás?

—Fué, hasta 1806, desde el siglo XII, una de las diez parroquias del recinto murado de Madrid. La fantasía de los historiadores la supuso de 1382 (¡en vida de San Nicolás, en Asia!) En 1806, creyéndola ruinosa, se unió la parroquialidad á la precisamente rival del



Obsérvese en la presente fotografía la torre ó azotea donde el muezín ó almudano anunciaba la oración

á los musulmanes, arbitrariamente revocada, sobre la que cabalga el actual cuerpo de las campanas



DON ELÍAS TORMO

Ilustre catedrático, profesor de Historia del Arte de la Universidad Central, á quien se debe el interesantísimo hallazgo arqueológico, al registrar, con motivo del cursillo que dirige en torno á las iglesias, el actual templo de los Terciarios Servitas

(Fots. Cortés)

Salvador. Unidas las feligresías y titulares, la recobró en 1842, para diez lustros después establecerse en otro barrio y con otra feligresía en la iglesia de Anón Martín. Pero ya desde 1825 se había dado como en propiedad á los hermanos terciarios servitas, que la afianzaron y decoraron. En ella siguen. En esta iglesia fué bautizado Ercilla, el famoso poeta épico...

La torre aparece mudéjar —y repetiré—, sobre la cual va la parte moderna de las campanas. El viejo buque del templo aparece como tres naves, siglo XVII sobre macizos viejos muros, cual si fueran agregadas las segundas con abovedamiento típico. Pero la cabecera —ábside central—es gótica, con las nervaduras complicadas de fines del siglo XV...

Y reanuda, venciendo una pausa:

—La nave central, aparte la cabecera, conserva íntegra, aunque estropeada y por encima de las bóvedas, una armadura mudéjar, en cuyos extremos del almizate hay bella labor de lazos árabes, pero cuyos pares de tirantes van sobre canes labrados con eses del Renacimiento, marcando el siglo XVI toda esa cubierta de carpintería de lo blanco, aunque morisca.

La torre se confirma como minarete moro, con tres zonas por lado de arquerías ciegas, de cuatro y de tres y tres arcos, de herradura los altos y lobulados los otros, todo en ladrillo.

Otra pausa, y seguidamente, luego de consultar un cuadernito:

—En cuanto al interior de la iglesia, vemos, en el retablo mayor, la Dolorosa, del siglo XVIII, mucho más interesante que la Soledad de Vestir, donación del escultor de cámara Ce Fernando VII, Valeriano Salvatierra. Un Ecce-Homo —á la cabecera de la nave derecha— en hornacina, recuerda á Busi. Encima, la Sagrada Familia, de lo mejor de pintura en la segunda mitad del siglo XVIII. Con los Dolorosa y el Evangelista, sin retablo—pies de la nave central—, un Crucifijo de la derribada Santa Catalina de los Donados.

Y para acabar—tiene, apuntando un ademán de despedida—, en la antescristía, una Inmaculada, escultura de la escuela de Alonso Cano, y un Niño Jesús del siglo XVIII...

LORENZO RODERO

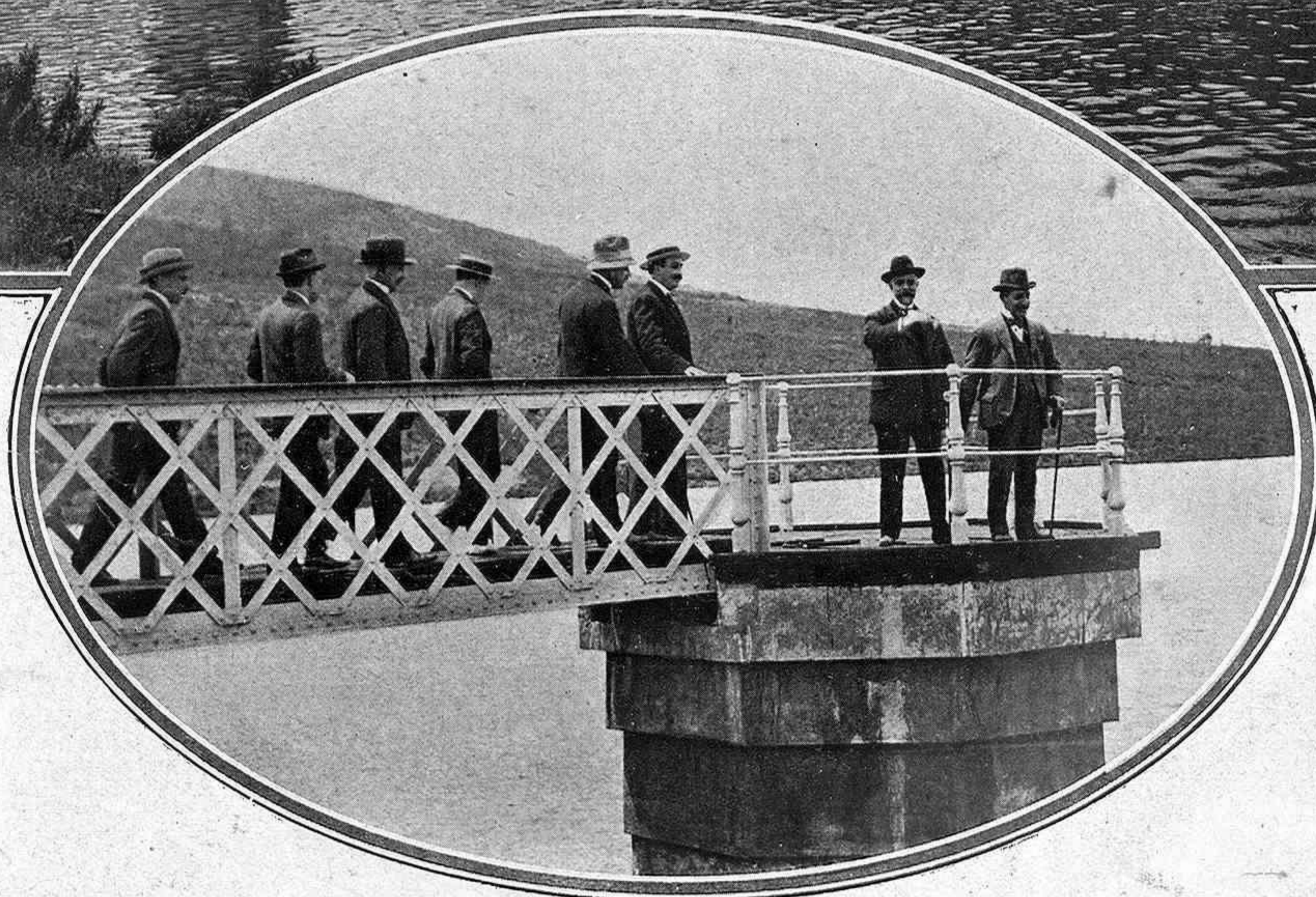
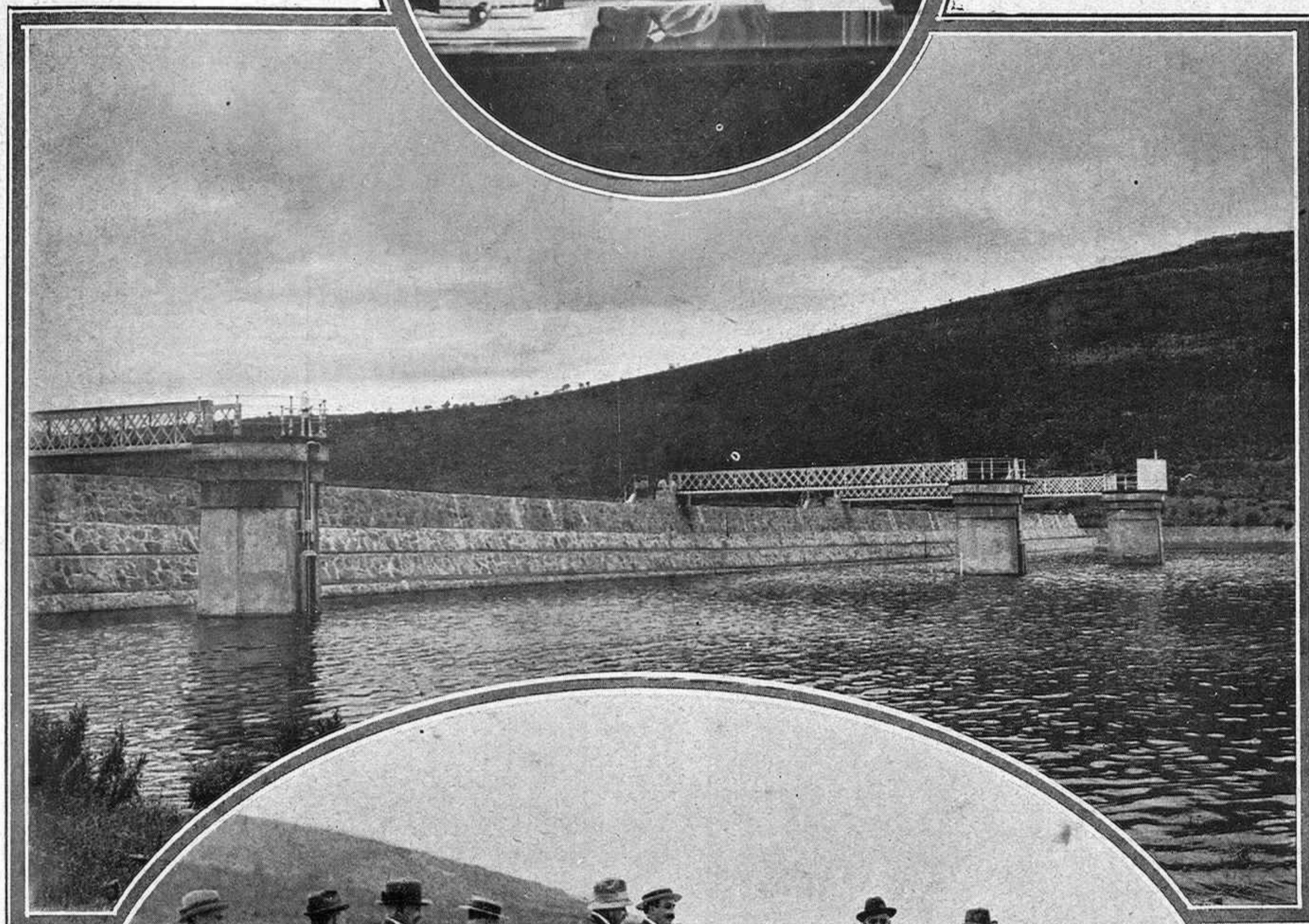


Una gran figura que desaparece

EN el panorama de nuestra política, don Rafael Gasset, el ilustre ex ministro fallecido, no era un nombre más. Había, por el contrario, en él, una verdadera significación, un positivo credo españolista, un programa eficaz por el que laboró con tenacísimo esfuerzo. ¿De cuántas figuras que desaparecen puede decirse lo mismo? La vida de don Rafael Gasset tuvo, en ese aspecto político, un ideal constante, henchido de positivo interés nacional. Creyó siempre que uno de

Rafael Gasset

los factores de mayor importancia en la reconstitución de España era el fomento de las posibilidades hidráulicas. Su política tenía, de este modo, un objeto, una significación. No era don Rafael Gasset ese tipo de ministro que lo mismo desempeña una cartera que otra. Su pensamiento, su labor, su entusiasmo, se encaminaban hacia la consecución de aquel programa, que todavía, muerto el ilustre hombre público, continúa siendo para los españoles un camino...



En el círculo, uno de los recientes retratos del gran estadista don Rafael Gasset, fallecido recientemente en Madrid. En el centro, vista parcial del Pantano Gasset, debido á las incansables actividades del insigne hombre público durante su gestión ministerial. Abajo, don Rafael Gasset (en el extremo del dique) inspeccionando los trabajos en el Pantano que lleva su nombre, durante la construcción de dicha importantísima obra

LA MANTILLA

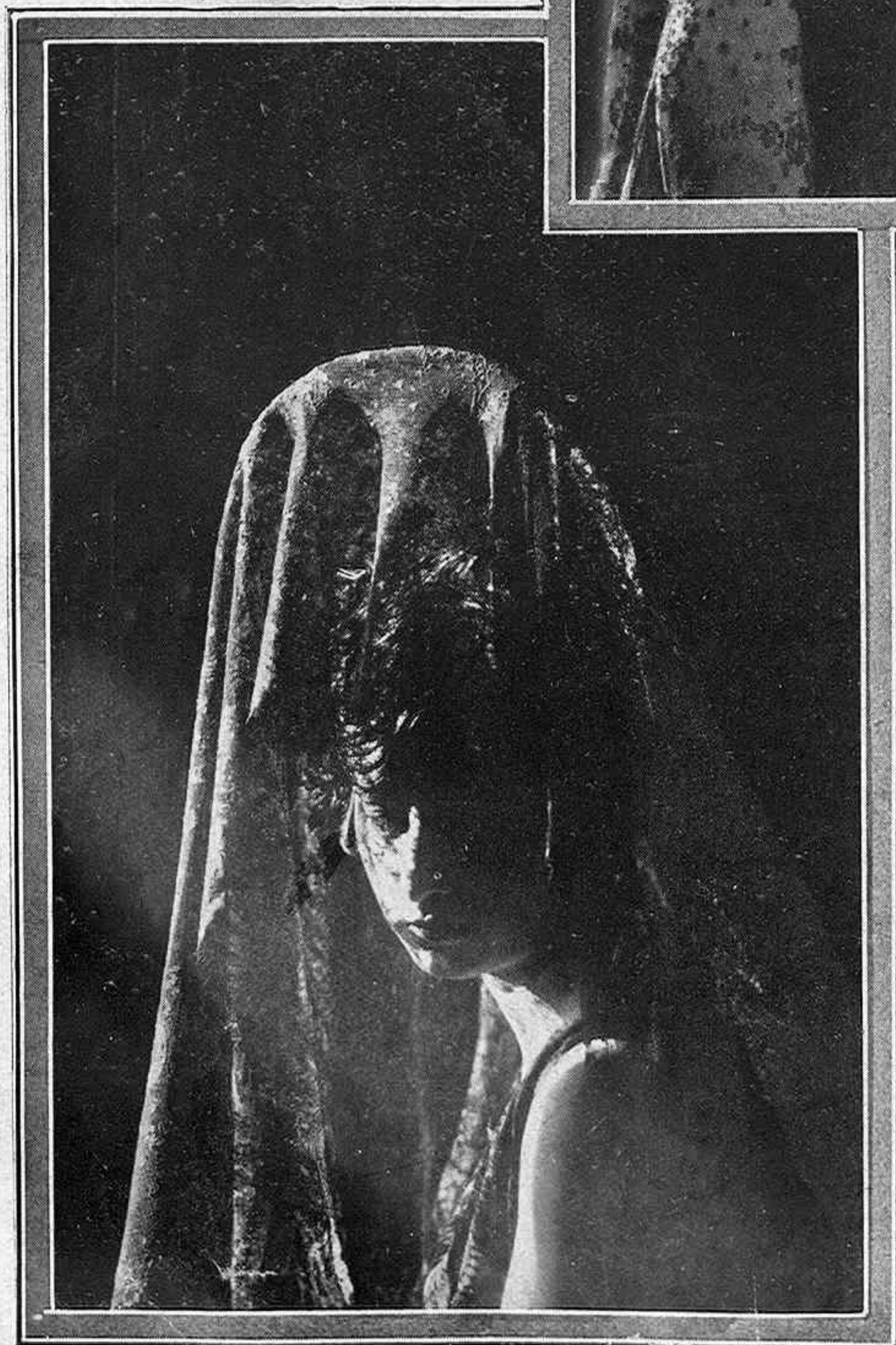
EN ASTURIAS



SEÑORITA ROSAURA MENENDEZ GONZALEZ



SEÑORITA AMALIA MENENDEZ GONZALEZ



SEÑORITA MARIA CRUZ BARRERO RIVERA

SEÑORITA PILAR MONTALBAN PEÑA



SEÑORITA PILAR SORDO PEREZ

Algunas bellas señoritas de Llanes, luciendo la clásica mantilla durante las ceremonias de Semana Santa

CAMARAFU



EL ARTE DE RECITAR VERSOS

Berta Singerman, la gran recitadora de habla castellana, se halla actualmente en Guatemala. En esta fotografía aparece la insigne artista sobre una de las ruinas mayas de Quiriguá

LAS GRIMAS DE BONTEPELLI

EN la revista «900», mosaico iconoclasta y circense de nuevos viejos marinettistas, el incondicional fascista Máximo Bontempelli certifica la muerte del Teatro. «El Teatro —dice— es cosa acabada. Y cuando yo oigo hablar de «la crisis del Teatro», siento impresión análoga á la que sentiría oyendo hablar de «la crisis del poema épico», del soneto, del alejandrino ó del endecasílabo.»

Para el craso titiritero de las letras, pues, no sólo ha muerto el Teatro, sino toda la Poesía lírica. Plebeyo tópico de *bar*, repetido por esa «murga gaditana» de gaceteros literarios que, en complicidad con las Pompas fúnebres, entieñan un día á Lope, otro á Zorrilla, otro á Espronceda, entre el estruendo de su *jazz-band*.

POESÍA DRAMÁTICA

Se acabó la Poesía. Se acabaron los poetas. El público no quiere versos. ¡Hola! Sin embargo, en la temporada teatral se han estrenado más obras en verso que nunca. Marquina, con su *Fruto bendito*; Mayral, con *La jaca torda*; Mac-Kinley, con *Bajo la capa de Arlequín*; el mismo Marquina con *La ermita, la fuente y el río*; Ardavín, con *La nieta de la Dolores*; los Machado, con *Don Juan de Mañara*; el mismo Ardavín, con *La cantora del puerto*. En el espacio de dos meses, ¡siete obras en verso! ¡Ya escampa! ¡Y llovían chuzos de punta!

¿Cómo afirmar, pues, que se acabaron los poetas; que el público no quiere versos? Se dirá que no todas esas obras en verso son poesía; que no todos esos rimadores son poetas. Es muy posible. Pero algunos sí son poetas; algunos de esos versos encierran verdadera poesía. Sobre todo, que el público, tan prosaizado por la prosa, comienza á reaccionar, aplaudiendo el verso. Frente á este hecho alentador, ¿de qué sirven las

grimas de Bontempelli, tan grotescamente imitadas por nuestros gaceteros «murguistas»?

POESÍA LÍRICA

Pero hay más, Lisardillos funámbulos. No sólo ha reaccionado el público aplaudiendo la poesía dramática, sino gustando con delectación de la lírica. Los recitales de Berta Singerman, renovados en la Unión Radio por Blanca Jiménez; en Lara, por Regina, y en el Infanta Beatriz, por Juan de Orduña, y extendidos á diferentes provincias, ya en el teatro, ya en las estaciones radiofónicas, ¿no prueban, de modo innegable, que el público desea versos?

Se dirá, como de los poetas dramáticos, de los líricos, que «ni son todos los que están, ni están todos los que son». Desde luego. Pero ello es *peccata minuta*. Todo será metodizar la cuestión un poco. Hacer que las actrices pongan, como ha puesto Blanca Jiménez, su fervor y sus facultades al servicio de los poetas. Encauzar á grandes artistas de la canción, como Raquel Meller, Mercedes Serós, Concha Piquer y Concha Ulía, hacia los recitales de versos. Recabar de los directores de escena la implantación de «entre actos líricos», ya que no de «matinés poéticas», al estilo de la Comedia Francesa. Lo importante es saber que el público gusta de oír poesías recitadas, y lejos de enterrar á los poetas, quiere resucitarlos y enaltecerlos.

Tanto más elocuente y significativa es la predilección del público cuanto que surge *exponete sua*, sin la menor preparación; antes bien, en un dilatado ambiente prosaico. Extinguidas las luminarias del llamado «Teatro poético», llevábamos quince años sin que en los escenarios españoles apareciese, clásica ni moderna, una obra en verso. Quince años sin que ningún actor español—fuera de Morano, Borrás, Mendoza y Ricardo Calvo, en contadas reposiciones clásicas—recitase una redondilla. Quince años sin otra

declamación que la de un teatro, no sólo en prosa, sino, con raras excepciones, en prosa vil. Y en circunstancias tan ramplonas, reaccionando instintivamente contra tanta desidia y tanta vergüenza, el público demanda versos: ¿No es esta la ocasión de encauzar y robustecer deseo tan noble?

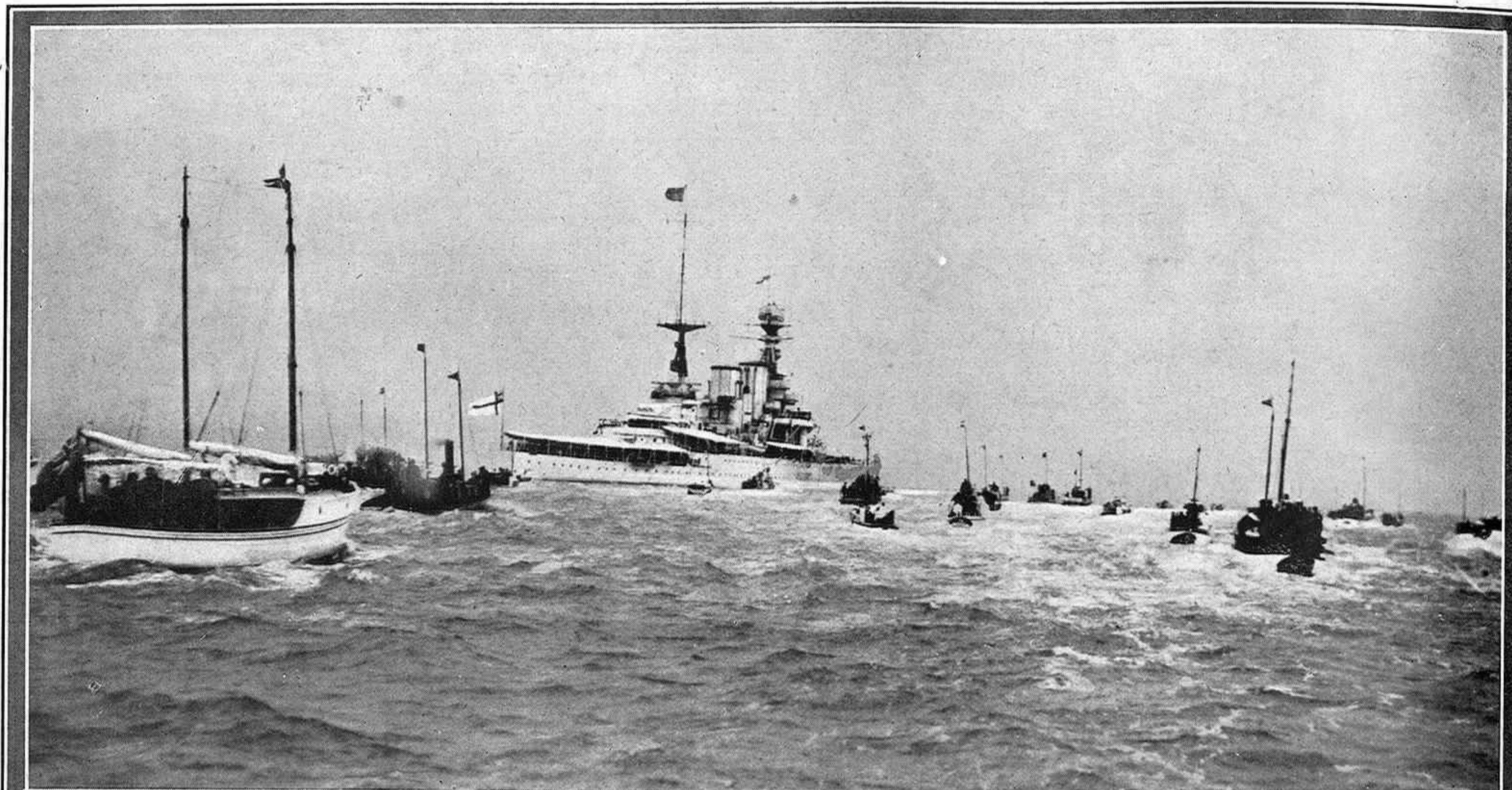
POESÍA SOCIAL

Pero hay más todavía, amados Teótimos gaceteros. No sólo pide el público versos en espectáculos de arte, sino que los demanda y aplaude en esos otros, de carácter meramente social, como los mítines abolicionistas. Alternando con oradores médicos, jurídicos, financieros, destacan, en las sesiones de cada domingo, bellas artistas, como Julia Lajos y Adela Vicenté, que recitan poesías sociales.

Este ir con el espíritu de los tiempos libra á la recitación métrica del rancio tópico romántico, sensiblero y pasado de moda. No se trata ya de la poesía lírica, encaramada por las nubes, ajena á la ansiedad contemporánea, sino de la poesía social, expresión viva y fresca de los problemas de «vanguardia».

Hay también una especie de remordimiento, señalado por un poeta yanqui, Roberto Frost—el nuevo Emerson—, cuya severidad moralista recoge esta reacción de los prosaicos como «una penitencia sin confesión». El hombre se ha entregado con exceso á las finanzas, al deporte y á la orgía, desnaturalizándose enteramente, convirtiéndose en un ser artificial que ha prescindido del Espíritu y del Ensueño. Ahora, el Ensueño y el Espíritu le piden cuentas, obligándole á reintegrarse á su naturaleza de hombre con Ensueños y Espíritu. Y esta reintegración se encomienda á la Poesía, cuyo renacimiento universal se vislumbra hasta en países tan estragados estéticamente como España...

CRISTÓBAL DE CASTRO

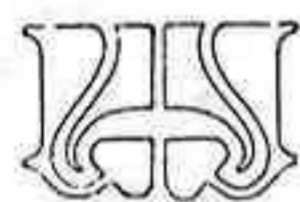


LOS DUQUES DE YORK EN NUEVA ZELANDA

El acorazado «Renown», en el que viajan los Duques de York, entrando en el puerto de Auckland (Nueva Zelanda), escoltado por una flotilla de pequeñas embarcaciones

Abajo: Los Duques de York, que ostentan la representación de los Soberanos británicos en ese viaje a los Dominios lejanos, aclamados por la multitud en Auckland (Fots. Agencia Gráfica)

DULCE MILAGRO

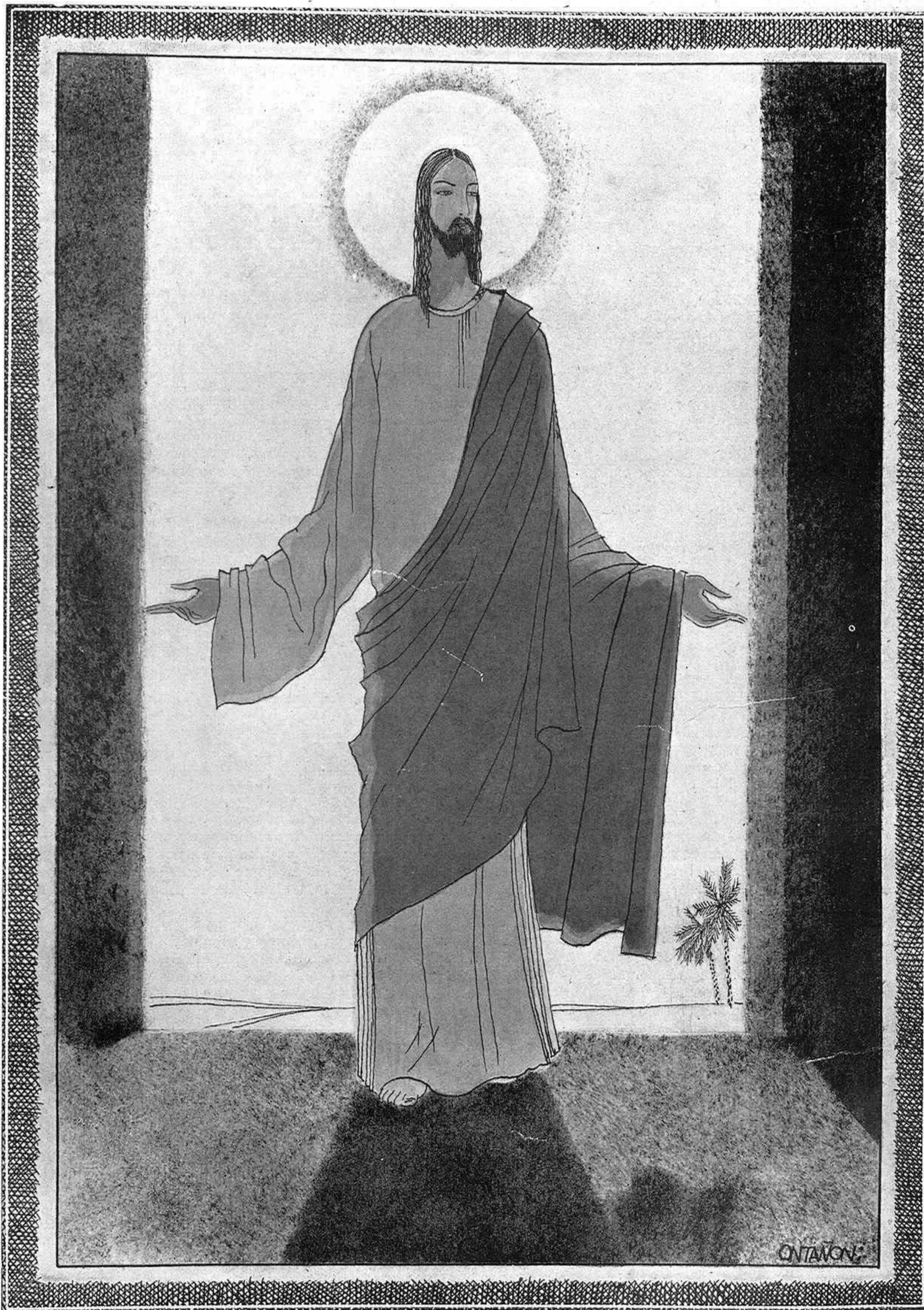


CUENTO DE

EÇA DE QUEIROZ

TRADUCIDO POR

VICTOR GABIRONDO



EN aquel tiempo, Jesús no se había alejado todavía de Galilea y de las dulces y luminosas márgenes del lago Tiberiades; pero la fama de sus milagros había llegado ya hasta Enganín, ciudad rica, de fuertes murallas, entre olivares y viñedos, en el país de Azachar.

Una tarde, un hombre de ojos ardientes y deslumbrados pasó por el fresco valie y anunció que un nuevo profeta, un Rabí hermoso, recorría las aldeas y los campos de Galilea predicando la llegada del Reino de Dios y curando todos los males humanos. Y mientras descansaba sentado cerca de la Fuente de los Vergeles, contó también que ese Rabí, en el camino de Magdala, sanó de la lepra al siervo de un decurión romano,

sólo con extender sobre él la sombra de sus manos; y que otra mañana, dirigiéndose en una barca hacia la tierra de los gerasenios, donde empezaba á recolectarse el bálsamo, resucitó á la hija de Jairo, hombre importante y docto que comentaba los Libros en la Sinagoga. Y como á su alrededor, asombrados, labriegos, pastores y mujeres trigueñas con el cántaro al hombro, le preguntasen si aquél era en verdad el Mesías de Judea, y si delante de él resplandecía la espada de fuego, y si le flanqueaban, caminando como las de dos torres, las sombras de Gog y de Magog, el hombre, sin beber siquiera de aquella agua tan fría de que bebiera Josué, requirió el cayado, sacudió los cabellos y, metiéndose

pensativo bajo el Acueducto, sumióse pronto entre las espesuras de los almendros en flor.

Pero una esperanza deliciosa, como el rocío en los meses en que canta la cigarra, refrescó las almas simples; luego, por toda la campiña que verdea hasta Ascalón, el arado pareció más fácil de enterrar, más leve de mover la piedra del lagar... Los niños, cogiendo ramos de anémonas, miraban por los caminos si tras la esquina del muro ó bajo el sicomoro aparecía una claridad; los viejos, pasándose los dedos por los hilos de las barbas, ya no exponían con tan sapiente certeza las opiniones antiguas...

Vivía entonces en Enganín un viejo, por nombre Obed, de una familia pontifical de Samaria,

que había sacrificado en las aras del monte Ebal —señor de muchos rebaños y de muchas viñas, pero con el corazón tan lleno de orgullo como su granero de trigo.

Un viento árido y abrasador, ese viento de desolación que al mandato del Señor sopla de las torvas tierras de Assur, había matado las reses más gordas de sus manadas, y por los ribazos donde sus viñas se enroscaban al olmo y se alargaban en airosa línea, sólo dejó, en torno de los olmos y de los pilares, desnudos sarmientos, cepas mirradas y parras consumidas por crespas herrumbre.

Y Obed, agachado en el umbral de su puerta, con la punta del manto sobre el rostro, musitaba quejas contra el Dios cruel.

Apenas oyó hablar del nuevo Rabí de Galilea, que alimentaba las multitudes, amedrentaba á los demonios y enmendaba todas las desventuras, Obed, hombre instruido que había viajado por Fenicia, pensó que Jesús sería uno de esos hechiceros como Apolonio, el Rabí Ben-Dossa, Simón y Subtil, tan frecuentes en Palestina. Estos, aun en las noches tenebrosas, conversaban con las estrellas, para ellos siempre claras y visibles en sus retiros; ahuyentaban de los sembrados, con una vara, los moscardones salidos del limo de Egipto, y agarraban con los dedos las sombras de los árboles, que conducían, como toldos benéficos, sobre las eras á la hora de la siesta.

Jesús de Galilea, más reciente, con nuevos hechizos, de fijo, si él le pagara generosamente, detendría la mortandad de sus ganados, reverdecería sus viñedos. Y Obed ordenó á sus servidores que partiesen á buscar por todo Galilea al Rabí nuevo y, con promesas de dineros ó regalos, lo trajesen á Enganín, en el país de Azachar.

Apretaron los siervos sus cinturones de cuero y avanzaron por el camino de las caravanas, que, costeano el lago, se extiende hasta Damasco. Una tarde avistaron sobre el puente, rojo como una granada muy madura, las finas nieves del monte Hermón. Luego, en la frescura de una suave mañana, el lago Tiberiades resplandeció ante ellos, transparente, cubierto de silencio, más azul que el cielo, todo orlado de prados floridos, de espesos vergeles, de rocas de pórvido, de blancas terrazas entre palmares y bajo el vuelo de las tórtolas. Un pescador que desamarraba perezosamente su barca de una punta de césped escuchó sonriendo á los siervos.

—¿El Rabí de Nazareth? En el mes de Ijar, el Rabí descendió con sus discípulos hacia el lado para donde el Jordán lleva las aguas.

Los siervos, corriendo, siguieron por las márgenes del río hasta el vado, donde se extiende en un largo remanso y descansa y duerme un instante, inmóvil y verde, á la sombra de los tamarindos.

Un hombre de la tribu de los esenios, todo vestido de lino blanco, recogía lentamente hierbas salutíferas por la orilla del agua con un corderillo blanco al cuello.

Los siervos saludaronle humildemente, porque el pueblo ama á estos hombres de corazón tan limpio, claro y cándido como sus vestiduras, lavadas todas las mañanas en estanques purificados.

¿Sabía él del paso de un nuevo Rabí, que, como los esenios, enseñaba la dulzura y curaba las gentes y los ganados?

El esenio murmuró que el Rabí había atravesado el oasis de Engandí, marchando después hacia allá...

—Pero ¿dónde es «allá»?

Moviendo un ramo de flores rojas que había recogido, el esenio señaló las tierras de allende el Jordán, la planicie de Moab.

Los siervos vadearon el río, y en balde procuraron á Jesús, jadeando entre los rudos trillos, hasta las fragosidades donde se yergue la ciudadela siniestra de Makaur.

En el Pozo de Jacob reposaba una larga caravana que conducía á Egipto mirra, especias y bálsamos de Gilead, y los camelleros, sacando agua con los baldes de cuero, contaron á los siervos de Obed que en Gadará, por la luna nueva, un Rabí maravilloso, mayor que David é Isaías, había sacado siete demonios del cuerpo de una

tejedora, y que, á su voz, un hombre degollado por el salteador Barrabás se levantó de su sepultura y se volvió á su huerto.

Los siervos, esperanzados, subieron apresuradamente por el camino de los Peregrinos hasta Gadara, ciudad de altas torres, y aun más allá, hasta las nacientes de Amalla.

Pero Jesús, en esa madrugada, seguido de un pueblo que entonaba cánticos y sacudía ramos de mimosa, había embarcado en el lago, en un batel de pesca, navegando á vela hacia Magdala. Y los siervos de Obed, descorazonados, pasaron de nuevo el Jordán por el Puente de las hijas de Jacob. Un día, ya con las sandalias rotas por los largos caminos, pisando ya tierras de la Judea romana, cruzáronse con un fariseo sombrío que regresaba á Efraín montado en su mula.

Con devota reverencia detuvieron al hombre de la Ley.

—¿Encontró él acaso á ese Profeta nuevo, de Galilea, que como un Dios paseando por la tierra sembraba milagros?

La adusta faz del fariseo se oscureció arrugada, y su cólera retumbó como un tambor orgulloso:

—¡Oh, esclavos paganos! ¡Oh, blasfemos! ¿Dónde oísteis que existiesen profetas ó milagros fuera de Jerusalén? Sólo Jehová tiene fuerza en su Templo. De Galilea salen necios é impostores...

Y como los siervos retrocedían ante su puño erguido, cubierto de dísticos sagrados, el furioso doctor saltó de la mula y con las piedras del camino apedreó á los servidores de Obed, gritando:

—¡Racca! ¡Racca!—y todos los anatemas rituales.

Los siervos huyeron hacia Enganín, y grande fué el desconsuelo de Obed, porque sus ganados morían y sus viñas se secaban.

Y en tanto, radiantemente, como una alborada tras las sierras, crecía consoladora y llena de promesas la fama de Jesús de Galilea.

•••••

Por ese tiempo, un centurión romano, Publio Séptimo, mandaba el fuerte que domina el valle de Cesárea hasta la ciudad y el mar. Publio, hombre áspero, veterano de la campaña de Tiberio contra los partos, se enriqueció durante la revuelta de Samaria con presas y saqueos: poseía minas en el Atica y gozaba, como favor supremo de los Dioses, de la amistad de Flaco, legado imperial de Siria.

Pero un dolor roía su prosperidad, muy poderosa, como roe el gusano un fruto muy succulento.

Su hija única, para él más amada que vida y bienes, languidecía con un mal sutil y lento, extraño aún al saber de esculapios y mágicos que él mandara consultar á Sidón y á Tiro.

Blanca y triste como la luna en un cementerio, sin una queja, sonriendo pálidamente á su padre, desfallecía sentada bajo un «velarium» en la alta explanada del fuerte, dejando errar nostálgicamente los negros ojos tristes sobre el azul del mar de Tiro, por el cual llegara un día de Italia en una opulenta galera.

A su lado, en ocasiones, un legionario situado entre las almenas apuntaba vagarosamente á lo alto con la flecha, y atravesaba una gran águila que volaba serena en el cielo rutilante.

La hija de Séptimo seguía un momento al ave, que volteaba hasta caer muerta sobre las rocas; después, con un suspiro, más triste y más pálida, volvía los ojos al mar.

Mientras tanto, Séptimo, oyendo contar á unos mercaderes de Chorazín de este Rabí admirable que sanaba los males tenebrosos del alma y que tal poder tenía sobre los espíritus, destacó tres decurias de soldados para que lo procurasen por la Galilea y por todas las ciudades de la Decápola, hasta Ascalón.

Los soldados enfundaron los escudos en los sacos de lona; empenacharon los cascos con ramos de olivo, y sus sandalias herradas se alejaron apresuradamente, resonando sobre las losas de basalto del camino romano, que desde Cesárea hasta el Lago, corta toda la Tetrarquía de Herodes.

Sus armas, de noche, brillaban en la cima de las colinas, entre las llamas ondeantes de los hachones erguidos. Durante el día invadían los ca-

serios; rebuscaban en la espesura de los pomares; agujereaban con la punta de las lanzas la paja de las parvas; y asustadas las mujeres, para amansarlos, acudían prestamente con pasteles de miel, higos nuevos y vasijas llenas de vino, que ellos apuraban de un trago, sentados á la sombra de los sicomoros.

Así recorrieron la Baja Galilea, y del Rabí sólo descubrieron el surco luminoso en los corazones.

Cansados de marchas inútiles, recelosos de que los judíos escondieran á su hechicero para que los romanos no se aprovecharan de su magia poderosa, derramaban con tumulto su cólera á través de la piadosa tierra sometida. Detenían á los peregrinos en la entrada de los puentes gritando el nombre del Rabí, rasgando los velos de las vírgenes; y á la hora en que los cántaros se llenan en las cisternas, entraban por las calles angostas de los pueblos, penetraban en las Sinagogas y golpeaban sacrílegamente con el puño de las espadas en las «Thebahs» ó santos armarios de cedro donde se guardan los Libros sagrados.

En las cercanías de Hebrón arrastraron de las barbas á los solitarios, fuera de las grutas, para arrancarles el secreto nombre del desierto ó del palmar, donde se ocultaba el Rabí; y dos mercaderes fenicios que venían de Joppé con mercancías, y que nunca oyeron el nombre de Jesús, pagaron por ese delito cien dracmas á cada decurión. Ya las gentes de los campos, aun los bravíos pastores de Idumea que llevan las reses blancas para el Templo, huían despavoridas hacia las serranías apenas brillaban en alguna revuelta del camino las armas del bando violento.

Y junto á los terrados, las viejas sacudían como talegas la punta de los cabellos desgreñados, y lanzaban sobre ellos maldiciones, invocando la venganza de Elías.

Así, tumultuosamente, erraron hasta Ascalón. No encontraron á Jesús, y retrocedieron á lo largo de la costa, enterrando las sandalias en las arenas encendidas.

Una madrugada, cerca de Cesárea, marchando por un valle, avistaron sobre un otero un verdinegro bosque de laureles, entre el cual albeaba discretamente el fino y claro pórtico de un templo.

Un viejo de largas barbas blancas, coronado de hojas de laurel, y vestido con una túnica color de azafrán, sosteniendo una leve lira de tres cuerdas, esperaba gravemente sobre los escalones de mármol la aparición del sol.

Abajo, agitando un ramo de olivo, los soldados llamaron, gritando, al sacerdote:

—¿Conocía un nuevo profeta que había aparecido en Galilea tan diestro en milagros que resucitaba los muertos y cambiaba el agua en vino?

Serenamente, elevando los brazos, el tranquilo anciano exclamó:

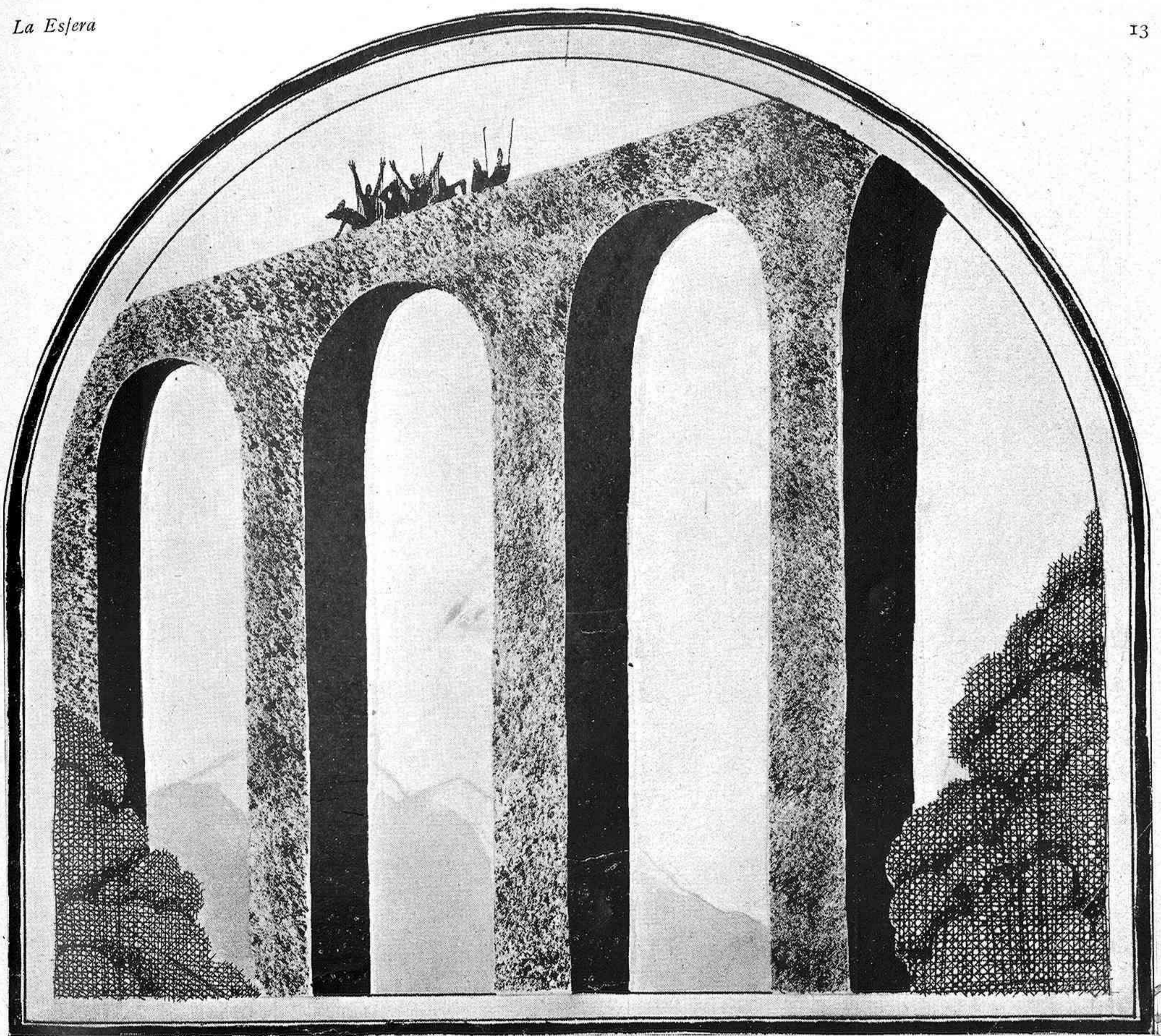
—¡Oh, romanos! ¿Cómo creéis que en Galilea ó Judea aparezcan profetas consumando milagros? ¿Cómo puede un bárbaro alterar el orden instituido por Zeus? Mágicos y hechiceros, son charlatanes que murmuran palabras huecas para conseguir la retribución de los simples. Sin el permiso de los Inmortales, ni una rama seca puede caer, ni una hoja puede ser sacudida en el árbol. No hay profetas; no hay milagros. ¡Sólo Apolo Delfico conoce el secreto de las cosas!...

Entonces, lentamente, con la cabeza inclinada como en una tarde de derrota, los legionarios regresaron á la fortaleza de Cesárea. Y fué grande la desesperación de Séptimo, porque su hija se moría sin una queja, mirando el mar de Tiro.

Y todavía la fama de Jesús, curador de lánguidos males, crecía consoladora y fresca como la brisa de la tarde que sopla del Hermon, y á través de los huertos reanima y levanta las azucenas marchitas...

Entre Enganín y Cesárea, en un casucho lleno de grietas, sumido en el alfoz de un cerro, vivía en ese tiempo una viuda, mujer desdichada entre todas las de Israel. Su hijo único, parálítico, había pasado del seco pecho al que ella lo criara, al pútrido jergón donde llevaba viviendo siete años, llorando y enflaqueciendo.

También ella estaba enferma, dentro de sus harapos nunca mudados, más obscura y torcida que una cepa arrancada.



Y sobre ambos crecía espesamente la miseria, como el moho sobre tuestos arrojados en un yermo.

Hasta en la lámpara de rojizo barro se había extinguido tiempo hacía el aceite. Dentro del arca pintada ni quedaba un grano ni siquiera cortezas.

La catra, falta de pasto, murió en el estío; después se secó la higuera del huerto.

Lejos de todo poblado, nunca limosna de pan ó miel entraba por el portal. Y sólo hierbas recogidas en las grietas de las rocas, cocidas sin sal, nutrían á aquellas criaturas de Dios en la Tierra Escogida, donde hasta de las aves malélicas sobraba el sustento.

Un día, un mendigo entró en la casa, dió parte de sus provisiones á la angustiada madre, y mientras se rascaba las heridas de las piernas, sentado en la piedra del hogar, habló de aquella grande esperanza de los tristes, del Rabí que apareciera en Galilea, que de un pan hacía siete en el mismo cesto y amaba á todas las criaturas y enjugaba todos los llantos y prometía á los pobres un grande y luminoso Reino, de mayor abundancia que la corte de Salomón.

[La mujer escuchaba con hambientos ojos:

—Y ese dulce Rabí, esperanza de los tristes, ¿dónde se encontraba?

El mendigo suspiró:

—¡Ah, ese dulce Rabí!... ¡Cuántos que desean verle se desesperan!

Su fama corría por toda Judea como el sol, que hasta por un viejo muro se extiende; pero sólo distinguían la claridad de su rostro aquellos dichosos que elegía su voluntad.

Obed, tan rico, mandó á sus siervos por toda Galilea para que buscasen á Jesús y lo trajesen con promesas á Enganín; Séptimo, tan poderoso, destacó sus soldados hasta la costa del mar, para que lo procurasen y trajeran de orden suya á Cesárea. Vagando, pordioseando por tantos caminos, él encontró á los siervos de Obed y á los legionarios de Séptimo. Y todos volvían como derrotados, sin haber descubierto en qué mata ó ciudad, en qué cabaña ó palacio se escondía Jesús.

Caía la tarde. El mendigo tomó su bordón y descendió por entre zarzas y rocas. La madre volvió á su canto, más doblada, más abandonada.

Y entonces el hijo, con un murmullo más débil que el roce de un ala, pidió á la madre que le trajera aquel Rabí que aún amaba á las más pobres criaturillas, que sanaba los males, hasta los más antiguos.

La madre se apretó la cabeza desgredada:

—¡Oh, hijo! ¿Cómo quieres que te deje y me vaya por los caminos en busca del Rabí de Galilea? Obed es rico y tiene siervos, y en balde recorrieron arenales y colinas desde Chorazin hasta el país de Moab buscando á Jesús. Séptimo es fuerte y tiene soldados, é inútilmente buscaron á Jesús desde Hebrón hasta el mar. ¿Cómo quie-

res que te deje? Jesús está muy lejos, y nuestro dolor habita con nosotros, entre estas paredes, y nos domina dentro de ellas. Y aun cuando lo encontrase, ¿cómo convencería yo al tan deseado Rabí, por quien ricos y fuertes suspiran, para que descendiese, á través de las ciudades, hasta este yermo y curase á un tullidito tan pobre, sobre un jergón tan roto?...

El niño, con dos grandes lágrimas en el rostro flacucho, murmuró:

—¡Oh, madre! Jesús ama á todos los pequeños. Y yo soy aún tan pequeño y tengo un mal tan grande, y deseo tanto sanar...

—¡Cómo dejarte, hijo mío!... Los caminos de Galilea son largos y corta la piedad de los hombres. Tan rota, tan estropeada, tan triste como estoy, hasta los perros me ladrarían desde la puerta de los caseríos. Nadie escucharía mis preguntas, ni me indicaría la morada del Rabí. Acaso Jesús ha muerto, hijo mío... Los mismos ricos y fuertes no lo hallan. El cielo lo trajo; el cielo lo llevó. Y con él, para siempre, murió la esperanza de los tristes.

Entre los negros trapos, irguiendo sus pobres manecillas que temblaban, el niño musitó:

—Madre, quiero ver á Jesús...

Y entonces, abriendo lentamente la puerta y sonriendo, Jesús aparece y dice al niño:

—Aquí estoy.

(Dibujos de Ontañón)

ATEAEC
BIBLIOTECA
MADRID



Tema teatral
del momento

LA PASIÓN DE OBERAMMERGAU

LA CENA
Interpretada
por los actores
de Oberammergau

HARÁN este año la Pasión en Oberammergau? No lo sé; la gran guerra interrumpió también el ritmo regular de las fechas tradicionales, y es posible, además, que las agencias de viajes hayan aconsejado una aceleración de ese ritmo; la Pasión de Oberammergau es un buen señuelo para cazar turistas, y aunque los marcos no están ya por los suelos, como en 1922, cuando se reanudaron las representaciones, una buena propaganda puede sacar á muchas gentes de casa, y en teniéndolos en la calle, ¡lo demás es ya cuenta de las agencias! A Oberammergau, como á Roma, se va por todas partes y se vuelve por otras tantas. Hay modo de hacer muchos itinerarios atractivos, y como en el mundo hay tantas cosas que ver...

Y una de ellas es esa, la Pasión de Oberammergau: un espectáculo teatral cuyos orígenes, desarrollo, etcétera, etc., está con todo detalle en diccionarios enciclopédicos, al alcance de todos, y que no he de copiar aquí, aunque con esos diccionarios, que son, por lo visto, *res nullius*, no rezan las leyes de propiedad intelectual.

En resumen: baste decir que esa Pasión fué una promesa profiláctica contra una terrible peste que se desarrolló en el valle, y andando el tiempo se ha convertido en una fuente de ingresos para el pueblo y sus contornos. No es el primer acto de piedad convertido en negocio, ni será el último. El dinero es también un enemigo del alma, seguramente el mismo demonio, que ha to de an-



MARIA

Interpretación de Marta Veit, en la Pasión de Oberammergau

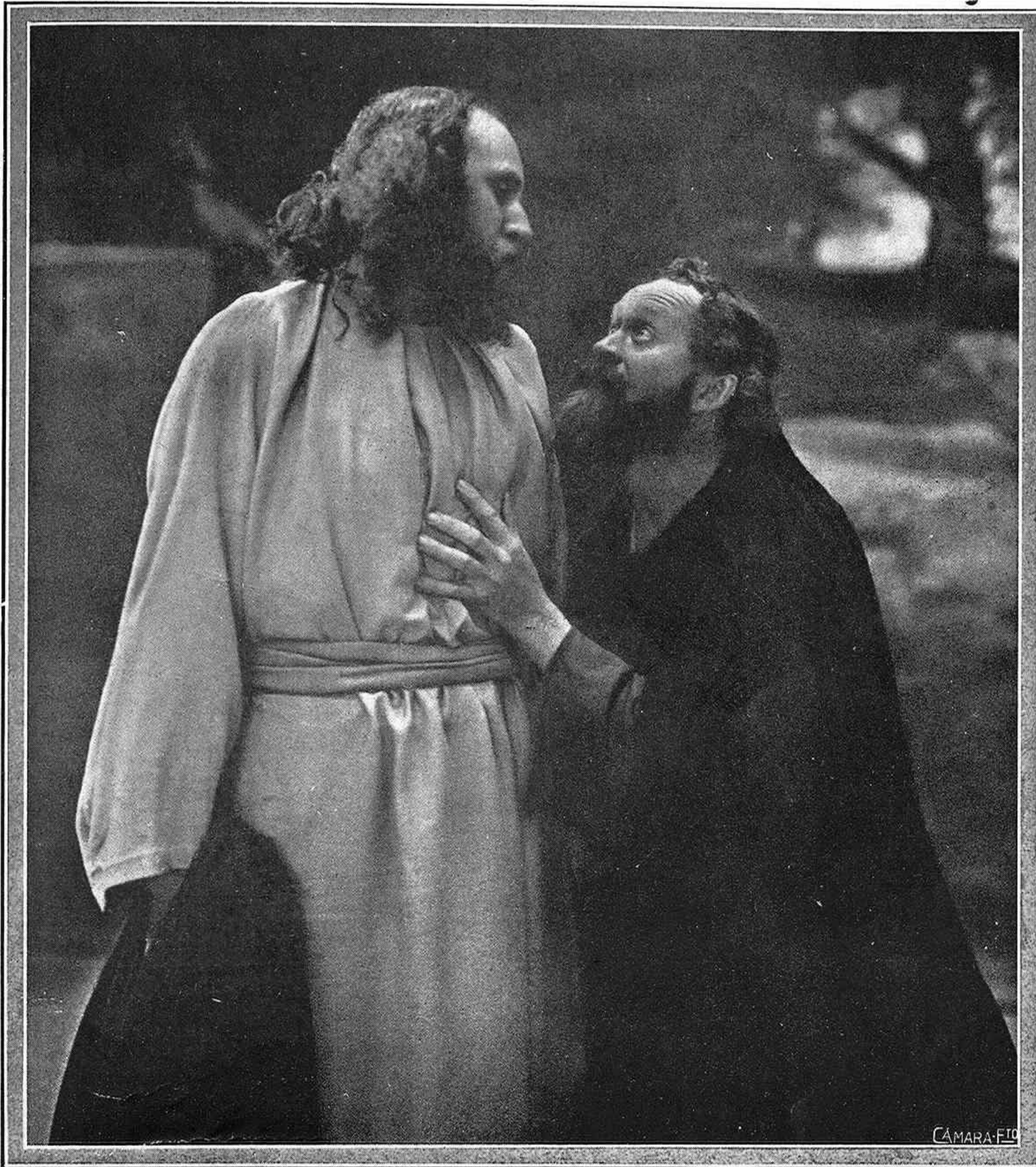
dar por el mundo con cuernos y rabo—como en los dramas bíblicos de Enrique Zumel—toma ese disfraz para hacer de las suyas. Sin el dinero, el mundo, ni mucho menos la carne—con ó sin mataderos municipales—, llevarían tantos clientes á los profundos.

Ahora, pues, no se trata de evitar una epidemia, sino de ganar unas pesetas—en 1922, que estaban caras—ó unos marcos habitualmente.

Pero vale la pena de gastarlos: la Pasión de Oberammergau es en el teatro un espectáculo único, y fuera de él, un espectáculo interesante.

El espectáculo de una romería que, juzgando por las lenguas que se oyen, parece el propio éxodo de la torre de Babel, semeja una exposición etnográfica: todas las razas tienen en ella representación; pero, naturalmente, están en mayoría ingleses, y, entre ellos, los pastores, con sus correspondientes pastoras, generalmente «jamonas» de buen ver, muy interesados en los pasajes bíblicos, como es natural.

La peregrinación—llamémosla así—llega al pueblo dos veces á la semana, porque dos veces á la semana se repite el espectáculo teatral: llegan una tarde; se instalan en el hotel ó en la casa particular á que la agencia les ha destinado, á lo mejor en casa de Judas ó en el hogar apacible de María Magdalena; cenan, pasean por las calles del pueblo; visitan las tiendas de «Recuerdos de Oberammergau», abiertas toda la noche ó poco menos, y ¡á dormir, que hay que madrugar!



La traición de Judas.—Escena de la Pasión de Oberammergau



En sueños ven, seguramente, figuras extrañas. Casi todos se han acostado con un problema en el caletre: ¿Quién sería el maletero que les llevó el equipaje? ¿Quién el cochero que les condujo á la hospedería? Por el indumento, un aldeano actual; por la cabeza, un personaje bíblico. ¿San Pedro? ¿Mateo? ¿Un simple judío? ¿Un soldado de los del prendimiento? Así sueñan una confusión de razas y tipos enteramente febrífuga.

Porque en el teatro de Oberammergau no hay peluquero especialista: aquel famoso Veray, peluquero de teatros en Madrid, especialista en hacer cabezas de personajes en la época en que estaban de moda las revistas políticas y aún tenían cabezas los hombres públicos, no hubiese tenido nada que hacer en Oberammergau; allí los personajes de la Pasión tienen la cabeza hecha durante todo el año; son cuerpos é indumentarias del siglo XX con cabezas del siglo I. Algo semejante, aunque no tan exagerado, como aquello del clásico *si plector*...

Así, Jesús de Nazaret tiene la misma cabeza para entrar en Jerusalén el Domingo de Ramos que para fabricar en su domicilio, donde, á lo mejor, tiene hospedados unos cuantos turistas, cacharros de barro muy interesantes. Así acaba uno el primer día de estancia en Oberammergau por no saber en qué año vive ni con quién ha tenido el honor de tomar café en el hotel de la esquina.

Al día siguiente, después del desayuno, pero tempranito, al teatro, que no es otra cosa que el escenario con un amplísimo proscenio flanqueado por dos construcciones de fábrica, intercolumnios con graderías, y dos arcos por donde entran y salen los personajes, porque, en realidad, la acción se desarrolla en ese proscenio: el verdadero escenario que está en el centro con su telón, en que hay pintadas tres figuras bíblicas gigantescas sólo sirve para presentar cuadros plásticos, episodios del Antiguo Testamento, relacionados con la acción que en el proscenio va desarrollándose.

Ante aquella construcción se coloca la orquesta. Detrás de ésta pasa el público; hay un inmenso cobertizo—un hangar decimos ahora, como si antes de los aeroplanos no hubiese habido nada que cubrir—con muchos millares de asientos. Allí, oyendo la Pasión en alemán, y el que no la entiende en tan ameno lenguaje, leyéndola en traducciones inglesas ó francesas que venden copiosamente, y constituyen uno de los múltiples subproductos de la Pasión de Oberammergau, se pasa la mañana... y se pasa la tarde después de comer en el hospedaje y tomar café frente al «coliseo», que, por cierto, tiene muchas puertas muy bien rotuladas en varios idiomas, para que cada cual encuentre su sitio rápidamente.

El espectáculo es interesantísimo: los actores, muy bien vestidos, y formando, cuando la ac-

ción lo requiere, grandes masas muy bien movidas, y que gritan cuando es necesario con absoluta propiedad, dan, en algunos momentos, en el de la lanzada, sobre todo, una fortísima sensación de realidad. Muchos espectadores y, desde luego, todas las pastorcitas, lloran. Bromas aparte, el espectáculo, tan teatral, engendra, sin embargo, la unción religiosa...

Después del teatro se cena, se pasea, se compran los recuerdos y las postales correspondientes, y á dormir, para salir al día siguiente tempranito, pero después del desayuno, para Munich en tren ó en *autocars* para visitar los castillos de la región...

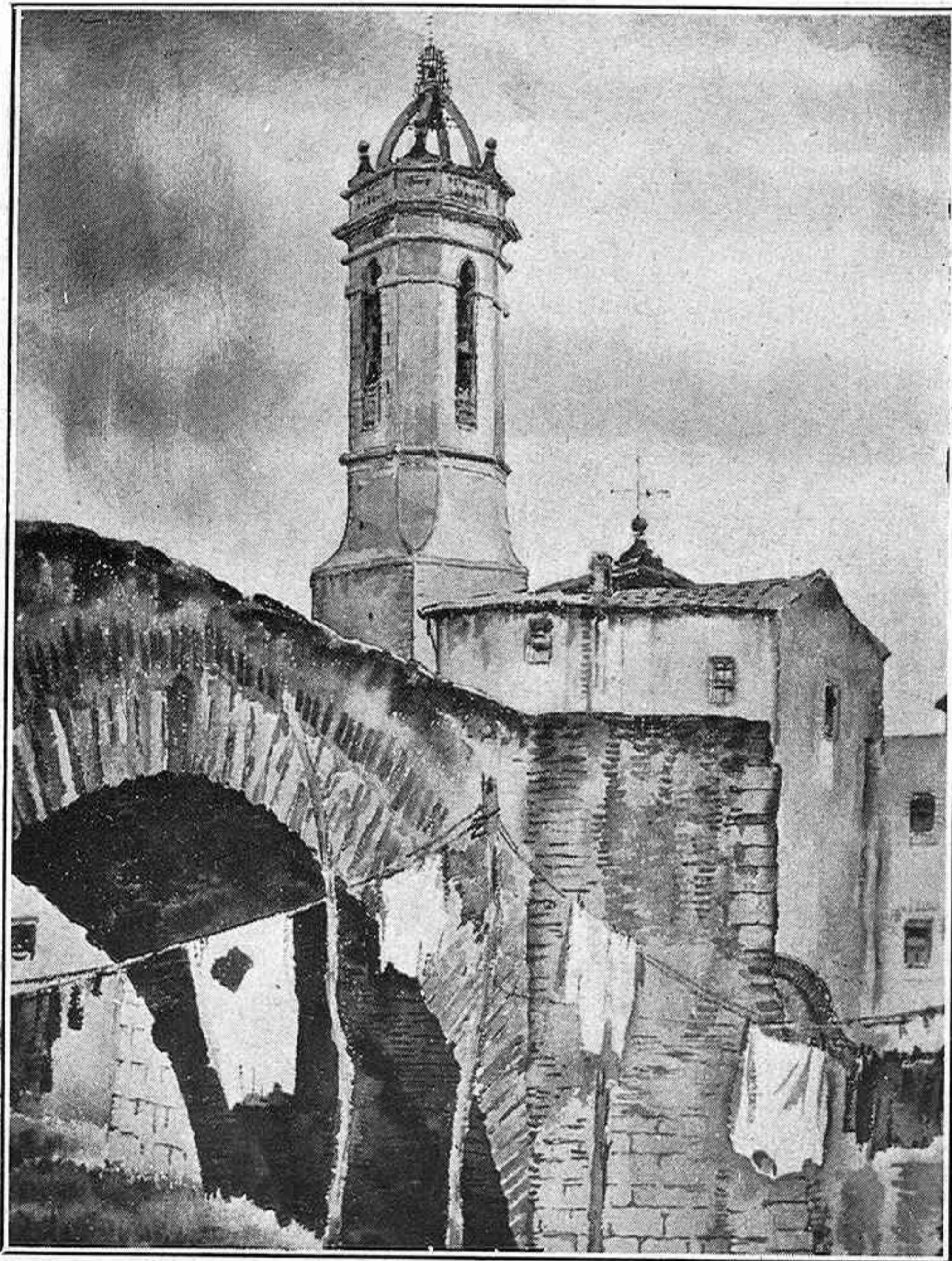
En ambos casos surgen nuevamente las dudas del primer día: este cochero: ¿Será Pilatos? ¿Será Caifás?

Y cuando el tren ó el automóvil parte, el bello paisaje, tranquilo y acogedor, impresiona y atrae y se sienten ganas de volver.

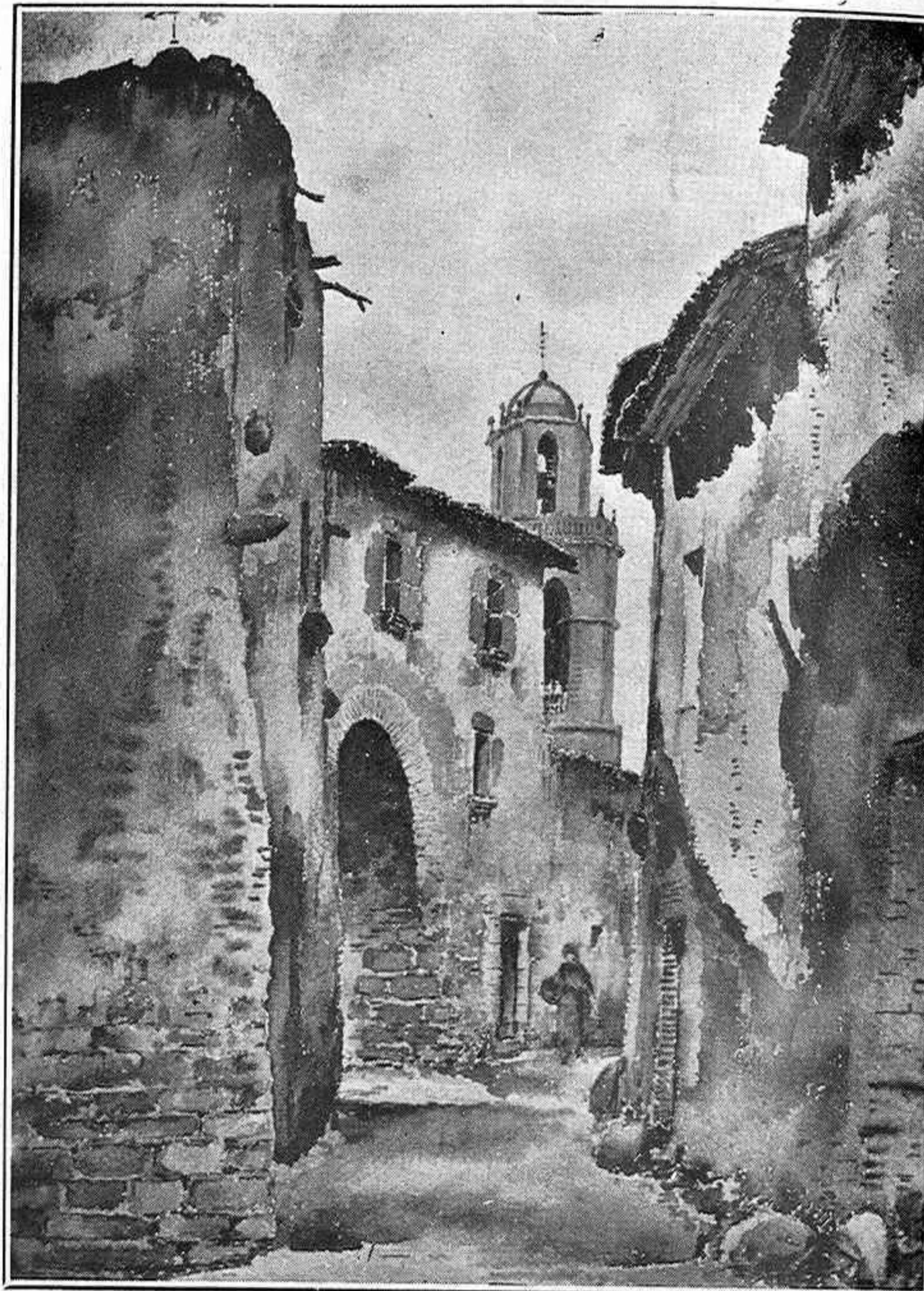
Pero no es posible; las agencias lo tienen todo limitado, y por la tarde llegarán otros trenes y otros *autos* con otros turistas que parecerán los mismos, y que harán lo mismo que los idos por la mañana, y así, con un par de días de descanso á la semana durante cinco ó seis meses.

Los aldeanos de Oberammergau comenzaron haciendo la Pasión para defenderse de una epidemia; pero ahora tienen una plaga... Menos mal que ¡su dinero les vale!

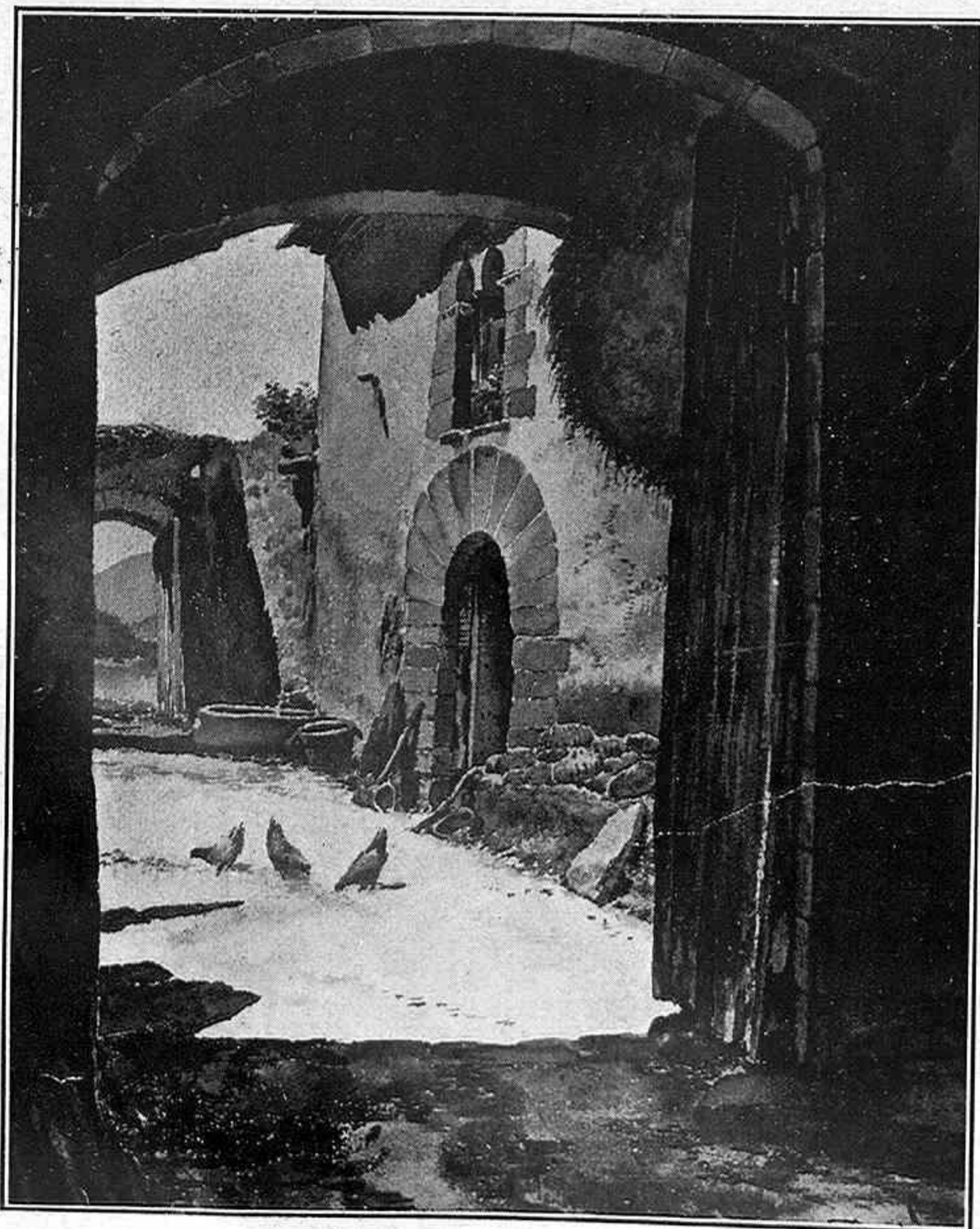
ALEJANDRO MIQUIS



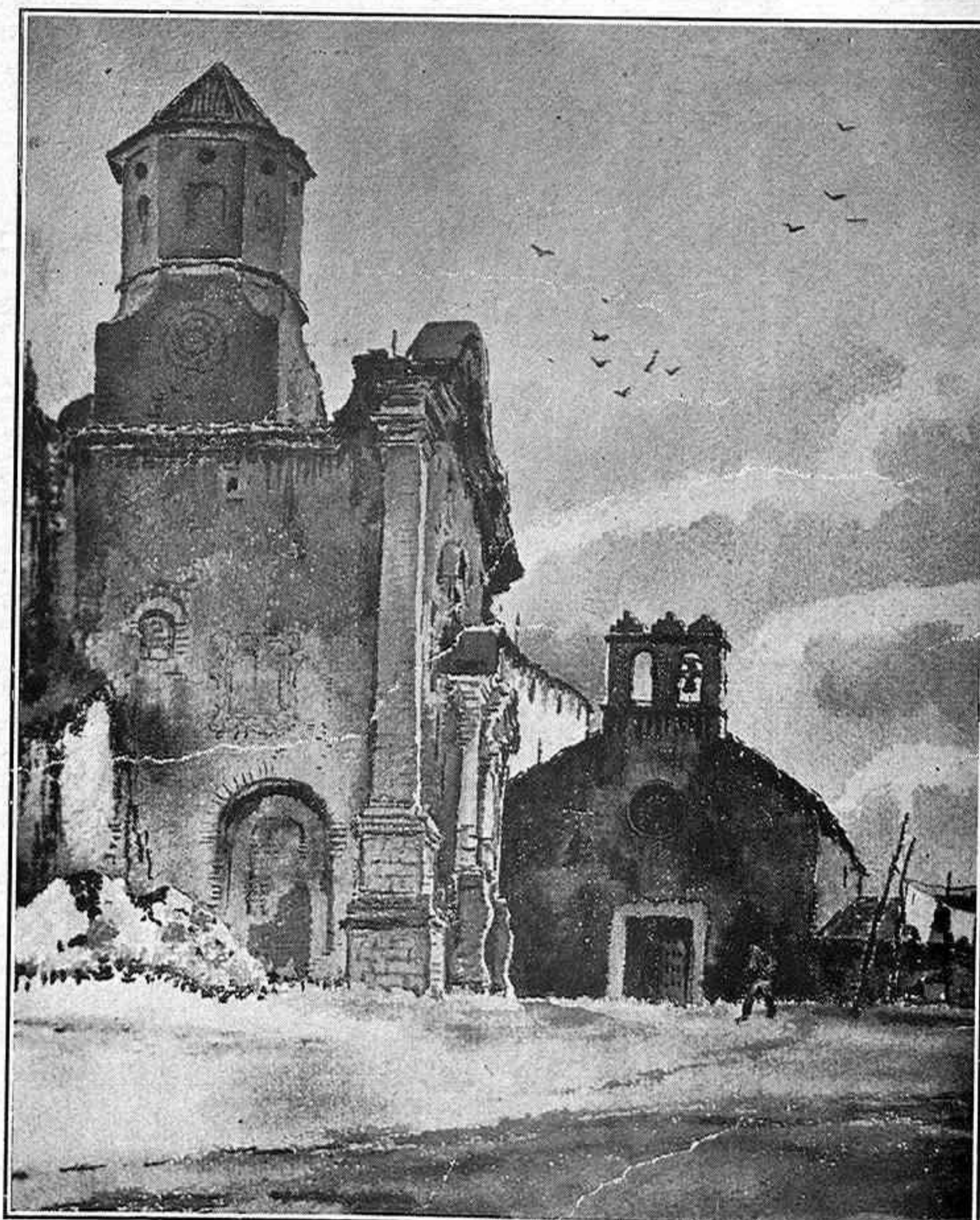
El antiguo puente y campanario de La Bisbal (Gerona)



Una típica calle del pueblo de Corsá



Entrada y patio de una casa señorial en los alrededores de La Bisbal (Gerona)



La antigua ermita de Santa Lucía en el Monasterio de La Santa Creus (Tarragona)

Reproducimos en la presente página cuatro acuarelas de la serie «Bellos rincones de Cataluña», del notable pintor catalán Lorenzo Brunel. Esta colección, junto a los lienzos que el citado pintor tiene en proyecto realizar bajo el rótulo de «Antiguas ermitas y castillos

**BELLOS RINCONES
DE CATALUÑA**

de Cataluña», para la Excmo. Diputación Provincial de Barcelona, formarán la colección completa de acuarelas catalanas que el autor piensa enviar a Alemania y exhibir después en la sección artística y de turismo de la Exposición Sevillana-Barcelonesa.



BIENIO DE
BIBLIOTECA
MADRID

ARTE DECORATIVO MODERNO

«Fémina 1927», dibujo original de Justo Pozo

C U E N T O S E S P A Ñ O L E S

U N E N C U E N T R O P R O V I D E N C I A L

C UANDO don Crispulo Hernández-Araña, gerente de la gran fábrica de calzados *La Irrompible*, apreció la débil constitución del individuo que enfervorizadamente le recomendaba su íntimo amigo el director de la Sociedad aseguradora de incendios *El Humo*, le fué imposible reprimir un ademán de sorpresa y una sonrisa.

Era el recién llegado un hombre de treinta y tantos años, de cara doliente y desanimados ojos, cuellilargo, mal vestido, parvo, flaco y de color pajizo; uno de esos individuos miserablemente alimentados y de aspecto cobarde, cuya presencia, sin que ellos se lo propongan, es siempre en los entierros una nota oportuna. Doroteo Pérez se llamaba.

—La recomendación que le acompaña á usted—comenzó á explicar el señor Hernández-Araña—es decisiva. Así, pues, desde ahora está usted colocado. Pero, con la franqueza ruda que me distingue, he de hacerle á usted la advertencia siguiente: que el cargo de cobrador no corresponde á su figura..., ¿usted me comprende?... porque los empleos son á las personas como los trajes, y el que usted solicita «va á venirle ancho».

Doroteo no contestó; pero se le atribuló el rostro, y en la serenidad alimonada del frontal, sus cejas, repentinamente afligidas, dibujaron un acento circunflejo. Prosiguió don Crispulo con la voz imperiosa de quien sabe lo que dice:

—Para evitar que ninguno de los doce cobradores que trabajan en la Casa pierda su tiempo, yo acostumbro á ir desglosando ó separando de los «callejeros» de la cobranza los recibos de los deudores morosos. Estas

cuentas, punto menos que incobrables, son las que usted se encargará de hacer efectivas. Pasan de mil. Como usted ve, no le ofrecemos ninguna sinicura, sino, hablando mal y pronto, lo que los argentinos llaman «un clavo» y nosotros «un hueso»... El sueldo tampoco es tentador: dos pesetas. Pero, para mejorarlo, le daremos á usted el veinte por ciento de lo que cobre.

La cabeza exigua y deprimida de sienes de Doroteo Pérez esbozó un gesto afirmativo. El infeliz aceptaba.

—Los individuos con quienes va usted á tener que habérselas—prosiguió don Crispulo—son mala gente. ¿Para qué voy á engañarle á usted? Algunos, los menos, no pagan porque no pueden; otros, porque no quieren; y entre éstos sé de varios que alardean de matones, y á los cuales, por lo mismo, conviene tratar con energía. Yo no deseo molestarle á usted; mas... ¿á qué andar con ambages? Su cuerpo no armoniza con el empleo de que se trata. Si usted fuese como yo; si tuviese las espaldas anchas, las manos velludas y la cara roja, estoy cierto de que cobraría muchos recibos. Para ser un buen cobrador hace falta una figura amenazadora y una voz robusta y teatral. Desgraciadamente,

usted es pequeño, usted carece de musculatura; eso se ve en seguida. Con las mujeres de nuestros deudores, particularmente—las mujeres son más deslenguadas que los hombres—, va usted á pasar muy malos ratos.

—Yo lo creo, puesto que usted lo dice—repuso Doroteo, desmayadamente—; de todos modos, haré cuanto esté de mi parte para quedar bien.

—De eso estoy convencido—atajó el señor Hernández-Araña—, y deploraría que mis apreciaciones le hubiesen lastimado. Yo no dudo de que usted lleve, como cada quisque, su alma en su almarío; lo que me parece es que le falta el aspecto, la fachada imponente de los buenos cobradores. Un cobrador modelo necesita pesar, cuando menos, ochenta kilos...

Dicho esto, puso en sus manos un abultado mazo de recibos; anticipóle bondadosamente el importe de una semana—doce pesetas—, y le despidió.

Sonaban las once de la mañana cuando Doro-

teo Pérez salió de las oficinas de *La Irrompible*. Después de catorce meses de cesantía, aquel empleo, no obstante los peligros que lo rodeaban, le parecía un arco iris.

—¿Otra vez?...—gritó—. Pero ¿á qué viene esto? ¿Usted me cree tonta para pagar unos zapatos que á los ocho días de ponérmelos estaban rotos? ¡Vaya el tío mamarracho con lo que sale ahora!...

Lleno de eubolia, Doroteo, que se había quitado el sombrero, empezó á decir:

—Señora, no se incomode usted; yo no soy más que un enviado...

La mujerona no le dejó proseguir, y adelantando algunos pasos y metiéndole las manos por los ojos:

—¡Tan bribón es usted como quien le manda!... Eso son ustedes: unos ladrones que venden cartón por suela. ¡Ande usted á engañar á su madre, tío tísico, so «hambrón», que no tiene usted carne para un puchero!...

Con el alboroto, pronto las ventanas de los cuartos inmediatos—la casa donde esto sucedía era de las llamadas «de corredor»—fueron llenándose de mujeres de rompe y rasga, alegres y curiosas, que miraban á Doroteo Pérez burlesonamente. El ambiente le era hostil. Una voz exclamó, zumbona:

—Se reparten chuletas.

Y otra:

—De salud sirvan.

Y una tercera:

—¡Pero que no se las den muy grandes, porque si el caballero no está acostumbrado á comer, van á hacerle daño!...

Doroteo advirtió el nublado que se le venía encima, y sin rechistar, des-

moralizado, echó á correr. Varios silbidos insultantes, procaces, rasgaron el aire, y cuando descendía la escalera recibió en la nuca, fuerte, rotundo, un afrentoso patatazo.

Desde allí, ya repuesto del susto, encaminóse al final de la calle de Segovia, donde había un deudor cuya factura—veinte pesetas—data-ba de tres años. Con pie ágil subió una escalera obscura, de peldaños usadísimos, que olía á cocido y á leche ahumada, y llamó á una vieja puerta revocada de ocre. A poco, sigilosamente, la mirilla se abrió.

—¿Quién?—inquirió una voz femenina.

—El cobrador de la gran fábrica de calzados *La Irrompible*.

Doroteo Pérez había hablado respetuosamente, como si el señor Hernández-Araña hubiese podido oírle. Hubo un silencio. La voz volvió á preguntar:

—¿Qué deseaba usted?

—Ver á don Fulano.

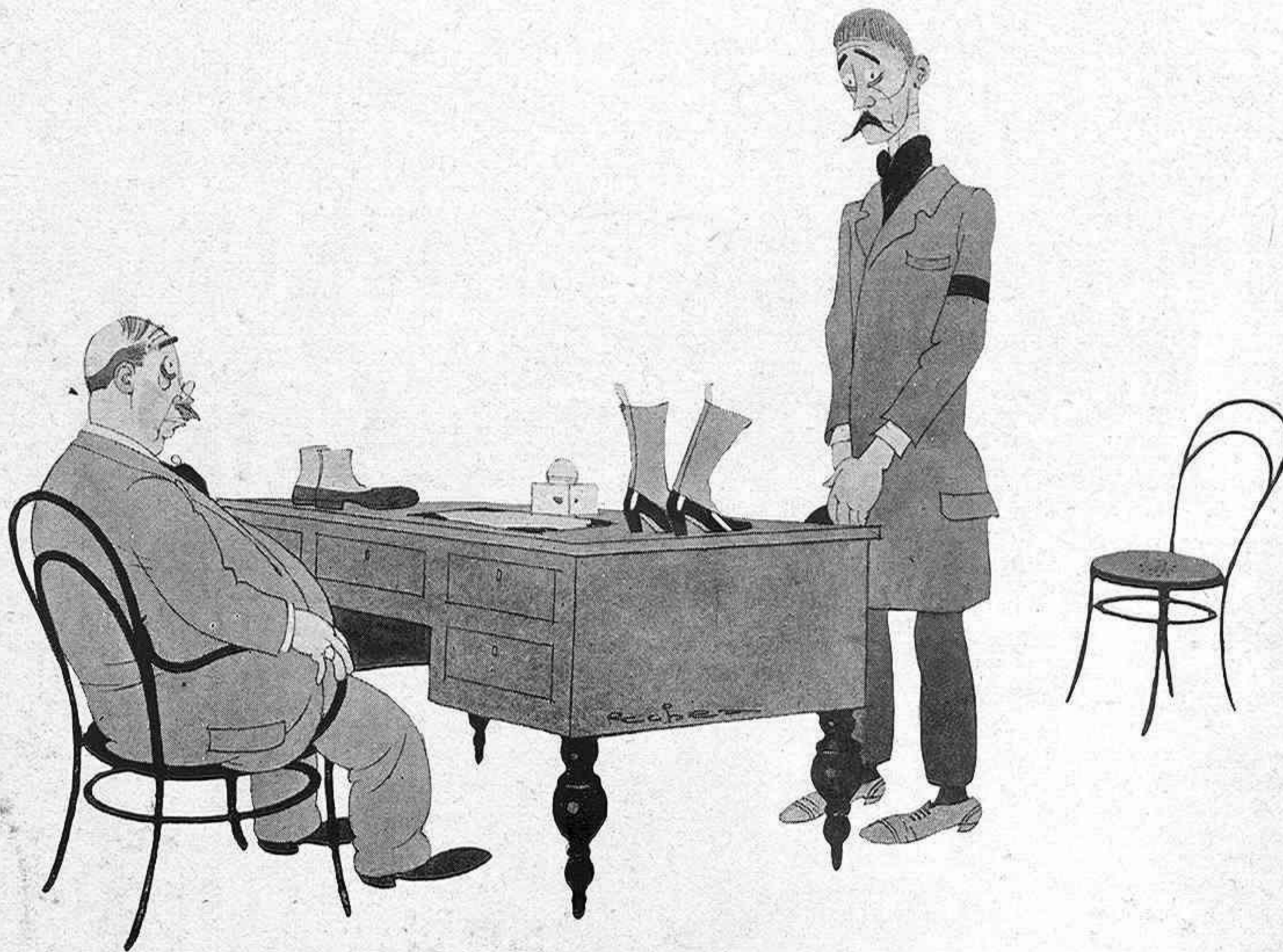
—No está.

—¿Tardará mucho en volver?

—No está en Madrid.

Sin advertir la ironía con que la voz se expresaba, Doroteo repitió neciamente:

—¡Ah!... ¿No está en Madrid?...

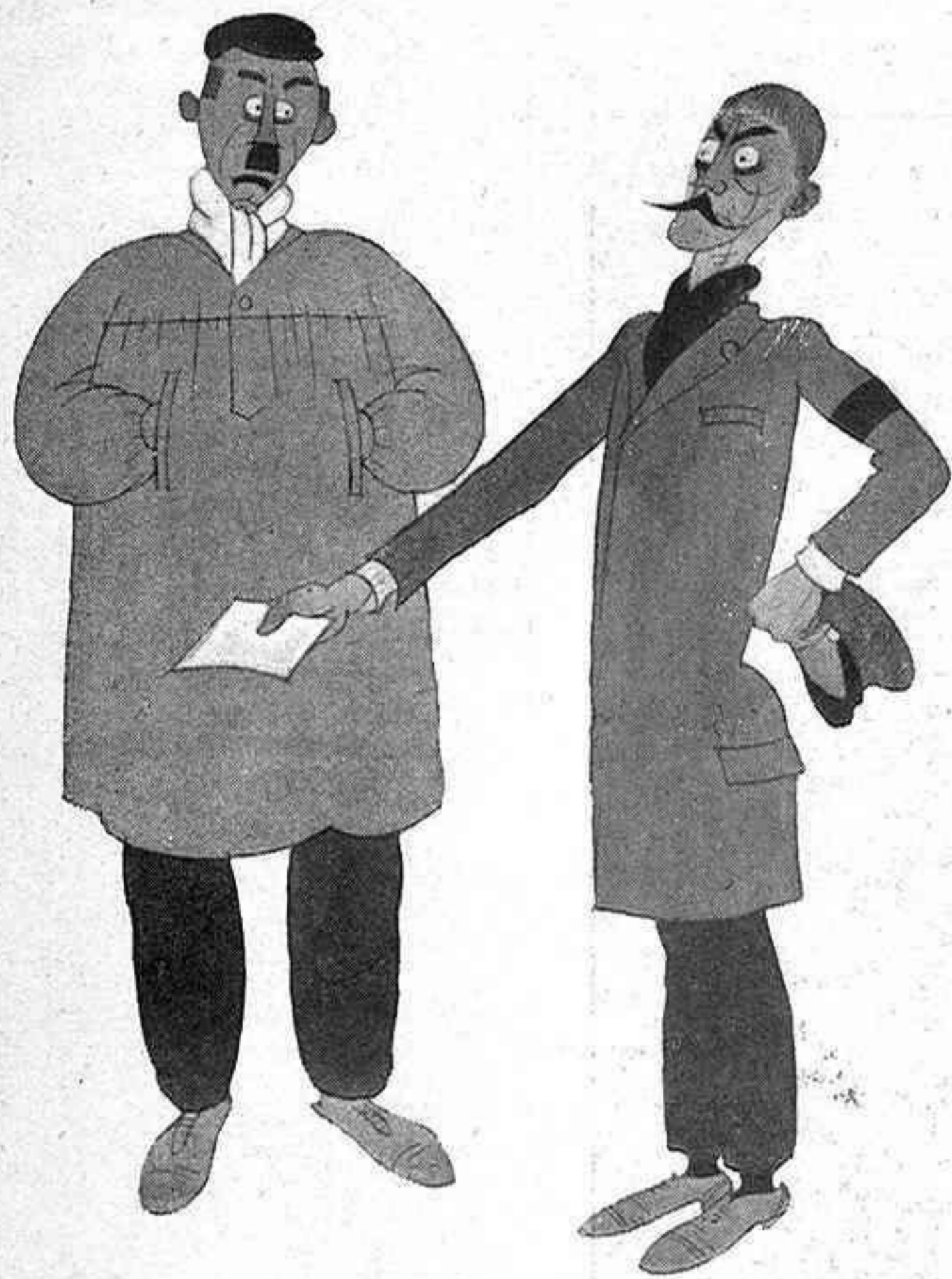


teo Pérez salió de las oficinas de *La Irrompible*. Después de catorce meses de cesantía, aquel empleo, no obstante los peligros que lo rodeaban, le parecía un arco iris.

—¡Ya estoy colocado!...—iba diciéndose.

Su primer cuidado fué entrar en un café á desayunarse, pues con el regocijo se le habían agravao las ganas de comer, y ordenar por calles los recibos. Algunos fueron extendidos cuatro años antes—¡cuatro años!—, y los numerosos dedos que anduvieron con ellos los habían ensuciado. Muchos estaban rotos, y la fecha en que fueron extendidos era apenas legible.

Doroteo, que conocía Madrid al dedillo, advirtió que todas las personas con quienes se proponía avistarse habitaban en los barrios excéntricos de la capital, y en las rúas más plebeyas y de peor fama, lo que juzgó de malísimo agüero. No desmayó, sin embargo, y pensando que no era la fuerza, como decía don Crispulo, sino la cortesía y las buenas palabras las armas mejores que podía esgrimir, emprendió su calvario. Adivinaba Doroteo que la faena encomendada á su discreción era ardua; mas nunca creyó que las espinas del sendero fuesen tantas. En la primera casa que visitó—un tercer piso interior de la calle de la Escalinata—salió á recibirle una



—No, señor; don Fulano ha salido á visitar sus fincas... Ya le diré que ha estado usted aquí. Lo va á sentir mucho... ¡Ja, ja, ja!...

Cerróse la mirilla, y Pérez, furioso contra sí mismo, derivó escaleras abajo, pensando:

—Soy un mentecato. Desde el primer momento debí comprender que la muy pécora se burlaba de mí.

En la calle de la Ruda estuvo abocado á un disgusto serio. Luego de cerciorarse en la portería de que la persona á quien buscaba vivía, efectivamente, allí, subió al «piso segundo interior, letra D», y el individuo que salió á recibirle, tan pronto supo de qué se trataba, le agarró de los cabezones, y de un tirón, á trompicones, cual si fuese un pelele, le metió en la casa. Seguidamente, y teniéndole bien cogido de un hombro, le colocó debajo de la nariz un puño que apesataba á tabaco, y que á Doroteo Pérez, con el miedo que tenía, le pareció gigantesco.

—¿Conque usted es el cobrador de *La Irrompible*?...

El interpelado, más muerto que vivo, repuso con voz alfeñicada:

—Para servir á usted.

—Pues si en algo estima usted sus huesos, le aconsejo que no vuelva á molestarme. Se lo dice á usted un hermano.

—Está bien, señor; yo...

—¡Conmigo no se juega!...

—Caballero, yo...

—Porque ni los zapatos que venden ustedes son irrompibles, ni las muelas de usted tampoco. Conque... ¡largo de aquí, don Nadie!... Pero... ¡aprisa! ..

Algo intentó replicar Doroteo; mas no pudo, porque su colocutor, de un vigoroso empujón, le devolvió al rellano. Confuso, avergonzado, empavorecido, temblándole las piernas, el infeliz bajó la escalera. En otras dos casas que visitó le recibieron asimismo desapaciblemente. Acostóse, pues, sin haber conseguido hacer «una nota», y al siguiente día, y al otro, le ocurrió igual: donde no intentaban pegarle, se mofaban de él. ¿A qué causas referir tantos reveses seguidos? ¿Sería, efectivamente, porque los zapatos de *La Irrompible* eran muy malos, ó porque—según don Crispulo le había anunciado—su traza insignificante no causaba respeto?...

Cierta mañana, cruzando una calle, vió á su camarada de colegio Lisardo Ramírez, que se fué á él con los brazos abiertos. El aspecto de Lisardo, delgado y no muy alto, pero desbordante de vigor—esto se adivinaba en seguida—, era el de un mozo satisfecho de vivir. Doroteo le habló de sus penas, y Lisardo le enumeró sus triunfos: la suerte le ayudaba; se había dedicado al boxeo y acababa de ganar el campeonato de «pesos pluma».

—Voy á reflexionar en el modo—añadió—de proporcionarte una buena colocación. Yo conozco mucha gente. Ve á mi casa el domingo próximo; te espero á almorzar.

Y le dió su tarjeta, donde constaba su título de «campeón de pesos pluma de Europa». Envidiando la fortuna del púgil, Doroteo reanudó su trabajo.

—Si yo tuviera sus puños—iba diciéndose—, no me vería aquí, condenado á cobrar lo incobrable.

En la ribera de Curtidores visitó á un don Mengano, de oficio revocador, que desde hacía año y medio adeudaba á *La Irrompible* sesenta pesetas.

«Este me mata», pensaba Doroteo, en quien las últimas energías se desmoronaban.

Salió á recibirle una mujer «de las de armas tomar». Pérez las reconocía en seguida.

—¿Busca usted á mi marido?... Sí, señor; casualmente en este momento ha vuelto de la calle. ¿Quién le digo que le busca?...

Doroteo iba á declarar la verdad, á confesar su humildísimo cargo de cobrador de la «gran fábrica de calzados», etc.; pero súbitamente se contuvo; una idea genial, una idea que era una pirueta, le había sacudido el espíritu. Acababa de trazarse un plan y de improvisarse una cara grave, imperativa; «una cara de cobrador».

—Tenga usted la bondad—dijo—de pasarle mi tarjeta.

Y entregó la de Lisardo. A los pocos momentos el revocador acudió, y con muestras de respeto y agasajo le invitó á pasar á su taller. Su rostro expresaba temor, sorpresa...

—Usted me explicará—dijo—á qué debo el honor de esta visita. Yo, de nombre, le conozco á usted mucho, y ya he sabido por los periódicos su última victoria...

Con una entereza y un desgarro de que nunca se hubiese sentido capaz, Doroteo repuso:

—Pues... debe usted el honor de mi visita á que «debe»; me refiero á la deuda que contrajo usted con la fábrica de calzados *La Irrompible* hace la tontería de dieciocho meses.

Doroteo era «otro». Los ojuelos le relucían; hablaba desvergonzadamente, provocativamente, como un baratero de oficio. El revocador callaba, cohibido y atónito. De los dos hombres, Doroteo Pérez, aunque una cuarta más pequeño que su interlocutor, parecía más alto.

—¿De modo—balbuceó aquél tras una breve pausa—que viene usted á cobrar?...

—Exacto. Yo, en mis ratos de ocio, como no sé qué hacer de mis puños, me dedico á esto. Anoche, el gerente de *La Irrompible*, que es muy amigo mío, va y me dice: «Oye, Lisardo: aquí tengo unas cuantas facturas que no las cobra ni Dios; á ver si tú las haces efectivas...» Y yo le dije: «Pues no faltaba más; vengan.» Y aquí estoy... ¡y claro que no es para marcharme con las manos vacías!...

Cuanto más hablaba, mayor era su aplomo, y las frases salían de sus labios recortadas, desafiadas, incisivas, chulescas. Era un jaque. Vencido, el revocador llamó á su mujer.

—Dame sesenta pesetas—dijo.

Doroteo se embolsó el dinero, y con un gesto negligente y zumbón, de perdonavidas, se despidió. ¿Cómo describir su alegría?...

«Después del Amor—iba pensando—, el Miedo es lo que mejor domina á los hombres.»

En una tipografía encargó un centenar de tarjetas á nombre de «Lisardo Ramírez, campeón de pesos pluma de Europa». Al hablar así advirtió que las miradas de cuantas personas había en el establecimiento se clavaban admiradas en él.

—¿Estarán pronto?—interrogó.

—¿Le corren á usted mucha prisa?

—Sí.

—En tal caso, por tratarse de usted, haremos un esfuerzo. Mande usted á buscarlas dentro de un par de horas.

Cuando fué á recogerlas no quisieron cobrarlas.

—Es un pequeño obsequio que le hace á usted la Casa—le dijeron.

Aquella tarde, y valiéndose de la misma estratagemata, Doroteo cobró dos facturas más. Y al siguiente día hizo efectivas otras ocho.

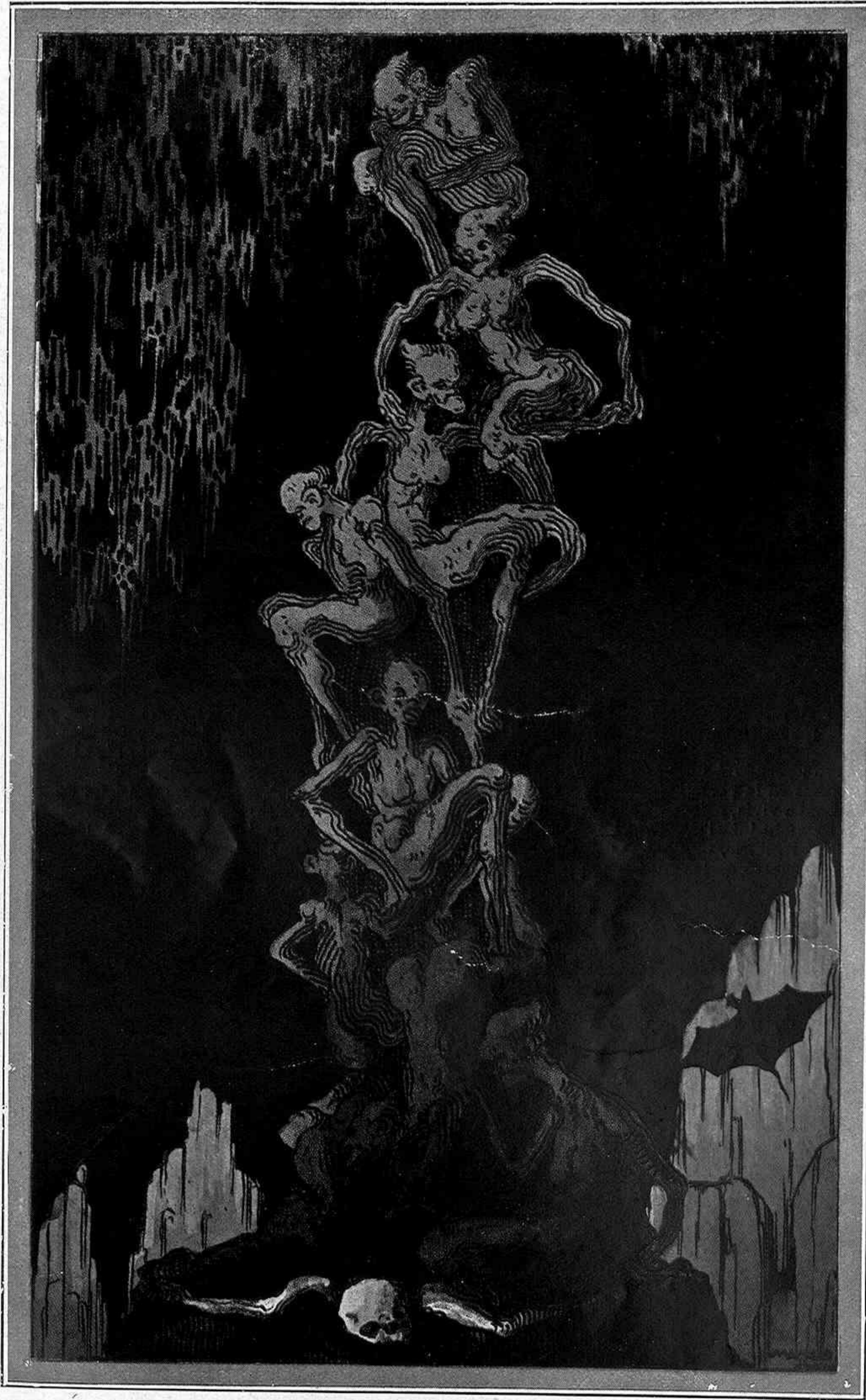
Llegó el domingo, y Doroteo marchóse á almorzar á casa de Lisardo. La comida fué generosa y alegre. Pérez charlaba ocurrente y rejuvenecido. A los postres, el boxeador le renovó sus esperanzas de conseguirle un buen empleo.

—¡Yo te lo agradezco!—exclamó Doroteo—; pero no te inquietes: mi vida tiende á mejorar. Hernández-Araña me ha subido el sueldo.

EDUARDO ZAMACOIS

(Dibujos de Echea)





P R E G U N T A S E N L A N O C H E

¿Habrá dolor en la vida
remota de los luceros?
¿Habrá corrientes de amor
y turbiones de deseos?
Estrellitas de la noche,
lampadarios del Misterio,
¿en cuál de vosotras viven
ahora mis pobres muertos?

Por mi vida pasaron
igual que un sueño,
cual la sombra del humo
por un espejo.

¿En las lejanas estrellas
habrá ciudades de ensueño,
magníficas Babilonias
y Nínives de portento?
En las ruelas de los siglos
las Eloines tejieron
Romas de augusta soberbia
y Atenas de encantamiento?

¡Vanidad de la Historia,
vocablo hueco,
escrito con el polvo
de los Imperios!

¿Habrá en esas diamantinas
lágrimas del firmamento
blancas tiaras papales,
mantos y dorados cetros?
¿Se constelará de gemas
la gloria de los Imperios
y habrá áureas apoteosis
de los príncipes soberbios?

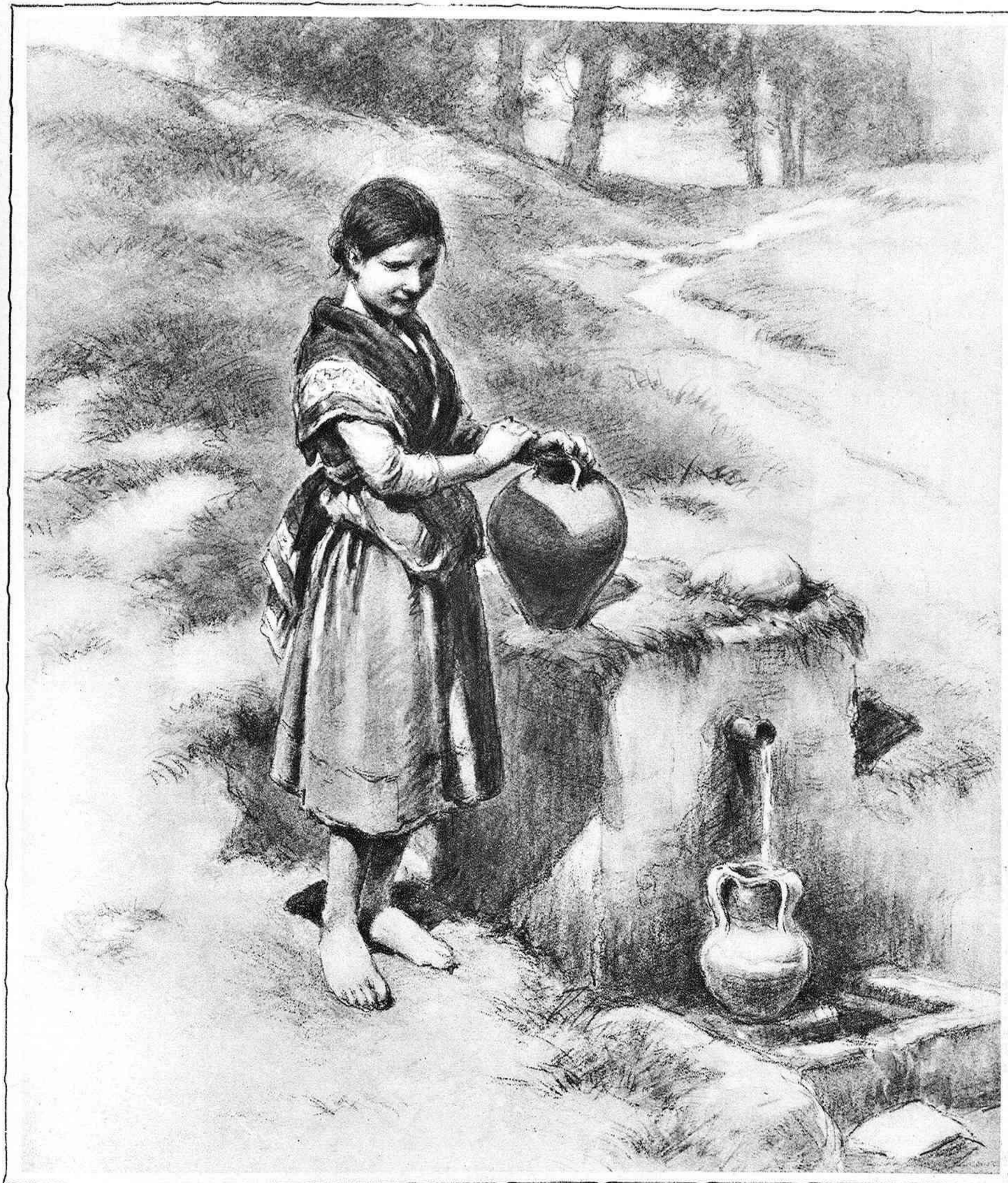
Su irrisorio epitafio
trazará el tiempo:
«Aquí yace el efímero
ruido del viento.»

Hay carne sensual y triste
en los remotos luceros;
almas de los que se han ido
ó de los que aún no vinieron.
Los telares de los siglos
vidas y vidas tejieron;
mientras la Seca destruye,
el Amor va construyendo.

¡Qué bien ríen las bocas,
ebrias de besos;
pero ríen los últimos
los esqueletos!

(Dibujo de Leocadio Muro)

Emil o CARRERE



LIENZOS ALDEANOS YA SUEÑA...

*«Capullico, capullico,
ya te vas volviendo rosa,
ya se va acercando el tiempo
de decirte alguna cosa.»*

COPLA POPULAR

Ya la tierna aldeanica
va siendo gallarda y mórbida.
Ya hay misterio en sus miradas.
Ya sueña. Ya tiene hondas
aspiraciones secretas.
Y tiembla cuando en las horas
calladas de la alta noche
oye cantar á la ronda:

«Capullico, capullico,
ya te vas volviendo rosa,
ya se va acercando el tiempo
de decirte alguna cosa.»

Ya siente afán de cortejos
cuando sale á misa sola
y ve á los mozos alegres

acompañando á las mozas.
Ya cuando alguno la mira,
sin saber por qué se azora
y la emoción á sus negros
y ardientes ojos se asoma.
Ya se explica, en sus pensamientos,
por qué van tras las palomas
los palomos, y el sentido
de los versos de esta copla:

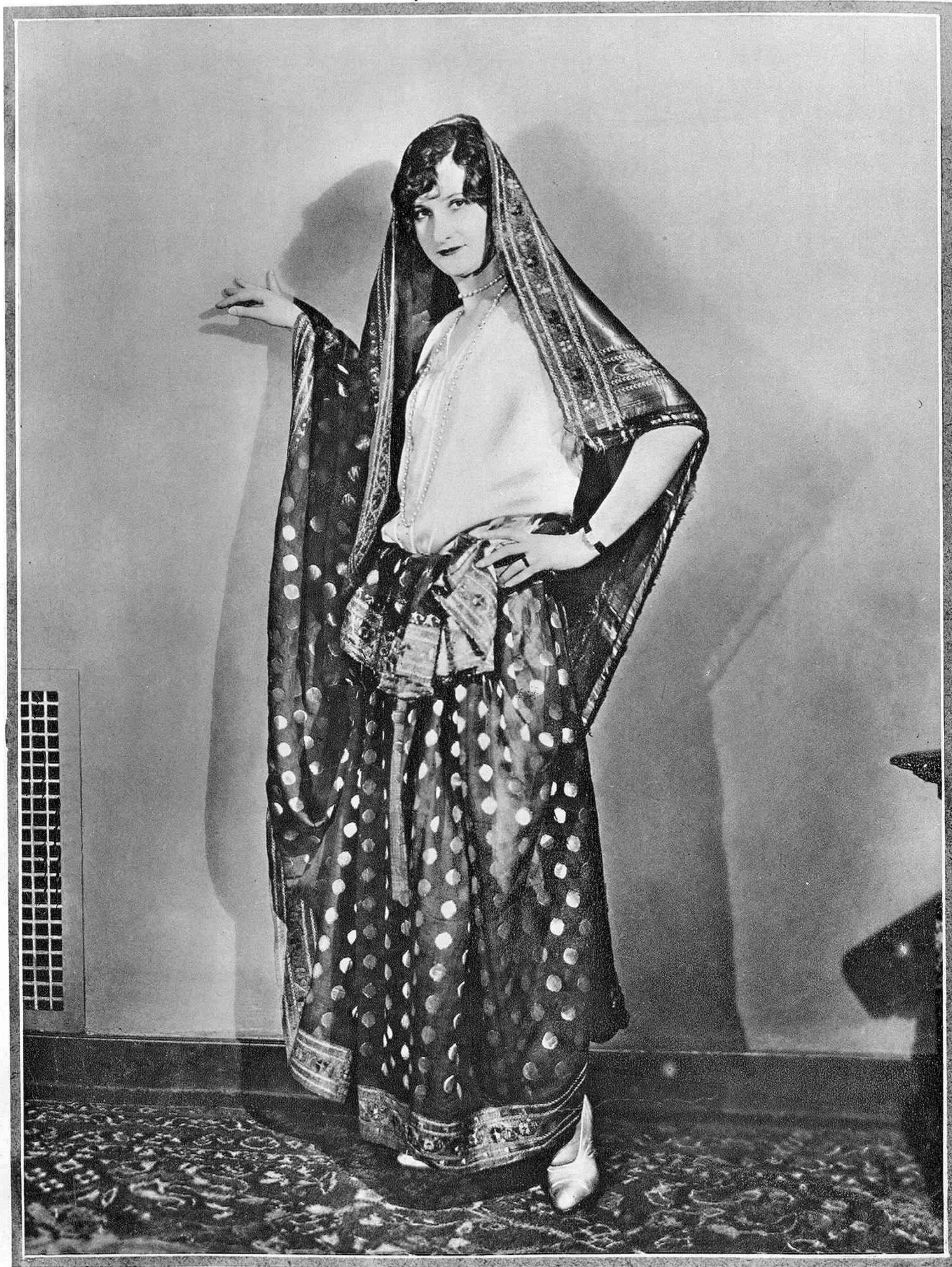
«Capullico, capullico,
ya te vas volviendo rosa,
ya se va acercando el tiempo
de decirte alguna cosa.»

Ya su madre la vigila
celándola á todas horas,

y no la deja que vaya
de mañana á misa sola.
Porque esta viejica sabe
muy bien, de cuando era moza,
que el querer es ciego y dulce
y la mocedad muy loca.
Y sabe de algún cortejo
que á la zagalica ronda,
y ve temblar á su hija
siempre que escucha esta copla:

«Capullico, capullico,
ya te vas volviendo rosa,
ya se va acercando el tiempo
de decirte alguna cosa.»

ALBERTO VALERO MARTIN



**UNA EXPOSICION DEL VESTIDO
FEMENINO EN NUEVA YORK**

Un vestido indostánico «sari», de exquisito trabajo, cedido á la Exposición por el Museo de Arte de Newark

(Fot. Ortiz)

ATE
MUSEO
DE ARTE
DE NEWARK



La fotografía de arte

Libélula capturando á una mosca en pleno vuelo sobre un estanque
(Fot. Kultur Film A. G., Berlín)

E
PLA
D



UNA vez desvanecidas las sombras místicas de la Semana de Pasión, que convierten en relicarios, joyas vivas de tradición y de arte, a las ciudades meridionales, el campo, que es la vida y el lujo, el tesoro y la decoración mejor de Andalucía, recobra sus fueos, y en él, en una evocación jubilosa de los ritos paganos, se celebran las mejores fiestas.

Son ahora las «romerías» famosas, que pasean por los campos las imágenes populares, las Virgenes con caras de mocitas que van por los ca-

minos en andas de plata sobre engalanadas carretas, de las que tiran yuntas de bueyes enjanzados como potros en ferias...

La Virgen del Rocío sale de Triana hacia el santuario rústico, y en su cortejo no van ya los encapuchados penitentes ni suenan las músicas fúnebres que acompañan a las Doliosas en la Semana Santa. Forman la procesión pintoresca carretas recubiertas de toldos y colmadas de flores, en cuyo interior las mocitas trianeras van cantando alegres coplas al compás de los «pali-

llos» de madera y a los ritmos vivos y ardientes de la guitarra... Custodiando a los romeros, caracolean los mejores jinetes, mostrando orgullosos a sus grupas la belleza de las novias que hicieron promesa de acompañar a la Virgen en su romería... Y a todo lo largo de los caminos, empapados del oro solar, bajo la maravilla azul del cielo, entre la pompa lujuriosa de la vega sevillana, es el cortejo como una pagana canción que exalta la bendita alegría de vivir...

Al paso de la procesión salen de las cortijadas

PRIMAVERA ANDALUZA

los vaqueros de blancas guayaberas, los garrochistas de zahones de cuero, los gañanes curtidos por el sol de la campiña... Mientras, en los cercados, los toros bravos avizoran inquietos el lejano desfile, cortejo de la primavera que triunfa, señalando el momento de las fiestas camperas, donde el tropel de caballistas acosan y derriban reses en un torneo de gallardía y de arte...

Y con la primavera, henchida de esencias paganas, vienen también las tardes dramáticas de las fiestas taurinas, con sus barbaries y sus ido-

latrías... Son ahora las faenas en los cortijos famosos donde toreros y aristócratas coinciden en la admiración al toro bravo y a los caballos de pura sangre, donde las propias mujeres, respondiendo a una atracción atávica, rivalizan con los garrochistas haciendo caracolear delante de las reses, irritadas por el acoso, sus jacas jerezanas...

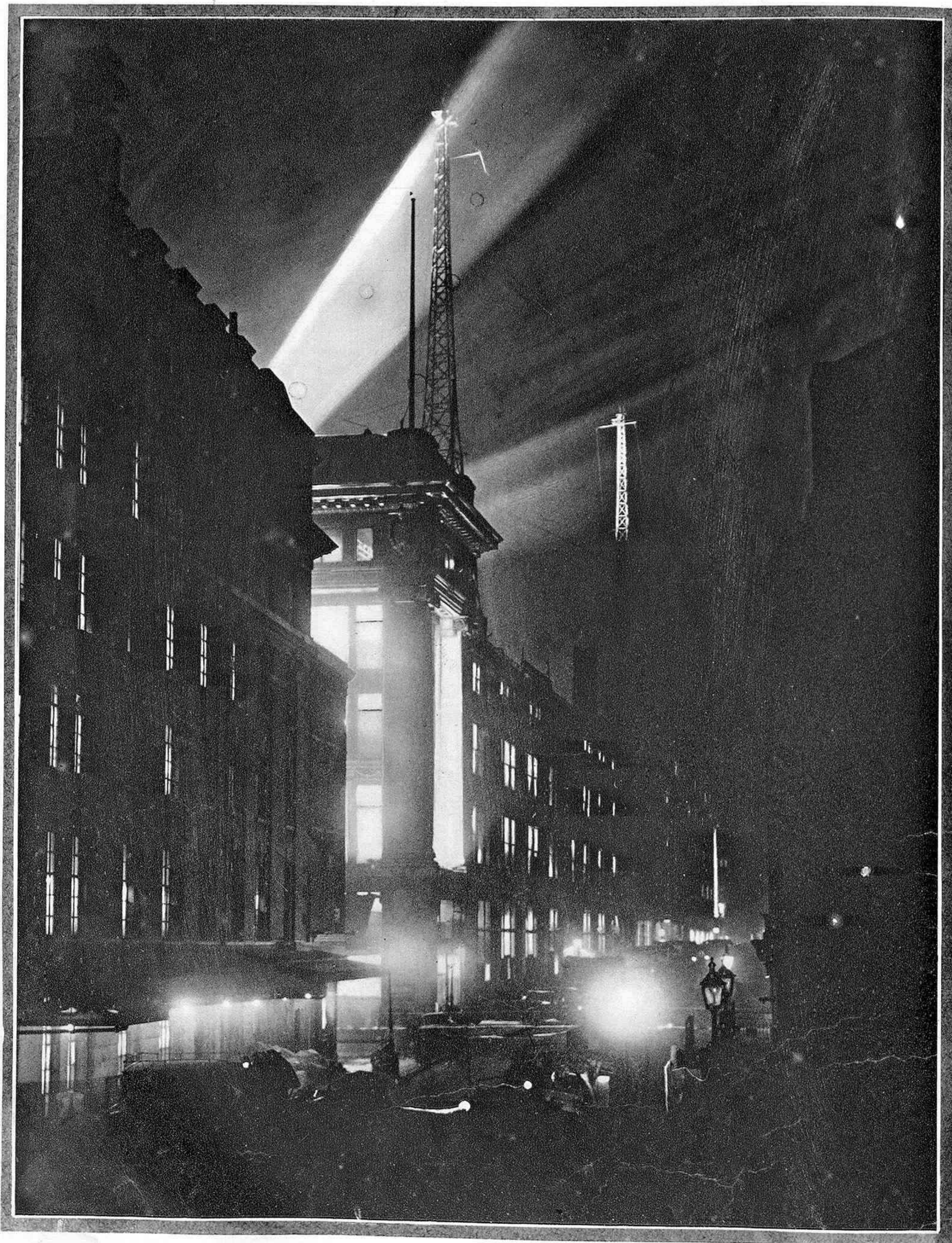
Estampa magnífica, alegoría en que se funden la alegría, la pasión, la majeza y el arte de saber gozar de la vida, de toda una raza que ama el sol y el aire libre, y siente la tentación de las aventu-

ras en que el peligro es como un bizarro juego, y el juego una fiesta en la que hay que saber arriesgarlo todo con un gesto fatalista y estético...

Primavera andaluza... Poema hecho con luz, con ritmos apasionados de guitarra mora, con fervores religiosos de fanático y deslumbramientos de sol y ofrendas dramáticas de sangre en los cosos taurinos...

Primavera andaluza... Leyenda perfumada, pandereta luminosa, tópicos y realidad al mismo tiempo.

(Dibujo de María)



La fotografía de arte

Londres de noche, Las fachadas de Oxford Street, y en primer término el Selfridge Building, intensamente iluminados

(Fot. Agencia Gráfica)

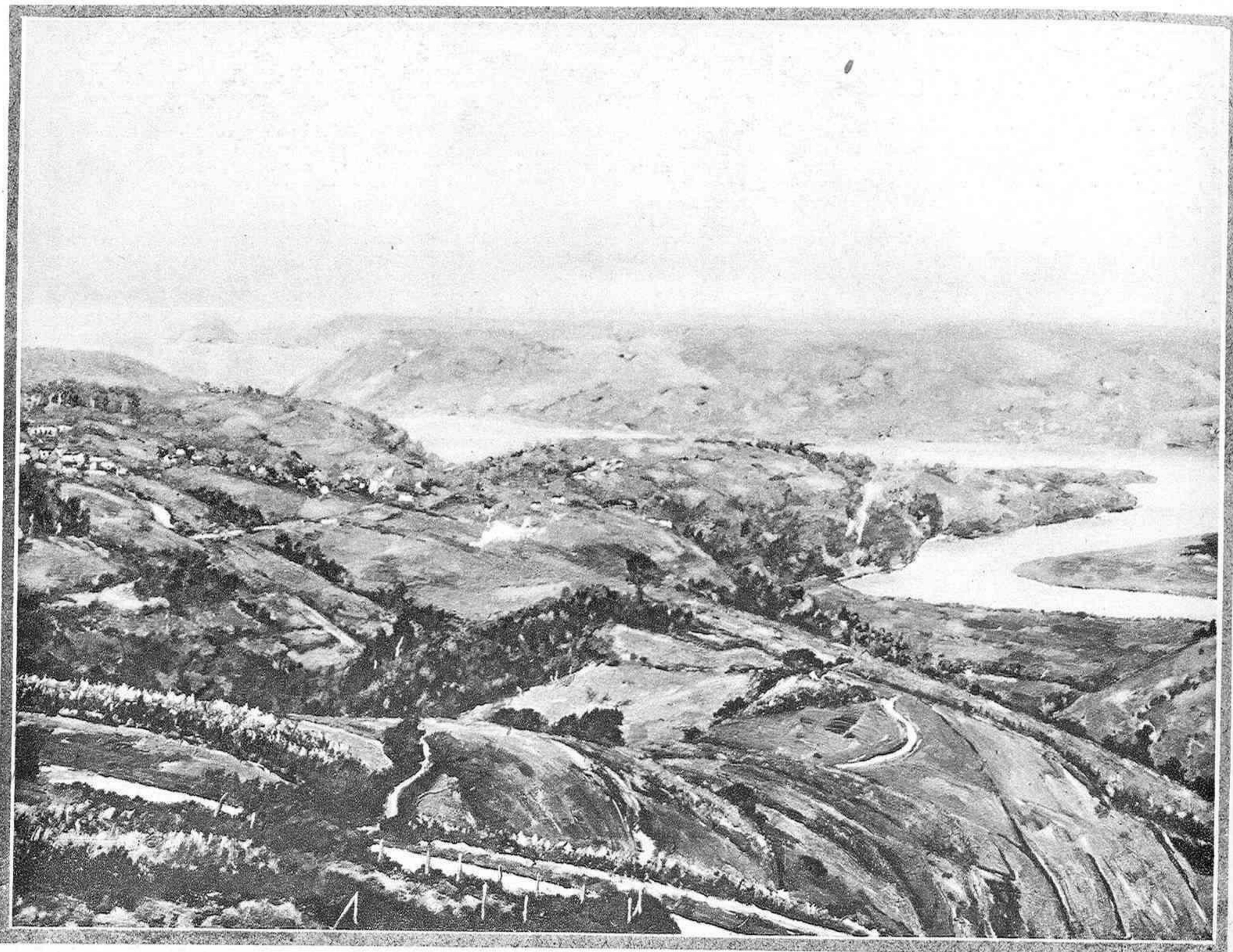


EL «CLOU» DE LA EXPOSICION
DE LA ROYAL ACADEMY,
EN LONDRES

Retrato de S. M. la Reina de Inglaterra, obra maestra del pintor
Richard Jack, destinada al Palacio de Buckingham

(Fot. Marin)

LA ESFERA



Un paisaje, de García Sampedro

GARCÍA SAMPEDRO Y EL PAISAJE DE ASTURIAS

Es García Sampedro un pintor asturiano muy poco conocido por las generaciones actuales, aunque no es todavía un viejo. La causa hállase en que ese artista es un solitario, recluso voluntariamente años ha, por amor al terruño y también, como diría el clásico, por «desprecio de corte», en un bello rincón de su patria, poseedor de uno de los más hermosos panoramas de aquella región tan rica en ellos.

Y, sin embargo, García Sampedro tuvo su momento de gloria «cortesana», que algunos, ciertamente, recordarán. Discípulo, y muy amigo desde los días felices de aprendizaje, de Casto Plasencia; pensionado en Roma, y estudiante del arte clásico allí durante seis años; premiado en la Exposición de 1890 por su cuadro *La caída de la tarde*, que adquirió el Estado y destinó á decorar la Presidencia del Consejo de Ministros; nuevamente premiado en la Exposición de 1897 por sus *Riberas del Nalón*, si García Sampedro hubiese permanecido en Madrid y repetido sus viajes al Extranjero, es seguro que hoy se pronunciaría su nombre sin vacilación entre los de los buenos pintores de la generación á que pertenece. Probablemente, muchos de los que lo igno-

ran han contemplado con deleite algunos de los cuadros suyos que existen en Madrid, en Barcelona, en Oviedo y en otras localidades, tanto en edificios públicos como en colecciones particulares.

Pero como todo en la vida tiene anverso y reverso, la reclusión de García Sampedro en Asturias le ha servido para exaltar y depurar sus admirables dotes de paisajista. Los pintores que han estado en aquella región cantábrica saben bien la enorme dificultad que ofrecen su luz y los cambios continuos de iluminación de sus campos, ríos y costas. Cuando Sorolla estuvo allá por primera vez, fué testigo de la desesperación que le causaba la resistencia que á su enérgico temperamento de artista opuso durante algún tiempo la condición pictórica de aquel país, tan diferente de la tierra levantina. Claro que venció esa resistencia y pintó cuadros «asturianos» tan admirables como los leoneses que por aquel tiempo también compuso; pero tuvo la experiencia de las dificultades que el paisaje asturiano ofrece á todos.

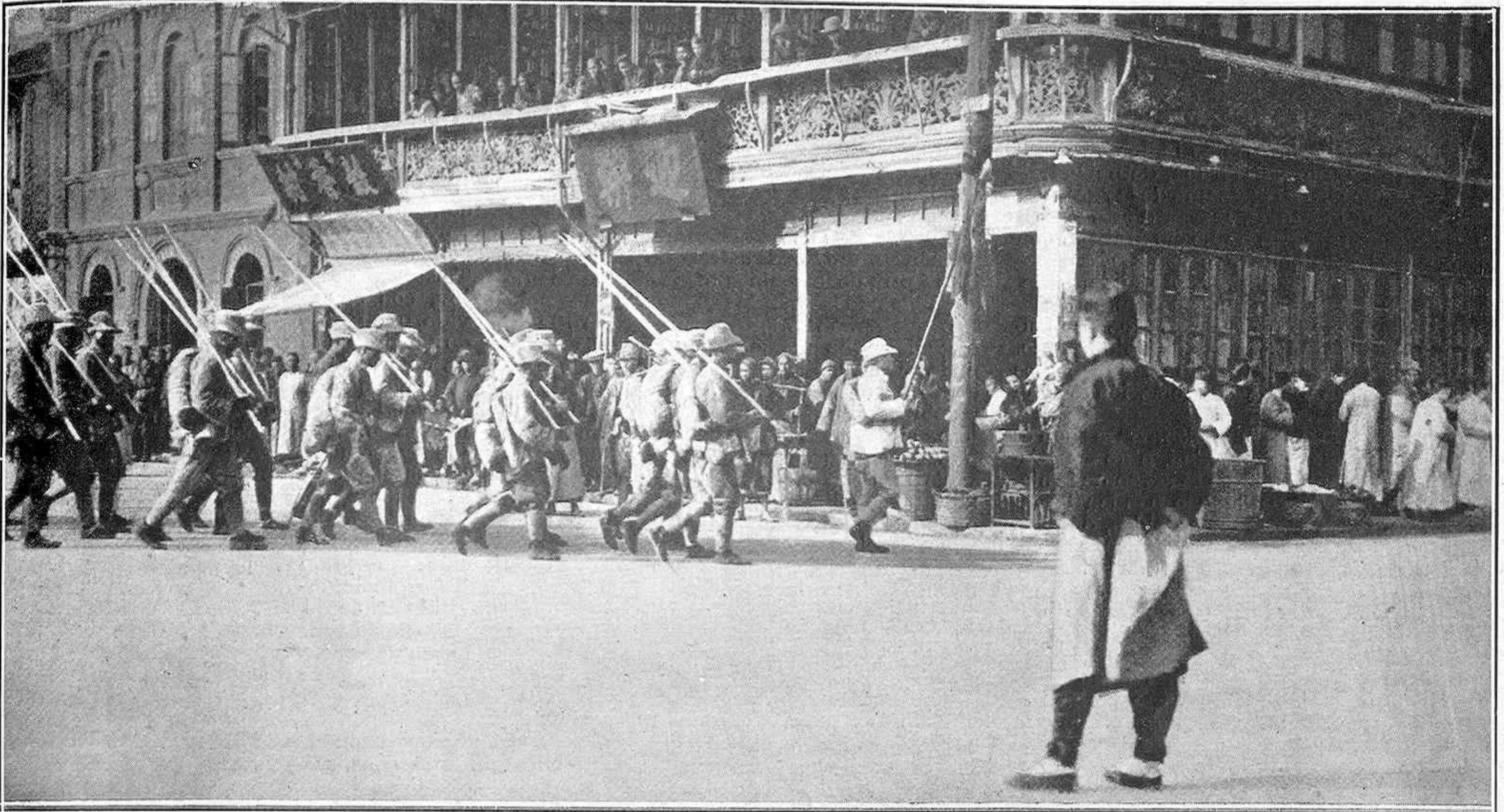
García Sampedro las reconoció desde un principio; pero con una tenacidad que no es sólo hija del empeño en resolver los problemas de técnica, sino también, y quizás antes que nada, del amor que el artista siente por

los campos y las costas de su tierra, viene trabajando año tras año, con fe, con entusiasmo y poniendo á contribución lo mejor de su corazón y de su arte, para comprender lo más hondamente posible y expresar lo mejor que cabe la riqueza de matices y luces que componen la materia pictórica de Asturias, la de la niebla y la del sol, la de las verdes praderas y los oscuros robledales y pinares, la de las calizas blancas y las pizarras plomizas, la de los mares grises y tormentosos unas veces, azules y claros otras.

La colección de paisajes de Asturias que de ahí ha resultado constituye uno de los mayores triunfos de García Sampedro. Sin pretensiones de crítico, para lo que me falta competencia técnica, pero con la posibilidad de apreciación que me concede mi larga experiencia de los campos y riberas asturianos, debo decir que, para mí, García Sampedro ha penetrado como nadie algunos de los aspectos pictóricos de aquella tierra.

LA ESFERA ofrece hoy como muestra á sus lectores la reproducción de uno de esos paisajes, que representa la desembocadura del río Nalón.

RAFAEL
ALTAMIRA



Un regimiento de «lanceros» de infantería que formaba parte de las fuerzas de ocupación de Hang-Chow mandadas por el general Sun-Chuang-Fang. El armamento moderno de estas tropas está constituido por pistolas automáticas y revólvers

«Ante esa gravísima situación, es urgente aplicar un remedio concertando un plan de acción que sirva á la vez los intereses de China y los del mundo blanco. Es un signo de los tiempos que, á pesar de su xenofobia, los Jóvenes Chinos ilustrados acaban de plantear la cuestión en un periódico de Shanghai. Y es lo sorprendente que ellos mismos invitan á las naciones extranjeras á intervenir, á acabar en China con las dictaduras militares y á libertar así al oprimido pueblo.»

«Un doble objetivo—concluye el Dr. Legendre—se nos impone: arrancar á China de la nefasta influencia de Moscú y hacerla entrar en el

concierto de las naciones pacíficas; restablecer ese gran mercado universal de tal suerte que una enorme masa de más de trescientos millones de individuos no quede sumida en la anarquía, eliminándose con ello de la producción general. La primera medida á adoptar por las potencias debiera ser la creación de una policía internacional, con un Estado Mayor europeo y norteamericano, y en el que se daría también entrada al Japón. Esta policía sería precioso auxiliar para conseguir el desarme de las tropas mercenarias de los *tukiuns*, mil veces más desastrosas para el país que los forajidos. Ha de tenerse en cuenta que estas hordas de soldados-bandoleros

representan, calculando por lo bajo, una fuerza armada de 1.500.000 hombres. Su licenciamiento es la condición fundamental de la seguridad en China. Pero como sería peligroso llevar á la circulación ese contingente de millón y medio de aventureros acostumbrados al pillaje, impondría-se la necesidad de darles inmediatamente trabajo. Bastaría á ese efecto poner de nuevo por obra el antiguo plan de grandes obras públicas elaborado en 1913, y cuyo coste podría sufragarlo un consorcio financiero internacional, constituido una vez que se pusiera término al caos actual»

D. R.



Efectos de una mina colocada por los sudistas en las cercanías de Hang-Chow, antes de su salida de la ciudad, y cuya explosión causó numerosas bajas á los nordistas

INFORMACIONES ESPECIALES DE «LA ESFERA»

Rabindranath Tagore habla de su viaje reciente por Europa

EL príncipe de los poetas indios ha pasado seis meses en Europa, deteniéndose un momento en cada una de las grandes ciudades continentales. Durante este paseo, Rabindranath Tagore ha hecho amistad con numerosas personalidades europeas; ha conocido, siquiera no sea muy profundamente, los problemas que inquietan á nuestro medio, y ha podido formarse una idea de la situación política y literaria del viejo mundo.

Antes de embarcar para la India hemos conseguido una breve conversación con el poeta, celeberrimo.

Cerca de él, lo que impresiona ante todo es su perfecta belleza masculina, humana. Cabeza armoniosa; la barba, blanca como la nieve más pura, y cabellos que penden largamente para acariciarle las espaldas, dándole un aspecto verdaderamente clásico. La expresión del rostro es la encarnación de la bondad, de la dignidad y de la sabiduría humanas. Tiene un indudable aspecto de profeta.

—O—O—

—Estoy viajando por Europa desde Mayo pasado. He recibido tantas y tan variadas impresiones, que no las puedo resumir en una breve conversación.

También he tenido la satisfacción de entablar relación con numerosas personalidades europeas, y entre ellas, muy especialmente, con el doctor Einstein, con quien he charlado varias veces.

He conocido á Knut Hamsun, y aun habiendo leído un número escaso de sus obras, la personalidad me ha parecido tan interesante como ellas.

Sven Hendin me ha contado muchas cosas interesantes en amena charla.

Precisamente en Noruega es donde me he hallado más á gusto, tal vez por no haber tenido que vivir en los antipáticos hoteles. Fui huésped de una ilustre é inteligente dama, y estuve siempre rodeado de personalidades relevantes que me atendieron muy cariñosamente. Además de mi distinguida hospedera, Nansen, el célebre explorador del Polo Norte, actual representante de Noruega en la Liga de las Naciones, se preocupó de mí en todo momento con un lujo de atenciones que nunca agradeceré suficientemente.

Por desgracia para mí, de todas las lenguas europeas no conozco más que el inglés, y, por tanto, no me es posible conversar sino con aquellos que le hablan. Asimismo, en todo lo que se refiere á la rica literatura continental, tengo que someterme á las traducciones inglesas para conocer tantos autores interesantes. Por esta razón, la evaluación exacta, el juicio completo de una obra poética, es para mí casi imposible. La poesía traducida á otro idioma es como el pajarillo sin alas.

—O—O—

Dulcemente, lentamente, con una voz suave, casi femenina, habla Rabindranath Tagore.

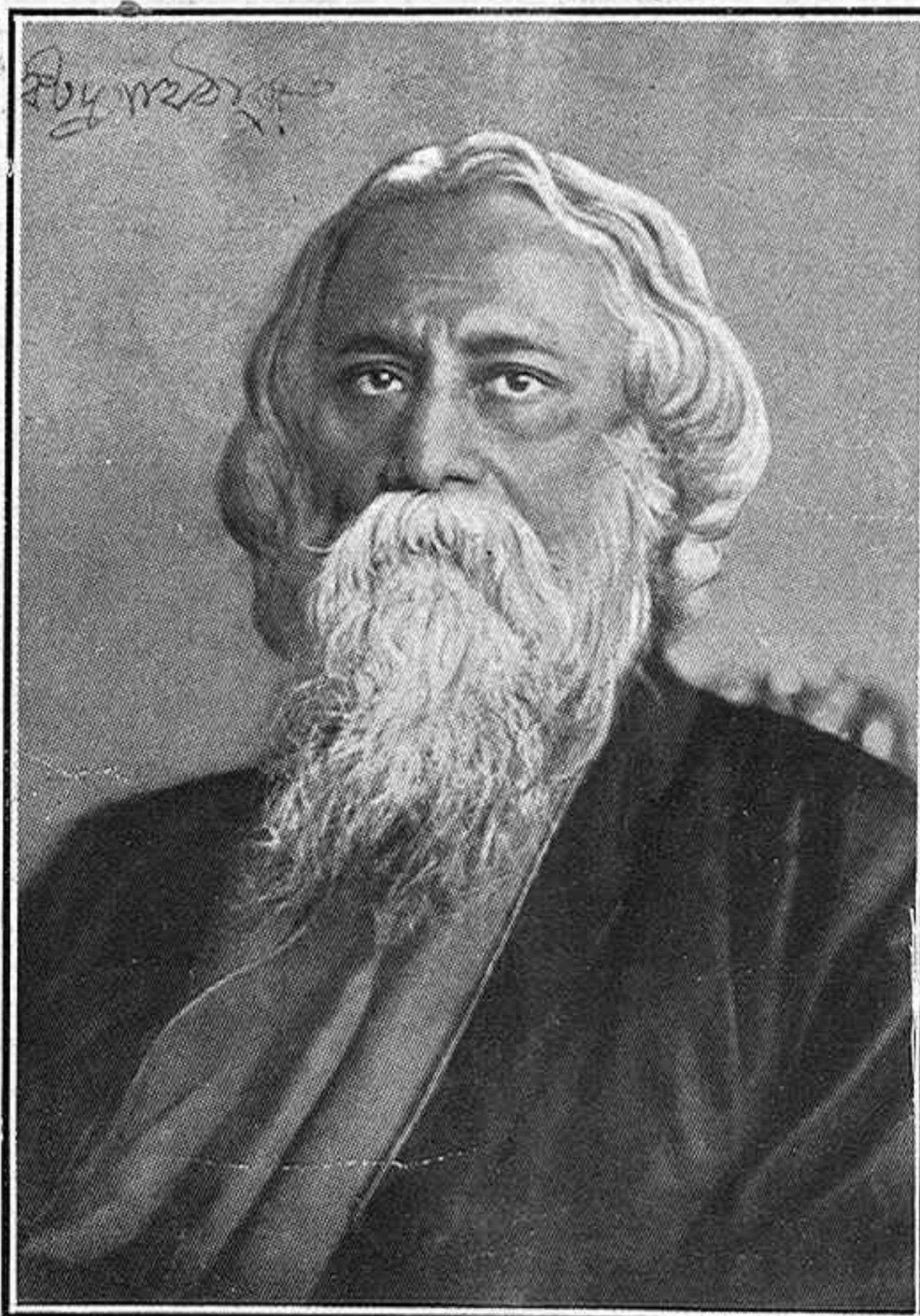
Los largos viajes le producen cierta fatiga; pero, no obstante, continúa, todo amabilidad:

—Durante mis seis meses de estancia en Europa ha sido objeto mi modesta persona de comentarios tendenciosos y hasta calumniosos. Se me acusaba por un lado de ser partidario de las ideas bolcheviques; por otro se afirmaba, al contrario, que era un devoto del fascismo..., porque yo había tenido dos entrevistas con Mussolini, y las dos veces no me había recatado de proclamar la gran impresión que este hombre público me había causado: inteligencia, perspicacia, clarividencia; todas las cualidades, en fin, que á un estadista eminente pueden servirle para procurar á su manera el bien del país que el destino le encomendó.

Pero, naturalmente, esta opinión que yo he formado de la personalidad de Mussolini no significa actitud mía favorable ó contra el fascismo como sistema de gobierno.

Esto aparte, Italia me ha causado una impresión profunda. Es suficiente viajar de un lado á otro de la península para formarse una clara idea de la energía del movimiento político que anima todo el país. Por otro lado, el gobierno ha sabido mostrar al extranjero nada más que aquello que ha juzgado prudente hacerlo. Ahora bien: resolver en unas palabras, y desde mi punto de vista extranjero, si la dictadura es buena ó mala, es punto menos que imposible, y yo no me atrevería nunca á ello. Un dictador perspicaz, una personalidad capacitada, un hombre eminente pueden operar siempre con éxito, y la Historia nos muestra frecuentes ejemplos.

Sin embargo, yo señalaré que un movimiento político fuerte é intenso no favorece



RABINDRANATH TAGORE
El poeta indio

siempre el progreso intelectual del país. Al contrario, frecuentemente le perturba, y á veces hasta le suspende completamente.

He sufrido también algunos disgustos á causa de mi sincera declaración respecto de la emoción que me había causado la literatura rusa, á la que me he referido en distintas ocasiones. Se dijo que me interesaba por el bolchevismo, que era un amigo de los bolcheviques, y casi que yo era uno de ellos disfrazado.

Quiero confesar sinceramente que el nuevo mundo que la Unión de las Repúblicas Soviéticas ha levantado sobre las ruinas del viejo Imperio me interesa mucho, y por esta razón deseo conocerle mejor, haciendo una visita prolongada á la nueva Rusia. Pero mis médicos no me han permitido correr el riesgo de los fríos invernales ahora, y he tenido que desistir por el momento del viaje. Sin visitar el extenso y trastocado país no llego á darme idea de cuál será la verdadera situación. No puedo explicarme cómo me tilandan de bolchevique, si soy un entusiasta de las novelas de Tolstoy y Dostojevsky, de la Epopeya rítmica de Puskin, es decir, de

las obras literarias creadas mucho antes del advenimiento del bolchevismo. También Máximo Gorki me ha interesado mucho, aun cuando no he hallado en ninguna de sus obras una armonía completa, un estilo puro, como el que se encuentra en las novelas de Tolstoy ó de Turgenev. Otro escritor, Chejov, con su observación profunda de la vida, que bajo una crueldad aparente esconde un profundo amor á la Humanidad, me ha causado una vivísima sensación.

Tengo que decir sinceramente que me encantan los representantes de la literatura inglesa más conservadora, como Thomas Hardy, como Rudyard Kipling. En general, me gustan los poetas que producen una clara armonía, que dan á su idioma los tonos de un lenguaje musical. Entre los ingleses, Sir Yeats es el que me produce esa impresión. Cuento además con la satisfacción de haber incluido al célebre escritor irlandés en el círculo de mis dilectos amigos.

He leído todas las obras importantes de Bernard Shaw, y aunque significan un fuerte contraste con la orientación literaria que yo represento—esta es, al menos, la opinión de algunos críticos—, no he logrado descubrir tal oposición en sus novelas. La manera de sus escritos, sus formas, profundamente paradójicas, constituyen, sin duda, un gran contraste con mis obras, y, sin embargo, las dos se esfuerzan en llegar al mismo fin, aunque por senderos bien diferentes.

Aunque en la obra de Bernard Shaw se revele siempre la cruel ironía, la fría y firme inteligencia, yo no alcanzo á ver en él sino al gran poeta del profundo amor hacia la Humanidad. La poesía del amor á la Humanidad busca y halla expresiones opuestas. Bernard Shaw nos presenta la vida más cruel, y, sin embargo, proclama vigorosa y ardientemente la poesía eterna, la canción inmortal del amor humano.

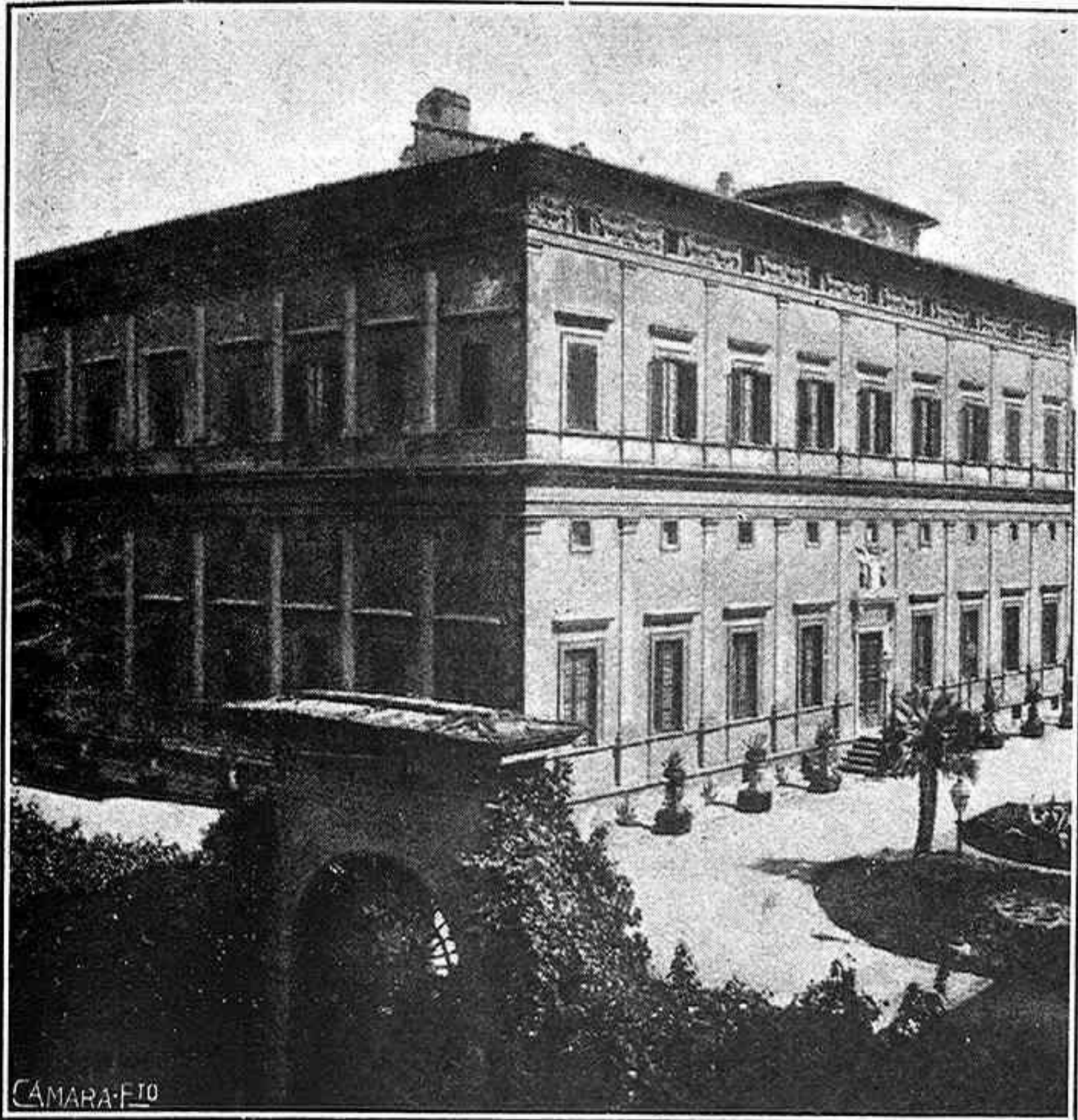
Una evaluación real y fiel de las diversas literaturas europeas, su importancia en el pasado y su significación, y el gran valor que les reserva el porvenir, exigiría un conocimiento extraordinario, un estudio profundo é extenso que yo no podré hacer nunca.

Creo que la literatura moderna, y muy especialmente la inglesa, se detiene en la superficie en lugar de penetrar en lo hondo, buscando en la eternidad su verdadero fin. Sin embargo, resultaría muy injusto pretender deducir de aquí la consecuencia de que Europa y su literatura están en decadencia. Los grandes pueblos, como los hombres en particular, y las manifestaciones de la vida, las ciencias, las artes, tienen necesidad de sueño, de reposo. Este descanso no significa decadencia alguna, y semejante sueño está muy lejos de parecerse á la muerte.

Estoy satisfechísimo de haber podido venir á Europa, aunque haya sido al fin de mi vida. Con esta visita fortalezo mi confianza en un porvenir más hermoso y mejor, incubándose en el corazón de las juventudes que despiertan. Los pueblos todos del mundo combaten por intereses distintos, y es muy difícil encontrar un motivo común que concrete la fórmula de la cooperación fructífera. Sin embargo, lejos de ese mundo de los intereses y egoísmos de los pueblos y la vida, hay otro mundo más bello, cuya felicidad íntima consiste en las ideas elevadas; centro de nobles ambiciones, de ideales de existencia donde todos los deseos de los corazones humanos y todos los objetos elevados se funden sublimándose. Así pueden encontrarse, comprenderse, unirse, hombres y pueblos de todo el mundo, de todas las razas humanas. Y los que reconocen que la verdadera luz, la luz eterna, viene de la civilización humana, esos no envejecen nunca ni mueren jamás...

E. P.

VALIOSAS ADQUISICIONES DEL ESTADO ITALIANO



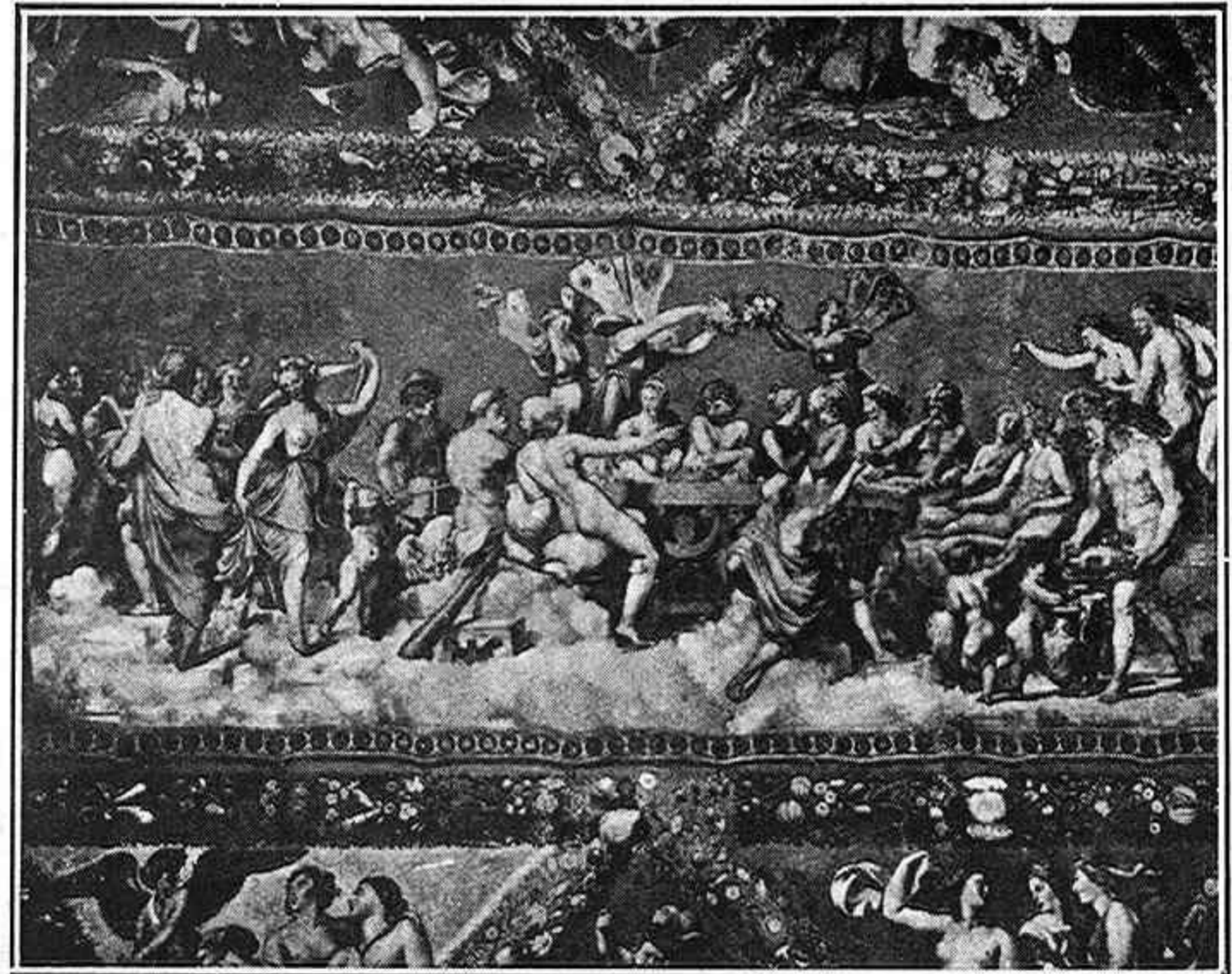
La «Villa Farnesio», de Roma, adquirida recientemente por el Gobierno italiano para convertirla en Museo de Arte antiguo

TRES acontecimientos importantes en la historia contemporánea del arte italiano han ocurrido recientemente. Uno de ellos ha sido la adquisición por el Estado de la famosa *Villa Farnesio*, en Roma, cuya propiedad conservaban los duques de Santa Lucía, y que éstos, como testimonio de simpatía al Gobierno de Mussolini, acabaron de ceder á Italia en la cantidad de doce millones de liras; suma que, aunque elevada, no representa, ni con mucho, el valor de los tesoros artísticos allí acumulados por sus sucesivos poseedores.

La *Villa Farnesio* ó *Farnesina*, verdadera joya del Renacimiento italiano, fué construída entre 1508 y 1511 por el arquitecto toscano Baltasar Peruzzi, para el opulento banquero papal Agustín Chigi. Sus magníficos aposentos hubieron de ser decorados espléndidamente, en los años inmediatos, por Rafael y sus discípulos Julio Romano, Pierin del Vaga, Antonio Bazi, llamado *Sodoma*, y otros célebres artistas. Entre los principales frescos de Rafael Sanzio ó de sus discípulos, en las cámaras de la *Farnesina* figuran los tres que reproducimos en la presente página, y que representan *El banquete nupcial de Cupido y Psiquis en el Olimpo* (de un discípulo de Rafael), *El Nacimiento de Galatea* y *Venus subiendo al Olimpo*, estas dos últimas obras consideradas como de las más

bellas del célebre pintor de Urbino. A la muerte de Andrés Chigi, la *Farnesina* pasó á la familia Farnesio, tan favorecida por Alejandro VI, el Papa Borja, y posteriormente á los Borbones de Nápoles y Sicilia.

También ha adquirido el Gobierno italiano la *Villa Aldobrandini*, de Roma, edificada á fines del siglo XVI para el cardenal Pedro Aldobrandini, que encargó la decoración de su palacio á los más hábiles artistas de Italia, entre ellos, Jacobo della Porta, el *Dominiquino*, y Juan Fontana, y que hasta ahora era propiedad de la familia Borghese, y el famoso palacio veneciano llamado *Ca d'Oro*, una de las más bellas construcciones del primitivo Renacimiento italiano.

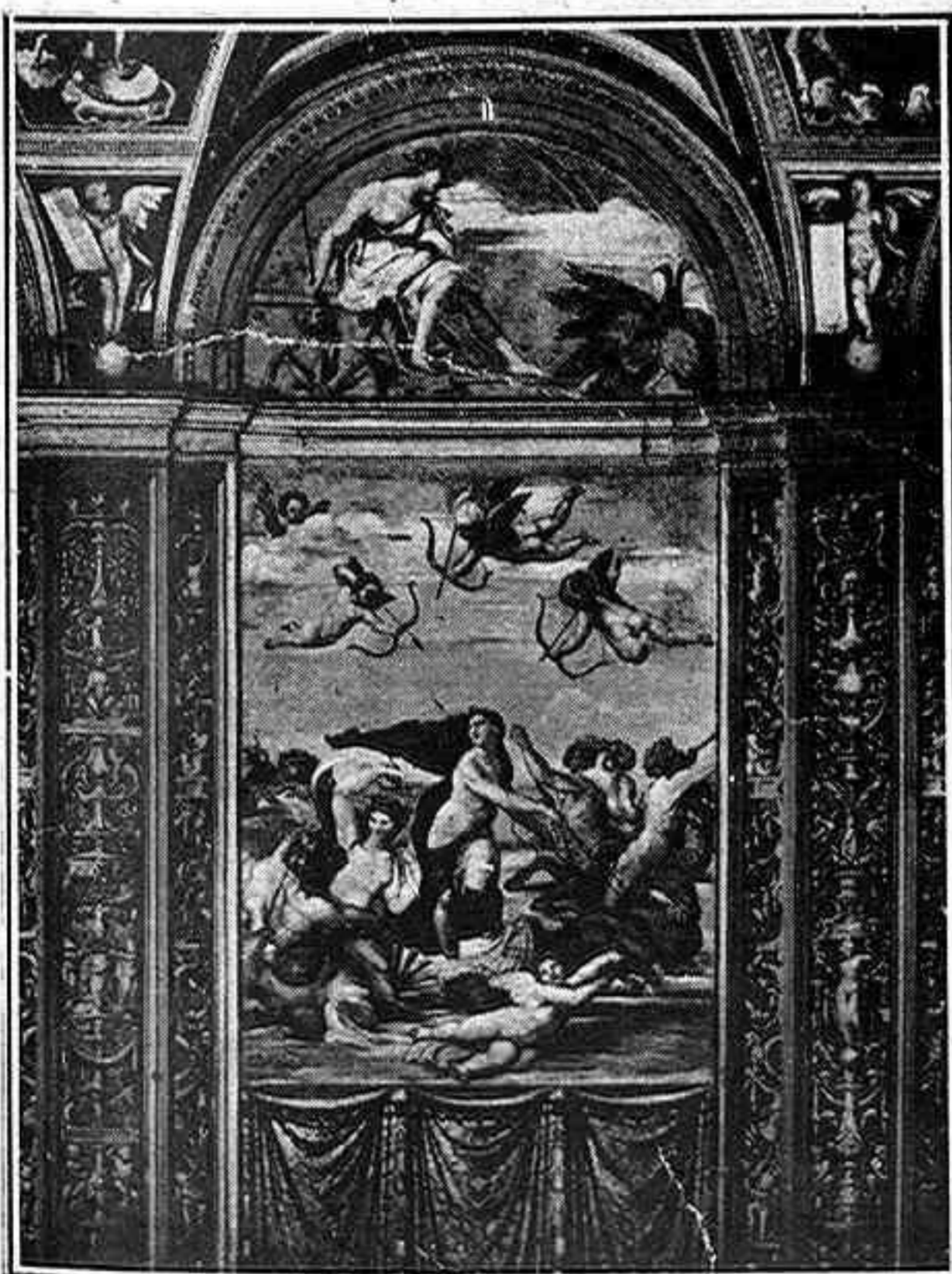


«El banquete nupcial de Cupido y Psiquis en el Olimpo» fresco de la Villa Farnesio, pintado por un discípulo de Rafael Sanzio

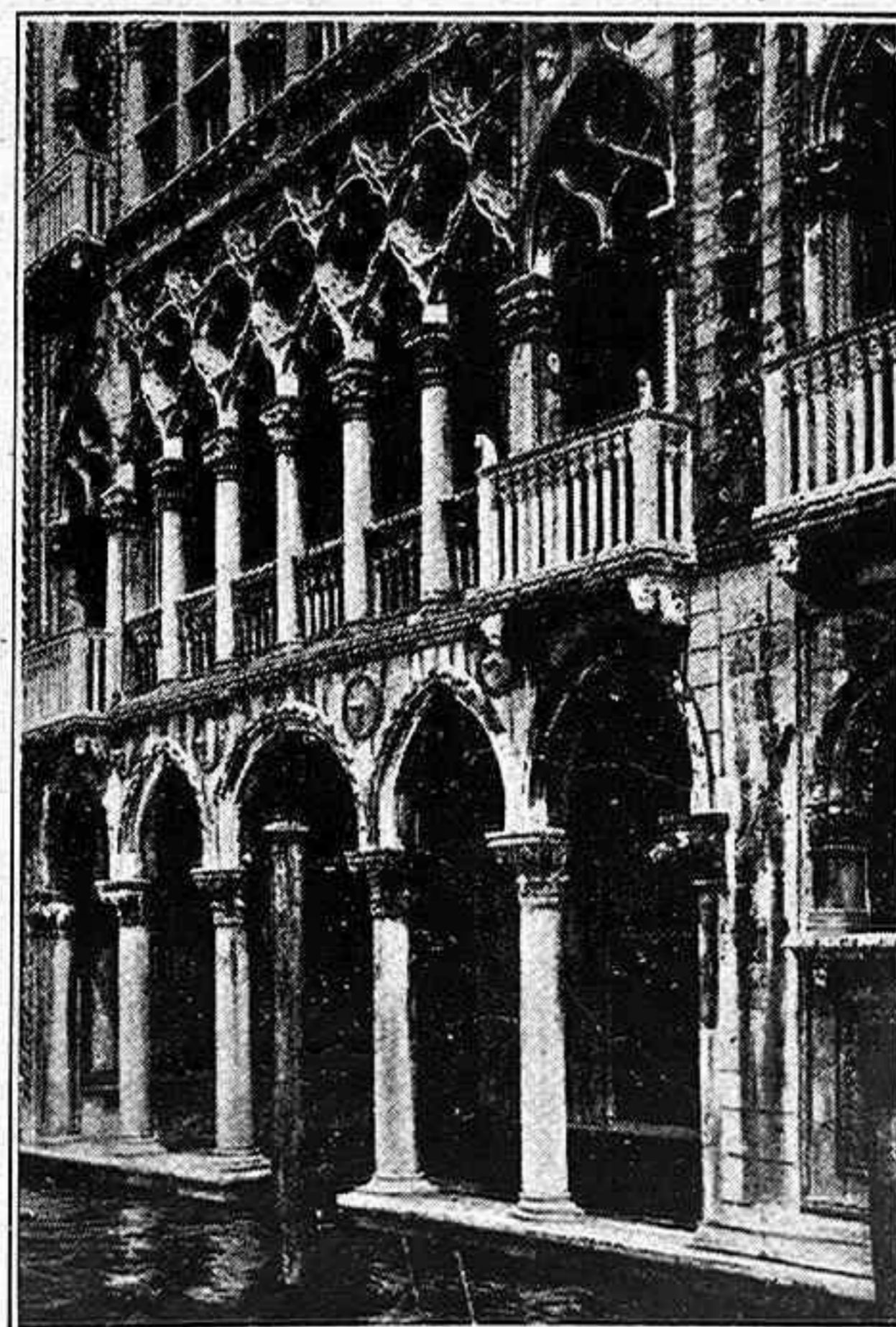
El *Ca d'Oro* ó *Casa de Oro*, así denominada por la gran cantidad del precioso metal invertido en decorar la fachada, sirvió de morada á uno de los más opulentos individuos de la aristocrática familia Contarini, datando su edificación del año 1436. La famosa bailarina Taglioni lo habitó algún tiempo, siendo adquirido hace treinta y tres años en lamentable estado de ruina y abandono por el barón Jorge Franchetti, entusiasta protector de las artes y coleccionista que convirtió la antigua residencia principesca en espléndido museo, del que forman parte cuadros de Mantegna, Ticiano, Van Dyck, etc.; esculturas y porcelanas de un valor incalculable.

El *Ca d'Oro*, como la famosa *Villa Farnesio*, ha sido cedido al Gobierno italiano por los herederos del barón Franchetti.

D. R.



«El Nacimiento de Galatea», fresco de Rafael Sanzio, en Villa Farnesio



El «Ca d'Oro», bellissimo palacio del Renacimiento italiano, en Venecia, adquirido por el Gobierno de dicho país



«Venus subiendo al Olimpo», fresco de Rafael Sanzio, en Villa Farnesio

LIBROS

«Mundo Latino» acaba de editar *Los senderos de la locura*, del ilustre doctor César Juarros. Este libro, como su autor acusa en la primera página en un breve prólogo, está destinado á los profanos en Psiquiatría, «indispensable en país como el nuestro, donde tan erróneo concepto de la locura tienen las gentes»...

«Es, en resumen, este libro—sigue aduciendo su insigne autor—índice de signos de alarmas, brújula del recelo oportuno, piqueta en las ciudadelas de la confianza injustificada, ciencia de sospechar, modos de prever y, esencialmente, divulgación clara de cómo son los locos.»

Lo indiscutible es que este interesantísimo tratado de divulgación, enfocado con el ameno y sugestivo estilo característico de la pluma del doctor Juarros, solicita la atención del lector desde el primer capítulo—*Cómo se llega á loco*—, y sigue en curso creciente hasta el final del libro.

—*Tánger ha de ser español* (La opinión de España). Editorial Ibero-Africano-Americana. Madrid.—En este volumen, el notable publicista Ignacio Bätter ha recogido el criterio de hombres representativos de todos los ideales, desde el socialista al tradicionalista, coincidentes en que Tánger debe ser español.

—*Las eternas mironas*—la novela de la solterona—, en la que José María Acosta, su autor, estudia el problema de esas mujeres que en España son objeto de ludibrio ó de chunga. Y que, como dice un personaje de la obra de Acosta, «En la calle les sale al paso la chuchuleta grosera y desvergonzada del desocupado soez, del tenorio procaz. Y en la casa, los padres dicen, ó piensan: «A esta chica no hay medio de darle salida.» Y á la postre, cuando los hermanos tuvieron que recogerlas, murmuran: «¡Valiente pejiquera me cayó encima!»...»

La obra de Acosta es de un realismo sano, natural, sin morbosas delectaciones, y está escrita con un estilo ligero, pero correcto, que le granjeará, sin duda, numerosos lectores.

Esta novela, de más de trescientas cincuenta páginas de interesante lectura, está editada por «Renacimiento».

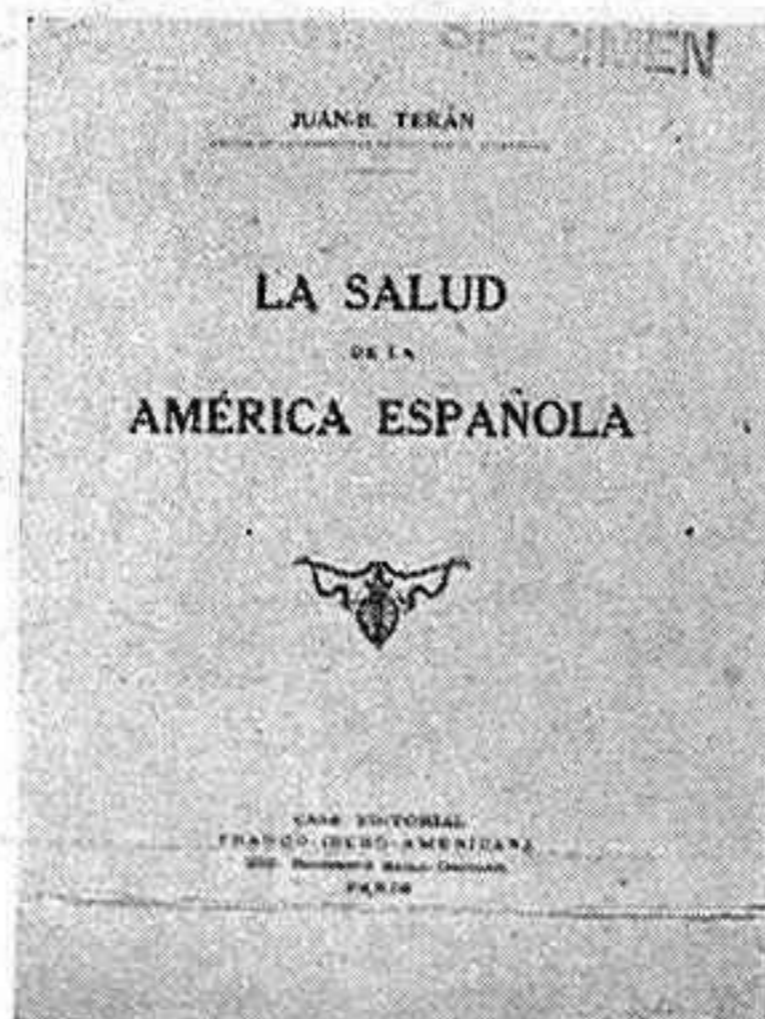
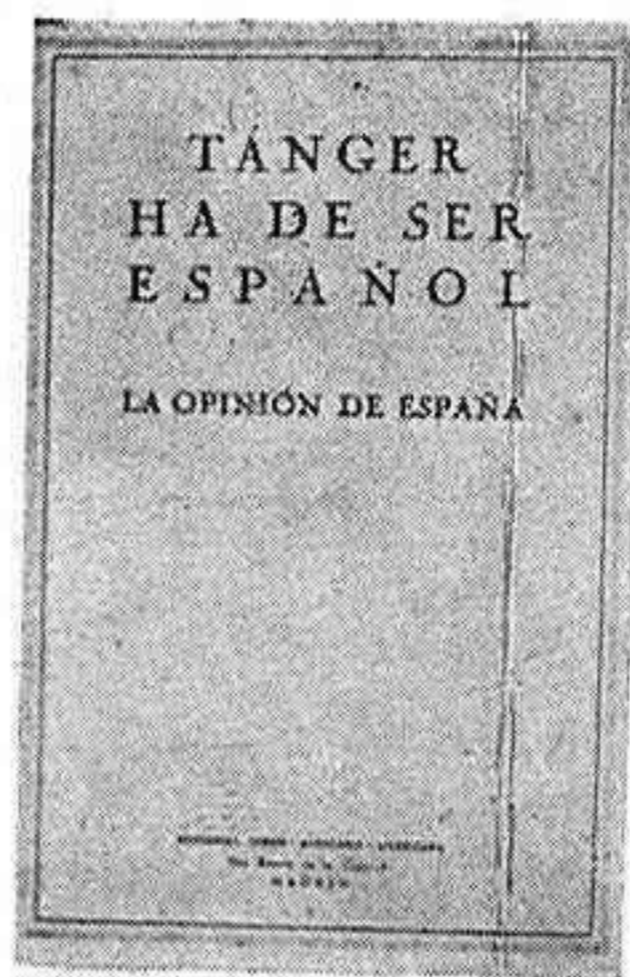
—*La hoguera de Israel*.—Antonio Cases ha recogido en poco más de doscientas páginas esta interesante novela bajo el subrótulo de *La novela de los hebreos*.—R. Caro Raggio, editor. Madrid.

—*Sevilla y Semana Santa*.—Un pequeño volumen de prosa y versos por Luis Calatayud Bua-des.

—*Patria y Hogar*.—Con este título ha llegado á nosotros un interesante libro, fruto del estudio, de los viajes y de la minuciosa observación que caracteriza al R. P. Adolfo Villanueva, el que fué cronista del cardenal Benlloch, que le encargó la obra que nos ocupa los presentes renglones.

Está dedicada á S. M. la Reina, porque la idea del malogrado Príncipe de la Iglesia fué ofrendarla personalmente á la augusta dama.

—*El juramento de Lucía*, por el comandante G. de Wailly, traducción por Luis G. Manegat. Esta obra constituye el tomo veintinueve de las novelas escogidas que forman la colección «Princesa».—Eugenio Subirana, editor. Barcelona, 1927.



Sarah Bernhardt, por Emilio Gascó Contell. Casa editorial Franco-Ibero-Americana. París. Este libro—vida anecdótica de la insuperable trágica francesa—tiene el apasionante interés de la más frondosa de las novelas.

La salud de la América española, interesante colección de ensayos en torno al problema que señala el epígrafe, por Juan-B. Terán, rector de la Universidad de Tucumán (República Argentina). Casa editorial Franco-Ibero-Americana. París.

La crítica de libros en la prensa diaria.

La Asociación de la Crítica, de París, ha decidido, ante la abundancia de la producción editorial, «señalar todos los meses algunos libros dignos de atención y polémica».

Recogemos la noticia de *Comoedia*, en donde Gabriel Boissy comenta, al mismo tiempo que esta decisión, un artículo de Paul Souday, el crítico literario de *Le Temps*, alzándose airadamente contra la misma.

No aparece muy claro si lo que se pretende—ó lo que se ha decidido—es que los críticos de París se atengan á esa lista, emitida por un Comité de su Asociación profesional, á fin de evitarse la labor seleccionadora, ó, simplemente, que la Asociación de la Crítica intervenga en el palenque literario informando al público de las obras que, á su juicio, merecen ser leídas y comentadas.

Si es de esto último de lo que se trata, reputamos indiscutible el derecho de toda entidad, individual ó corporativa, á emitir su juicio sobre la producción de librería ó sobre cualquier otra manifestación literaria ó artística. Y decimos su juicio, porque aunque se limite á «señalar algunos libros dignos de atención», ejerce de hecho una función de enjuiciamiento, desde el instante en que su «manera de señalar» supone un proceso eliminatorio.

Lo interesante es saber si los críticos están dispuestos á someter sus lecturas á esa selección previa. Esto es, á no leer y, por lo tanto, á no hablar más que de los libros señalados como dignos de su atención por la Asociación de la Crítica. Esta supeditación voluntaria á un primer juicio ajeno es lo que puede y debe alarmar á autores y editores.

A la objeción de que ello, en la actualidad, no significa novedad ninguna, pues que los críticos no hablan de todos los libros que se les envía, y mucho menos de todos los que se publican, es razonable responder con el viejo argumento de que el silencio es ya una opinión. En este caso, el crítico silencia su opinión sobre un libro. Pero esta opinión es suya. De la otra manera, silencia la opinión de otro. Es decir, falla sin haber juzgado. Y la responsabilidad de esta temeraria imprudencia es mucho mayor, puesto que la sentencia es siempre condenatoria.

•••••

Y, sin embargo... Es indudable que el actual estado de cosas favorece muy poco tanto al autor como al crítico. En muy contados casos podrá el autor tener la certidumbre de que su obra ha sido leída íntegramente. Y aun en el caso

afirmativo no le consta que la lectura haya sido, en primer lugar, realizada, y meditada después, con la holgura de tiempo y serenidad de ánimo suficientes para que el dictamen por ella inspirado ofrezca las máximas garantías de acierto. El crítico, por su parte, se ve en la necesidad de hablar de un número de libros cuya sola lectura—sin contar por ahora, deliberadamente, los trances de la meditación y la expresión literaria de sus opiniones—ya supone una riqueza temporal, de la que paladinamente no dispondrá nunca. Sería necesario crear para el crítico un día excepcional, de muchísimas más horas que el día astronómico que ha tenido á bien la Providencia concedernos á todos los demás mortales. Claro que no hace falta leer un libro de punta á cabo para advertir si vale la pena ó no de hablar de él. A un crítico expertole basta, por lo general, ojear con bien aplicada atención sus páginas para incluirlo entre los que deben ser leídos ó entre los irremediable y dolorosamente eliminados. No habrá que añadir que en esto, como en toda obra humana, el error puede jugarnos una mala partida.

Pero aun así, la proporción entre los examinados y los elegidos es lo suficientemente considerable para que el crítico no pueda dedicar á su actuación específica toda la escrupulosa morosidad deseada. He aquí una de las fases del problema. Pues que á diario aceptamos con cristiana resignación la realidad inescusable de una multitud de ellos, resignémonos un poco más y aceptemos también este benigno problema de la crítica literaria.

No es posible negar que nuestra Prensa diaria se destaca, entre la Prensa mundial, por la preferente atención que dedica á las cuestiones y actividades literarias. Quizá ni siquiera fuese excesivamente arriesgado decir que es una de las Prensas más literarias del mundo. No obstante, ningún diario español de nuestros días puede ufanarse de conducir su sección de crítica de libros con la puntualidad y el rigor informativo con que lleva, por ejemplo, la crítica de teatros, de deportes, de toros.

Esta indicación está exenta del más leve designio reprobatorio, y no tiene otro sentido que el expreso de señalamiento de un fenómeno indudable. Fenómeno que, ciertamente, corresponde á una preferencia del público.

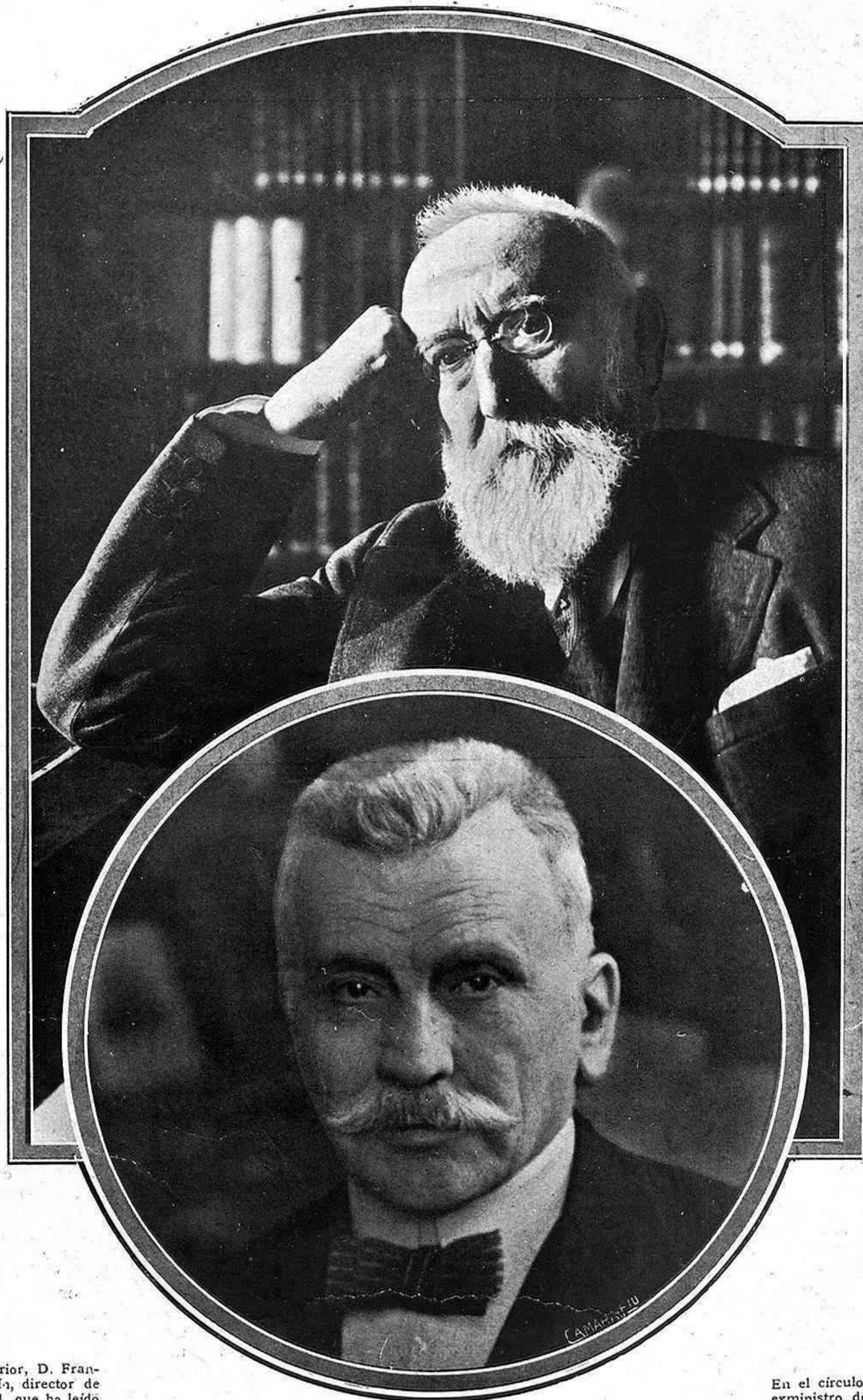
Añádase á esto que hoy se producen más libros que nunca, con lo que se agrava la dificultad de una crítica inapremiada. Y se explica la paradoja de esta exorbitante producción literaria en una época como la nuestra, positivista, de ideales restringidos, de velocidad y deporte, teniendo en cuenta la pertinaz línea ascendente de la cultura media del hombre. Cada día es mayor el número de personas á quienes su instrucción permite expresar, más ó menos bella y correctamente, sus ideas y sentimientos. De la misma manera que ese número será superior mañana, y así progresivamente, mientras no ocurra un cataclismo que haga retornar al hombre á su pristina ignorancia.

Por otra parte, los diarios tienen que satisfacer, con preferencia, la curiosidad del público por los temas que le apasionan. Hasta hace muy pocos años, la información de deportes era de escasa importancia periodística. Hoy ocurre el fenómeno contrario, porque el público solicita una amplia información deportiva con razones de una elocuencia económica inapelable.

La Prensa diaria tiene que vivir, por imperativo de su misma naturaleza, á base de un régimen de mayorías. Y la mayoría de los lectores de periódicos se interesa muy escasamente por la actividad literaria. Quizá no esté lejano el día en que la crítica de libros desaparezca de las hojas diarias para ir á refugiarse en el remanso, más holgado y más sereno, de los cuadernos especializados.

FERNANDO
DE LA MILLA

Los nuevos
académicos



En la fotografía superior, D. Francisco Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional, que ha leído su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia

En el círculo, D. Amalio Gimeno, exministro de Instrucción Pública, que ha ingresado en la Real Academia Española

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE E C H E A

(CONTINUACIÓN)

También se ocupó de preparar todo lo que convenía para el momento de embarco de los nuevos viajeros que ya habían adquirido billete para los lejanos mares de Coral y las islas Caníbales.

La noche la pasó fuera del *Makambo*, y anduvo visitando los bares de Sydney, frecuentados por marineros, y donde se cambiaban unos á otros noticias de lo ocurrido en los puertos diversos de donde procedían las embarcaciones recién llegadas. Bebió mucho y recogió informes útiles. Al día siguiente, á las doce de la mañana, alquiló por quince chelines una lancha y se aproximó á Jackson Bay, donde se hallaba una goleta americana de finas líneas, la *Mary Turner*. Pronto llegó á la cabina principal, y se encontró con un extraño cuarteto, de rostro patibulario. Por el anterior mayordomo, con quien la noche precedente había hablado con extensión, conoció bastante de estos individuos, y no tardó en identificarlos. Este, pensó mirando á uno que se hallaba cómodamente sentado en un gran sillón, un poco separado de los demás, de ojos de un azul tan claro, que parecía un blanco sucio, es, sin duda, el que le llaman el «Viejo marino». Largos mechones de pelo ceniciento en desorden encuadraban su rostro. Era delgado, tenía las mejillas descarnadas y arrugas profundas. La piel envolvía en el cuello una nuez prominente y grotesca, que parecía que iba á tragársela, sin lograrlo, cada vez que hablaba. Era el perfecto tipo del viejo marinero, á quien Dag pensó que podía atribuírsele setenta y cinco años ó ciento cinco, ó ciento setenta y cinco. De su sien derecha arrancaba una ancha y hundida cicatriz, que descendía á través de la mejilla hasta el maxilar superior, y que después seguía por la boca y desaparecía en un pliegue del cuello. Los dedos de la mano eran esqueléticos, y los de la derecha estaban adornados por cinco sortijas espléndidas y aristocráticas, cuyo valor debía ser importante. La izquierda estaba desprovista de anillos por una razón fundamental: que no tenía más que el pulgar. También le faltaba la mitad de la mano. Parecía que el mismo corte del rostro la había segado. Los ojos descoloridos del viejo marino detuvieron su atención sobre el mayordomo con tal fijeza, que éste, de pie ante este tribunal sombrío, dió unos pasos hacia atrás. Pronto advirtió Dag que la extraña mirada vagaba por el espacio. Un hombre pequeño, con apariencia de jefe de sección de un gran almacén, cuyo aspecto denunciaba que no había navegado mucho, rompió el silencio preguntando á Dag:

—Bien. ¿Cuánto desea usted ganar?

Un tercero, grande, seco, de edad mediana y de abultadas manos, en el que Dag reconoció pronto á un cultivador de trigo de California, del que el ex mayordomo le hablara, interrumpió:

—Creo que no tendrá usted parte en el reparto...

—¡Cómo! ¡Habrà para todos!—gritó el viejo marino con voz tan aguda, que hizo brincar al visitante—. Sí, señores; hay un montón formidable de cosas en cajas y toneles, toda una fortuna.

Dag, que no ignoraba de qué se trataba, fingió asombro.

—¿Repartir qué?—preguntó—. Eso no es lo que me interesa... Lo que deseo es un salario fijo. Estoy desengañado de los repartos. En cierta ocasión adquirí el compromiso de embarcarme para la pesca de la ballena sin fijar precio, y cuando concluyó la campaña recibí por toda remuneración un dólar. Y yo lo que necesito son sesenta, en piezas de oro.

En aquel momento habló un judío armenio, colosal, una formidable masa de grasa:

—¿Tiene usted en orden toda la documentación?—le dijo, clavándole la mirada.

—Sí, señor—respondió Dag con aplomo—. También yo podría pedirle sus papeles, pues no ignoro que todos ustedes son falsos armadores, que este barco es sospechoso y que la policía puede perseguirles en el Continente. También sé que es usted capaz de dejarme abandonado sobre cualquier punto desierto de la costa. Sin embargo—añadió, pues presentía que el judío iba á encolerizarse—, le complaceré.

Hundió rápidamente la mano en el bolsillo y arrojó sobre la mesa, con un gesto magnífico, varios certificados sellados y rubricados, coleccionados en cuarenta años de navegación.

—¡Vea usted!—exclamó—. Yo no le pido los suyos... Pero en cuanto al pago, contante y sonante, á primeros de mes. Ya sabe: sesenta dólares oro.

El viejo marino murmuró de nuevo:

—Hay oro y multitud de otras cosas: un montón de cajas y toneles. Habrá para todo el mundo. ¡Un tesoro, un verdadero tesoro! Yo solo conozco el lugar, el punto preciso... ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—Perdón—intervino Dag Daughtry—. Aun tengo que poner algunas condiciones. Verán ustedes: seis litros diarios de cerveza. Se trata de un hábito muy arraigado, y ya soy viejo para modificar mis costumbres.

—¿De alcohol?—le preguntaron.

—No. De cerveza, de buena cerveza inglesa. Esto ha de dárseme por anticipado. Lo mismo

cuando esté el barco en puerto que en alta mar. Por consiguiente, tendrán ustedes que arreglar este asunto.

—¿Y eso es todo?—preguntó el capitán.

—No. Tengo un perro que debe seguirme.

—Y con el perro quizá alguien, una familia.

—Nada de familia, señor. Un negro, que también debe seguirme. Si trabaja en el barco, deberá ganar diez dólares por mes. Si, al contrario, no tiene que ocuparse más que de mí, se le señalará nada más que un dólar.

El viejo marino volvió á expresar su pensamiento obsesionante:

—Dieciocho días en la chalupa después del naufragio. Dieciocho días sobre las olas en medio del infierno de una terrible tempestad.

—¡Brr! ¡Brr!—rugió para sus adentros Dag Daughtry—. Si esto le ocurre con frecuencia á este tipo, tendré necesidad de beber una fabulosa cantidad de cerveza para poderle soportar...

—¡Dios mío, cuántas manías tienen los mayordomos!—opinó el hacendado californiano.

—¿Y si nos negamos á aceptar las condiciones que impone este mayordomo singular?—preguntó el gigantesco judío armenio, mientras se secaba el sudor, que invadía su cuello y le daba un aspecto brillante.

Dag exclamó con acento despreocupado:

—Entonces habrán perdido ustedes la ocasión de tener un hombre útil á su lado.

—Los mayordomos abundan en Sydney tanto como los hongos en el campo después de la lluvia—murmuró el capitán.

—Adiós, señor mayordomo, adiós—pronunció el judío con untuoso acento—. ¡Adiós! Y lo lamento mucho. No es posible dar solución favorable á su asunto.

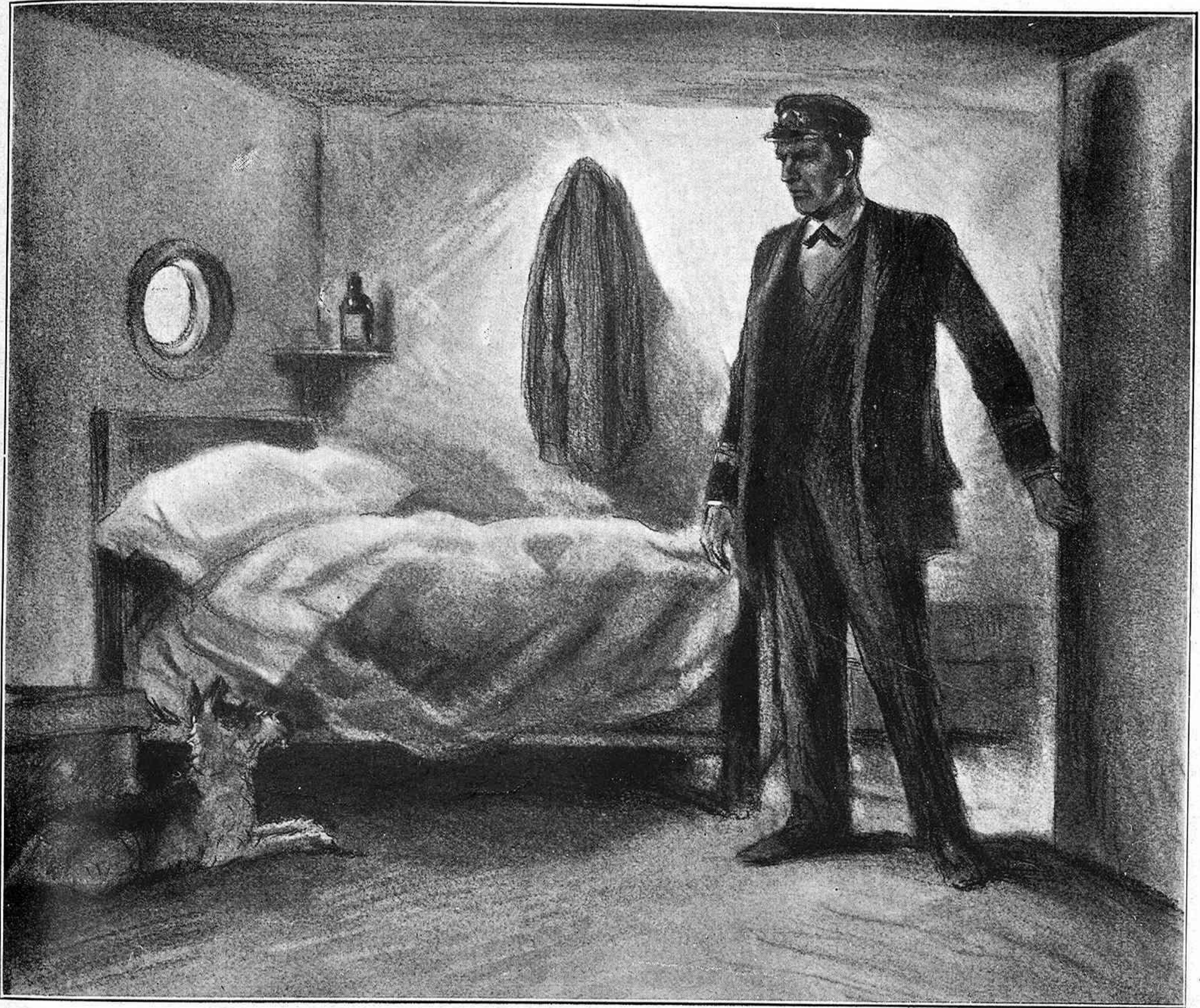
—Sí, yo mismo he visto embarrancar la chalupa con todo el precioso cargamento—declamó el viejo marino.

Dag hizo ademán de retirarse, y el hacendado intervino:

—¡Y bien! No me disgusta este mayordomo. ¿Quién es el que paga los gastos de la expedición? Creo que yo... Por consiguiente, lo prudente es pedir mi parecer. Y mi opinión es que este hombre no es tonto.

—¡Justamente, Grimshaw!—respondió el judío con su tono meloso—. En vista de lo extraño de nuestra expedición, un mayordomo de otro carácter supongo que nos sería más conveniente. Y suplico que se tenga en cuenta que también tengo motivos para que se me consulten las decisiones en este viaje.

—¿Y yo?—gruñó el capitán—. ¿Qué haría usted si yo fuese allá con un conocimiento pro-



Y fué. En aquel momento «Michaël» dormía, y se despertó bruscamente. Duncan se alejó satisfecho..

fundo de las cosas del mar? Y no hablo de la hipoteca que, como contribución á los gastos, he realizado sobre mi casa de San Francisco; una casa alquilada, uno de los mejores inmuebles reconstruidos desde el temblor de tierra.

De pronto el hacendado se incorporó. Inclínose en la silla hacia adelante con las palmas de la mano sobre las rodillas.

—Esto no impide que en el momento actual se espere para continuar la expedición el dinero del producto de mi trigo. Lo demás ha sido gastado ya. Usted, capitán, es incapaz de sacar más de sus hipotecas. Usted, Simón Nishikanta, no pretenderá sacar un penique más con sus aficiones de préstamos entre los marinos borrachos que se dirigen á ellas. Y si no me conviene esto, yo embarco en el próximo barco y me vuelvo á San Francisco.

Se levantó bruscamente. Dag Daughtry vió estirarse á aquel hombre corpulento hasta casi tocar el techo con la cabeza.

—¡Me están ustedes sacando de quicio!—añadió el hacendado—. Mi dinero está en camino. El telégrafo me ha anunciado que llegará mañana. Ahora ¡a trabajar! Y que este mayordomo se traiga consigo dos familias, si le place.

Nishikanta, apaciguado de pronto, aprobó:

—Tiene usted razón, Grimshaw... Este cruce-

ro nos pone á todos nerviosos. Es preciso que se me perdone. Conforme con el mayordomo.

Después, volviéndose hacia Dag:

—Supongo que no hablará de nosotros en tierra.

—Comprendido, señor. Sabré callarme, pues no quiero levantar la caza.

—¿Se refiere, sin duda, á nuestra expedición?

—preguntó el judío con viveza.

Dag hizo un signo afirmativo.

—Entonces, ¿conoce nuestro proyecto? ¿Por eso desea usted embarcar con nosotros?

Dag movió la cabeza. Descubrió que la ansiedad brillaba en los ojos descoloridos del viejo marino.

—Señores—exclamó—, mientras me den cotidianamente la cerveza, no tendré por qué interesarme en vuestra captura del tesoro. Conozco bien todas esas historias. Los cazadores de tesoros llueven en los mares del Sur. Las riquezas abundan como los piojos en la cabeza de un tiñoso.

El viejo marino, sobresaltado al principio, se había serenado, y su mirada vagaba ahora en el espacio.

—¿De modo que estamos de acuerdo?—concluyó Dag—. En tanto que se me faciliten los seis litros, pueden hacer cuanto les venga en

gana. Pero si la cerveza me falta, no perderé nada de vista. Mi lema es el siguiente: juego limpio.

—¿De modo—preguntó el judío—que esa cerveza será como añadidura de los sesenta dólares?

—Justamente... Y puesto que estamos de acuerdo, ¿á qué hora debo estar en la Comisaría de Marina para firmar?

—¡Hay muchos toneles y muchas cajas; cajas y toneles!—clamaba el viejo marino como un iluminado.

Dag pensó:

—Este pobre hombre tiene la cabeza llena de pájaros. Pero me es igual. Con tal de que se me proporcionen los seis litros...

Nishikanta le dijo, al mismo tiempo que consultaba con la mirada al hacendado Grimshaw y al capitán Dvane, los cuales hicieron un mohín de asentimiento:

—Vaya usted mañana á las tres de la tarde. ¿Y cuándo va usted á hacerse cargo del servicio?

—¿Cuándo es la marcha?

—Pasado mañana temprano.

—Muy bien. Estaré aquí mañana.

Cuando el mayordomo bajó por la escala para subir á la lancha, oyó la voz del viejo marino:

—¡Diez días infernales en la chalupa! ¡Horrible, horrible!

IX

STOUGH GREENLEAF PERMANECE IMPENETRABLE

Michaël fué sacado del *Makambo* al amparo de la obscuridad. Las manos de Kwaque le recogieron para llevarle á la lancha.

Minutos antes de esta operación, el capitán Duncan, al encontrarse con el mayordomo, le había dicho:

—Pocas broncas con lo del perro. Ese animal se devolverá en Tulagi.

—No tema usted nada, capitán—había respondido Dag—. Está encerrado en mi cuarto bajo llave. ¿Quiere convencerse?

Este ofrecimiento tranquilizó al jefe del barco. Sin embargo, dijo:

—Luego iré á hacerle una visita.

Y fué. En aquel momento *Michaël* dormía, y se despertó bruscamente. Duncan se alejó satisfecho. Si hubiese vuelto en seguida y hubiera espionado, hubiese visto á Dag recoger todos los objetos de su propiedad; entre ellos, las conchas de tortuga y las fotografías y los calendarios, que se hallaban colgados en la pared, y luego salir con sigilo seguido de *Michaël*. Únicamente quedaron en la cabina dos maletas vacías.

Pronto la lancha en la que metieron al perro, al dueño y á Kwaque bogaba por el mar tranquilo, bajo el cielo estrellado. El mayordomo acariciaba á *Michaël*, y el criado hundía la mano en el bolsillo para comprobar que no había olvidado su instrumento musical. Dag pensaba en los cien dólares que dejaba de cobrar por su trabajo en el barco.

Al día siguiente, muy de mañana, el *Mary Turner* salía del puerto de Sydney. El mayordomo oyó al viejo marino murmurar, mientras que el judío y el hacendado californiano le escuchaban con avidez:

—Fué el año 52, 1852, cuando un buen día como éste abandonamos Sydney en el *Wide Awake*, una bonita embarcación... Todos estaban alegres á bordo y cantaban. El equipaje estaba formado por gente joven. Ninguno había cumplido los cuarenta años... El capitán contaba veintiocho; el segundo, dieciocho, y su rostro era lampiño. También éste murió en la chalupa... El capitán exhaló su último suspiro bajo las palmeras de la isla desconocida, y las jóvenes negras vertieron lágrimas sobre él.

Dag no se detuvo para escuchar más, y dió comienzo á sus trabajos.

El *Mary Turner*, esbelto y fino, había sido construido para la caza de focas. Su interior estaba bien equipado, y era más amplio de lo necesario para los tripulantes que lo ocupaban. En el castillo había doce camarotes, sólo usado por ocho marineros, todos escandinavos. En los cinco cuartos de la gran cabina se alojaba el cuarteto de buscadores de tesoros y el segundo de á bordo. Este era un finlandés de corazón bondadoso, y al que se le llamaba Mr. Jackson, pues nadie en el barco era capaz de pronunciar su verdadero nombre. En la timonera, á la que se descendía desde el puente superior por una escala, se había instalado la cocina, y se encontraban seis camarotes más espaciosos que los del castillo y adornados con cortinones.

—¡Eh! Kwaque...—exclamó el mayordomo—. Nuestro rinconcillo es magnífico. ¿No le parece?

El criado de las piernas esqueléticas y del amplio torso de luchador japonés, que no habiendo cumplido aún veinte años, representaba ciento, paseó la mirada por su alrededor é hizo un gesto de afirmación, brillándole los ojos. Jamás había conocido ni imaginado un cuarto tan admirable.

El cocinero, un chino diminuto, llamado Ah Moy, recibió al mayordomo con una aparente humildad, y le dijo, señalándole el mejor cuarto, que era el suyo:

—¿Le gusta éste?

Dag hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Entonces quédese usted con él.

El mayordomo no ignoraba que no debe contrariarse la voluntad de un cocinero, porque el carbón de los hornos imprime á su carácter cierta irascibilidad, y por una simple contradicción encuéntrase siempre dispuesto á clavar uno de sus grandes cuchillos en el vientre de su interlocutor.

Por consiguiente, hubo de aceptar la habitación, é instaló en ella á Kwaque y á *Michaël*, el cual recomendó especialmente al chino. Ah Moy no quedó muy satisfecho ante la idea de tener que convivir con un negro, roído por la lepra, ni con un perro, del que había de esperar que trasladase los objetos de un lado á otro. Y colgó una hamaca del techo, y dentro de ella se balanceaba por encima de los huéspedes indeseables.

Durante los días que siguieron á la salida de Sydney, Dag Daughtry intentó averiguar el rumbo que tomaba el *Mary-Turner*; pero el capitán Doane hacía á diario sus observaciones sin decir una palabra ni siquiera al segundo, y guardaba bajo llave las cartas marítimas.

A menudo ocurrían discusiones acaloradas en la gran cabina, pero á puertas cerradas. El mayordomo podía oír desde fuera los fuertes puñetazos que se daban sobre la mesa, y las voces del capitán Doane, Nishikanta y Grimshau; los oía gritar como poseídos por el diablo frente al viejo marino, Carlos Stough Greenleaf—por su verdadero nombre—, que no respondía á nada, y dejábale cachazudamente pasar el temporal de voces.

Un día, Dag dijo á Stough Greenleaf unas palabras indiferentes.

Este respondió:

—En el *Wide Awake* no había sino hombres jóvenes. Los mayordomos también eran jóvenes.

—Sí, sí, comprendo—murmuró Dag—. Con toda esa juventud, el *Wide Awake* debía de ser un barco muy simpático. En este, por el contrario, no hay más que gente vieja ó madura. Sin embargo, dudo de que formasen una sociedad tan en armonía como la que veo aquí.

El viejo marino adoptó un aire confidencial. Se inclinó hacia Dag—el cual aproximó la oreja—, y dijo:

—Tengo que decirle á usted una cosa... Ningún mayordomo era capaz en el *Wide Awake* de preparar un *cock-tail* como á mí me gusta, que es como usted los combina. En aquel tiempo se desconocían los *cock-tails*, pero teníamos el *sherry* y el *bitter*. Había también un aperitivo muy sabroso...

Se interrumpió, y después, en voz más baja aún, añadió:

—Aun tengo algo interesante que decirle. Son ya cerca de las cinco de la tarde, y quisiera que antes de la hora de la cena me confeccionase uno de sus deliciosos *cock-tails*...

Dag Daughtry tuvo que declararse vencido.

Otro día, mientras que se hallaba entretenido en pulir el cobre de la escalera por la que se ascendía desde la gran cabina á la toldilla, Dag Daughtry sorprendió una conversación que tenían el hacendado californiano y el judío armenio con Stough Greenleaf, al que habían hecho beber con exceso para excitar su locuacidad.

El viejo marino explicaba la causa de la cicatriz que le atravesaba el rostro.

—Al oncenno día, en las chalupas estalló la batalla... Se sufría hambre y sed, y la gente estaba como loca. Cada mañana se tenía la costumbre de recoger el rocío que dejaba la noche sobre los distintos lugares de cubierta. Cada cual tenía una superficie definida y debía respetar la de los demás... Los oficiales observaban este respeto; pero no ocurría lo mismo entre los marineros, los cuales constantemente se disputaban la propiedad ajena del rocío. La mañana precedente, un marinero había dado de puñetazos á otros, en defensa de sus derechos.

Aquella mañana—prosiguió—aun no había apuntado el sol, aun había grandes sombras, cuando cerca de mí oí el ruido de un hombre que se arrastraba con sigilo. Era un bebedor de rocío que se aproximaba hacia mi dominio. Gemía y pasaba la lengua sobre la madera húmeda. Yo le observaba al mismo tiempo que apretaba entre mis manos un estribo de madera, con el cual había recogido la escarcha. Aquel hombre pasó la línea que marcaba mi dominio sobre el rocío, y yo entonces, rápidamente, furiosamente, le di un fuerte golpe con el objeto que tenía entre mis manos. Le alcancé en la nariz y comenzó á arrojar sangre... Le miré frente á frente, y vi que era el jefe de la tripulación. Se puso á dar gritos de dolor y dió principio la batalla. El pu-

ñal de aquel hombre rasgó el aire junto á mí. Di un salto y me puse á salvo. Pero el arma fué esgrimida entonces con mayor destreza, y su filo me alcanzó: rajó mi rostro y cortó mis dedos... Uno de los oficiales, el que tenía dieciocho años, tomó bravamente mi defensa y me salvó la vida. Ambos cogimos al jefe y le lanzamos al agua.

Un ruido de pasos se oyó en la gran cabina. Dag Daughtry volvió á su tarea de pulir el metal.

—A ese hombre le ha ocurrido lo que dice—pensó—, pues hay cosas que no se inventan.

Poco después púsose nuevamente á escuchar, y oyó á Stough Greenleaf que continuaba:

—Después de todo esto me encontré muy mal. Había tenido una gran pérdida de sangre, y en la lucha había realizado un esfuerzo titánico. Pero no tardé en ver cicatrizadas mis heridas. Uno de los oficiales me había cosido la piel con la ayuda de una aguja que confeccionó con un mondadientes de marfil y con el hilo de un sombrero encerado.

Simón Nishikanta se informó:

—¿Me permite usted, Greenleaf, que le pregunte si los dedos que le cortaron llevaban entonces sortijas parecidas á la de su mano derecha?

—Sí...—respondió el viejo marino—. ¡Y eran soberbias!... Una, especialmente, tenía un diamante de gran tamaño, por el que había pagado ciento ochenta guineas á un marino inglés. Este la había robado. Su valor era incalculable. Después de la lucha la encontré con mi dedo en el fondo del buque, y la regalé al oficial que me había salvado.

La noche de aquel mismo día, Dag Daughtry sorprendió entre Simón Nishikanta y el hacendado Grimshau, en un rincón, en la sombra, el siguiente fragmento de conversación:

—¡Son estupendas las sortijas del viejo!—exclamaba el judío—. Son verdaderas sortijas de gran señor. No hay nadie que ahora las lleve así. ¡Ya quisiera ver yo muchas de ese calibre en mi oficina!

Un poco más tarde, cuando el mayordomo iba á acostarse, mientras bebía el líquido de su sexta botella y Kwaque le quitaba los zapatos, dijo á *Michaël*:

—¡Es interesante el viejo marino! Un hombre que tiene esas cicatrices y que lleva esas sortijas no es un hombre vulgar. Quizá haya hecho yo mal en aceptar sueldo fijo y renunciar á las eventuales ganancias de la empresa.

X

COCKY

Dag Daughtry ponía gran cuidado en ejercer escrupulosamente sus funciones, mientras el navío, al que había bautizado con el nombre de *El barco de los locos*, seguía su ruta.

El mayordomo sentía por Stough Greenleaf especial estimación. Le admiraba y le quería, pues mientras los asociados del viejo marino eran fervorosos admiradores del dólar, el anciano era un idealista y un soñador.

—Tú también, mayordomo—le decía con frecuencia—, disfrutarás de tu parte. Yo soy viejo, y no tengo ni parientes ni amigos, y me encontraré siempre con lo suficiente para vivir.

Kwaque seguía admirando al hombre de los seis litros, y donde éste se hallaba le parecía que estaba el Paraíso.

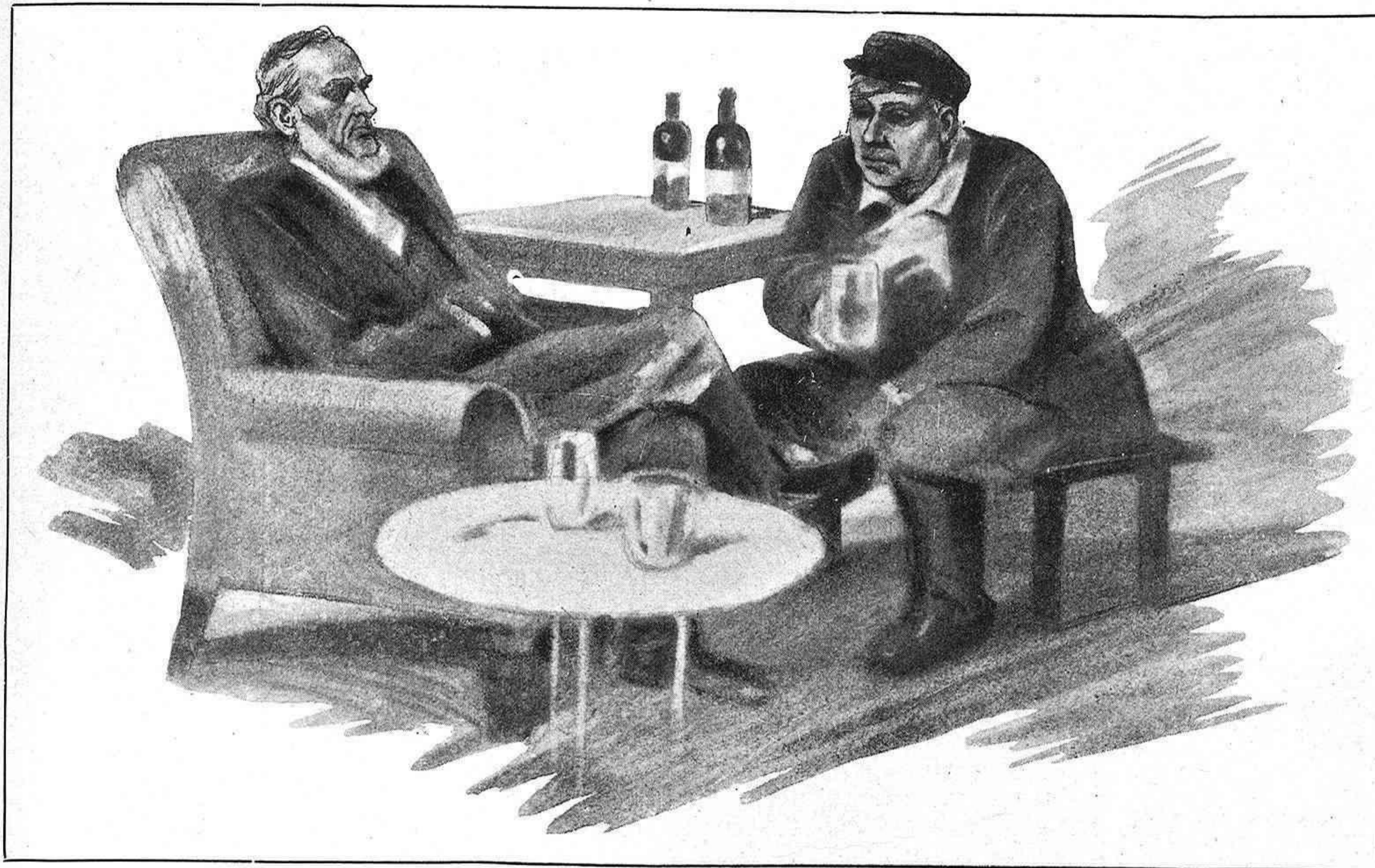
Michaël se perfeccionaba en el arte del canto. Unas veces á solas y otras acompañado de su dueño, aullaba tonadillas populares, como *Home, Sweet Home, God save the King, The Sweet Bye and Bye* y *Roll me down to Rio*.

A menudo, cuando se encontraba con el perro, Kwaque entonaba, en compañía de éste, los aires bárbaros de su tierra natal.

Michaël había hecho amistad á bordo con un nuevo personaje: *Cocky*.

La primera vez que el *terrier* se lanzó sobre él con objeto—¡nada más!—de destrozarle á dentelladas, el pájaro, sin espantarse ni huir, pronunció sencillamente:

—¡*Cocky!*



Un cuarto de hora después, Stough Greenleaf y Dag Daughtry conversaban en la cabina grande...

Y *Michaël*, al oír la voz humana que salía de aquel pico, se detuvo repentinamente, alargando las orejas y dilatando las narices. Miró alrededor para convencerse de que nadie había. En seguida el pajarraco repitió:

—¡*Cocky*!

Michaël, desde los primeros tiempos de su juventud, estaba acostumbrado á respetar á los polluelos. Y ese ave de aspecto salvaje, ¿no era un polluelo?

—¡Levanta la pata!—exclamó *Cocky*.

La orden era apremiante; la voz, clara y humana. *Michaël* quedó como petrificado, buscando con la vista extraviada en todos los rincones la garganta misteriosa.

El pájaro, al verle estupefacto, comenzó á reír á carcajadas, y en estos sonidos convulsivos el perro recordó la risa estrepitosa oída tantas veces á los hombres.

—¡Levanta la pata!—repitió la cacatúa—, ó te doy un puntapié!

Era tan imperativo el tono de aquel amasijo de huesos revestido de plumas, que se hizo respetar en seguida por *Michaël*. El perro se convirtió pronto en un gran amigo del pájaro, al que pudo haber destrozado de un zarpazo ó de una dentellada, y por cuyo bienestar veló, en cambio, en lo sucesivo.

Cuando *Michaël* recibía la comida, no toleraba que nadie le tocara, con ese egoísmo de todo perro ante el alimento. Únicamente el mayordomo podía quitársela. Pero si *Kwaque* hubiera tenido intención de alargar la mano para apoderarse de algún trozo, le hubiera destrozado un dedo, por lo menos. Empero, *Cocky*, esa lucecilla salida de las tinieblas, ese átomo, se inclinaba sobre la cazuela de *Michaël*, agitando las plumas color salmón de la cabeza, dilatando las negras pupilas, semejantes á dos cuentas, y emitiendo un sonido ronco é imperativo, parecido al que pronuncian los dioses-hombres. El perro consentía sin protesta que aquel pajarraco le apesase con el pico los mejores trozos.

Cocky, en prueba de gratitud, le hacía carantoñas, frotando su cabeza contra la de su amigo.

Entonces *Michaël* le miraba con ojos enternecidamente estúpidos.

El viejo chino había llevado al barco la cacatúa. *Cocky* había nacido en las islas Hébridas, en la de Santo. Un negro la había cazado y la había vendido después por seis bastoncillos de tabaco á un comerciante escocés que se hallaba gravemente enfermo de malaria. *Cocky*, más tarde, fué cambiado sucesivamente por un peine de concha y por cuatro chelines que dió por su posesión. Ah Moy, que á la sazón desempeñaba el oficio de cocinero á bordo del *Mary Turner*, y que cuarenta años antes había matado á su mujer en Macao. Pero un buen día, Ah Moy había encontrado la cacatúa inclinada sobre la mano de *Kwaque* y charlando con él. Y exclamó, dirigiéndose al negro:

—¿La qui res?

—¿A cambio de qué?—respondió *Kwaque*, suponiendo que el chino quería apoderarse de su instrumento musical.

—Sin cambiarla por nada. Si la quieres, ya es tuya.

—¿Mía?

—Sí.

De este modo la pobre bestezuela emplumada llegó á ser propiedad del negro leproso, servidor del mayordomo, ceremonioso con todo el mundo, siempre dispuesto á pronunciar estas frases: «Sí, señor; gracias, señor.»

En fin, *Michaël* encontró un camarada suplementario en *Scraps*, un terranova que pertenecía al *Mary Turner*, sin pertenecer á nadie. No se sabía quién le había llevado á bordo. De aquí su nombre de *Scraps* (1).

XI

STOUGH GREENLEAF SE DECIDE Á HABLAR CLARO

El *Mary Turner* continuaba su ruta imprecisa. El capitán Doane no se cansaba de tomar la latitud y la longitud, de hacer y deshacer sus ecuaciones y sus cálculos.

(1) Sobras.

Una tarde, hallándose Dag Daughtry en la cala principal, creyó percibir un ruido extraño, como el que pudiera hacer un taladro perforando un objeto de madera. Avanzó lentamente, y una de sus manos se posó de pronto en la espalda de un hombre.

—Pero ¿cómo? ¿Es usted?—exclamó el mayordomo estupefacto.

Había sorprendido á Greenleaf perforando una barrica de agua dulce.

—Yo soy. Ya he perforado toda la fila de la derecha. En otro momento haré lo mismo con la de la izquierda. Pero confío en usted. Si me vende, estoy perdido.

—Bien, bien. Suba ahora mismo al puente.

—Es que...—balbució el viejo marino—. Yo quisiera explicarle... Necesito hablar con usted.

—Le escucharé con mucho gusto. Pero creo que hablaremos con más libertad en la cabina grande. Sea como sea, sepa usted desde ahora que me tiene de su parte. Su interés es, sin duda, como el mío, que volvamos cuanto antes al puerto. Perfectamente... Suba usted.

—Digo lo mismo, mayordomo.

Un cuarto de hora después, Stough Greenleaf y Dag Daughtry conversaban en la cabina grande, el viejo marino beborroteando un *cock-tail*, y el mayordomo trasegando, como de costumbre, una botella de cerveza.

Y empezó Stough Greenleaf:

—Acaso no lo ha adivinado usted todavía. Pero sepa que es éste el cuarto viaje que hago en busca del tesoro...

—No le entiendo...

—Claro que no hay tal tesoro ni lo ha habido nunca.

Dag, un poco asqueado, se mesó el tupé de cabellos grises y no pudo por menos de exclamar:

—Ya me figuraba que era usted un linco. Pero no tanto como lo es en realidad. Se ha quedado usted conmigo, como con tantos otros. Respecto á lo del tesoro, ya sé á qué atenerme.

(Continuará en el número próximo)

Elegancias



Sombrero de paja
adornado con cinta
negra ribeteado en
dos tonos brillan-
tes

(Modelo
Camille Roger)



Sombrero de paja en tono amarillento
con adorno de cinta azul

(Modelo Sorel.—Fot. Manuel Frères)

LA belleza y el esplendor de Oriente, de un Oriente alerta y joven, pleno de modernas concepciones, estilizadas en las vestimentas y adornos de la mujer, influye en algunas de las in-

terpretaciones de los actuales modelos de noche. Algunos de éstos se inspiran en los temas populares de aquellos misteriosos países, y son dignos, por su suntuosidad y belleza, de figurar en la fantasía de los cuentos de *Las mil y una noches*.

La influencia oriental se deja sentir no sólo en los tejidos y bordados exóticos, sino en las formas: drapeados en la parte delantera de la falda y rematados por una ancha banda muy ceñida á las caderas, ofrecen una nota muy atrayente, no sólo algunos modelos de *soirée*, sino también otros de tarde de mucho vestir.

En vivo contraste con esta tendencia suntuosa, triunfa, asimismo, el modelo sobrio de forma recta y sin más adornos que la lozanía del colorido de la tela y el corte complicado para conseguir lindos efectos de incrustación.

Los plisados, jaretas menuditas hasta parecernos absurdas de realizar,

terpretaciones de los actuales modelos de noche. Algunos de éstos se inspiran en los temas populares de aquellos misteriosos países, y son dignos, por su suntuosidad y belleza, de figurar en la fantasía de los cuentos de *Las mil y una noches*.

La amplitud voluminosa, á veces vaporosa ó semi-rígida, pero dándole siempre á la mujer el aspecto de esbeltez que se desprenden de todas las tendencias de la moda actual, está particularmente bien tratada cuando los modelos se confeccionan en *taffetas*, la tela que tanto se presta para conseguir lindos efectos de amplitud y al mismo tiempo de gracilidad en el conjunto.

También hallamos esta misma fórmula de amplitud en algunos trajes de tejidos flojos y transparentes, por ejemplo de *crepe georgette*; pero el *taffetas* es el soberano entre todos.

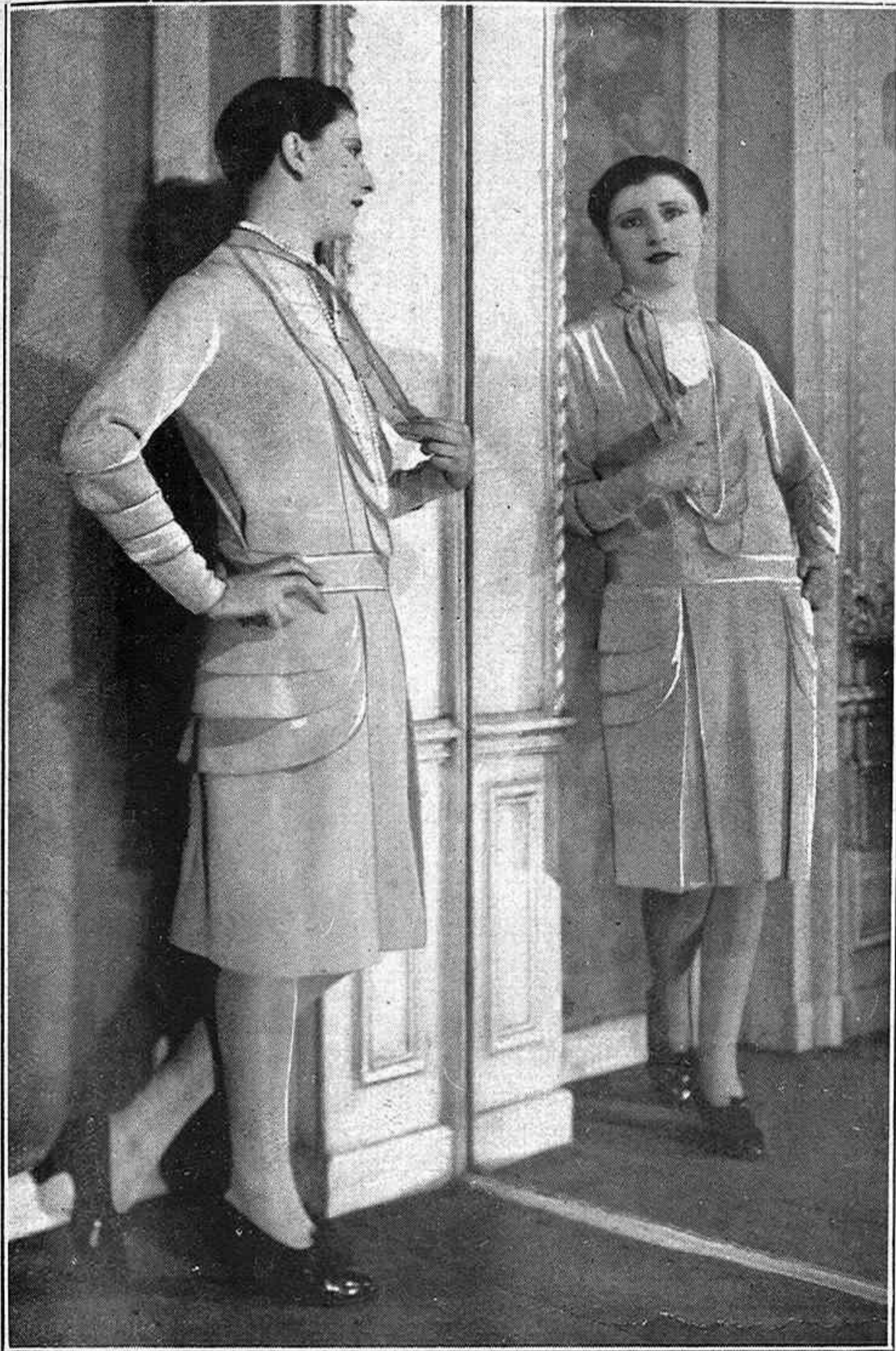
Estos trajes suelen ser parcos en adornos; si acaso se lleva una flor luminosa en la cintura ó una hilera de gruesas perlas ó una *barrette* de pedrería multicolor tallada de forma extraña, casi futurista.

El *tissu* de oro y plata, así como el de bronce, acero y satén *civré* se adopta con furor; sobre todo, las damas de cierta edad encuentran en ellos

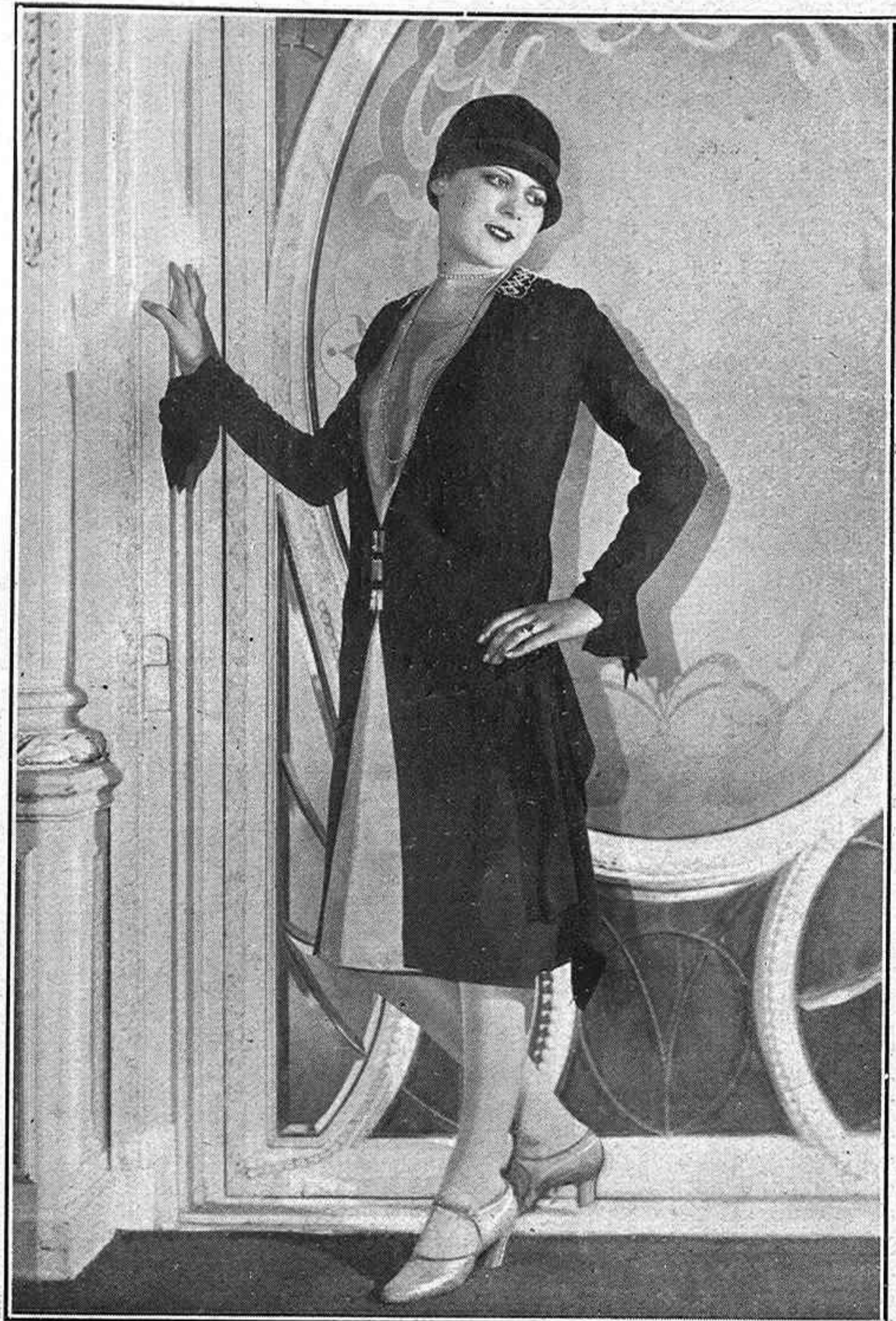
Sombrero de fieltro color «beige»
con el ala negra
y cinta de piel de
oso

(Modelo
Camille Roger)





Vestido en popelín palo de rosa con volantes en la falda y en el pecho
(Modelos Magdeleine des Hayes)



Vestido en «crêpe marocain» negro sobre fondo rosa y bordado de perlas

sus tejidos favoritos; realmente, que á un traje de sencilla forma le va muy bien cualquiera de los *tissus* arriba mencionados, pues por sí solos se bastan para formar un conjunto de elegancia y sobriedad.

Los bordados en perlas *strass* y cristal, decoran infinidad de modelos confeccionados en tul ó encaje; anchas bandas de cristal, lentejuelas y *strass* guarnecen la falda, colocadas al través y en sentido vertical en el cuerpo de talle muy largo.

La *toile* de seda, la muselina *mousslikasha*, alpaca, *shantung*, crespón de China, *georgette* y *crêpe satin*, son las telas que se emplean con verdadero acierto en la confección de modelos para jovencitas.

En cuanto á los tonos que más se llevan, son el rojo, el negro y blanco, estos dos unidos ó separados; el gris y blanco, marino y blanco, rojo tomate, *beige*, amarillo, frambuesa, azul cielo, gris azul, azul zafiro, albaricoque, verde grisáceo, oro azul lavanda, rosa malva, malva pálido, heliotropo, naranja, tierra siena, *lie-de-vén*, melocotón, azul turquesa y algunos *degradés*, empezando por el tono más obscuro de la escala en la parte inferior de la falda, y termi-



Sombrero de paja con cinta y lazos de terciopelo

nando en la parte superior del cuerpo en un matiz esfumado y pálido.

Los abrigos de noche son de una largura indefinida. Mientras algunos modistos los hacen que apenas si cubren las tres cuartas partes del traje, otros los confeccionan diez ó doce centímetros más largos que la *toilette*.

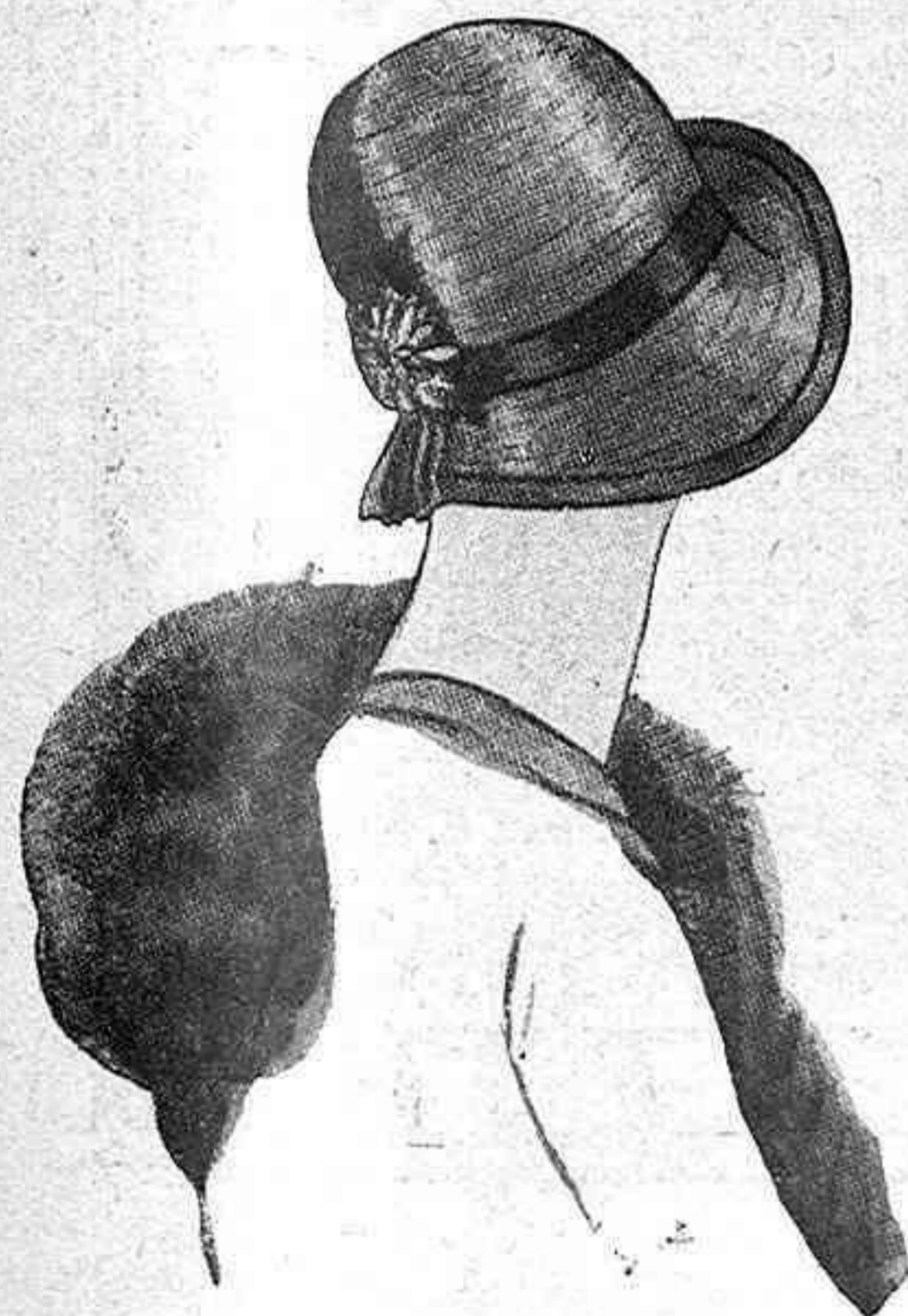
Un célebre costurero continúa manteniendo con mucho *succés* las dalmáticas sin mangas, guarnecidas las sisas con pieles flexibles de pelo largo; otro modisto concede su atención preferente á los abrigos de *satin* negro, ablusados en la parte de detrás á la altura del talle casi normal, bordados en seda ó trabajados en franjas puestas al través del mismo tejido.

Los abrigos y capas de terciopelo de seda forman legión.

Los *lamés* de oro y plata estampados con dibujos geométricos en tonos vibrantes son verdaderamente *chic* para esta clase de prendas.

Los cuellos y puños, así como la parte inferior de las capas, van guarnecidas con lindas y costosas pieles.

Los interiores de estos suntuosos modelos son en *crêpe georgette*, trabajados con finos plisados, jaretas muy menudas ó *nidos* de abeja.



Sombrero de paja con cinta de terciopelo y escarpela de bisutería

(Modelo Agnés)



Sombrero de seda en color marrón con una aplicación de bordado

(Modelo Agnés)

ANGELITA NARDI

DE LA CASA MODERNA

La decoración de interiores

Es, seguramente, una de las conquistas, ó, mejor expresado, de las preocupaciones modernas, la decoración de los interiores con gusto y refinamientos. En otras épocas, estas preocupaciones sólo eran patrimonio de una minoría muy reducida. Pocos años hace que la concepción de los diversos elementos para la decoración, como factores que hay que armonizar hasta producir un conjunto bello y agradable á la vez, era inédita en los corazones de nuestras clases acomodadas, que, sin inconveniente, colocaban muebles de un estilo sobre un papel de otro completamente antagónico, y unas cortinas de un color poco apropiado con el de la tapicería ó el techo.

De todos modos, ni que decir tiene que el buen gusto no es hoy la norma imperante en la decoración de interiores. Desgraciadamente, la inconsciencia por una parte, y la «cursilería» (digámoslo así) por otra, rigen y regirán en las preferencias de muchas mujeres de su casa.

Sin embargo, hay que hacer notar que en estos últimos años la gente empieza á darse cuenta de lo que son la decoración y composición de interiores, que pueden obedecer á unas leyes susceptibles en buena parte de aprendizaje.

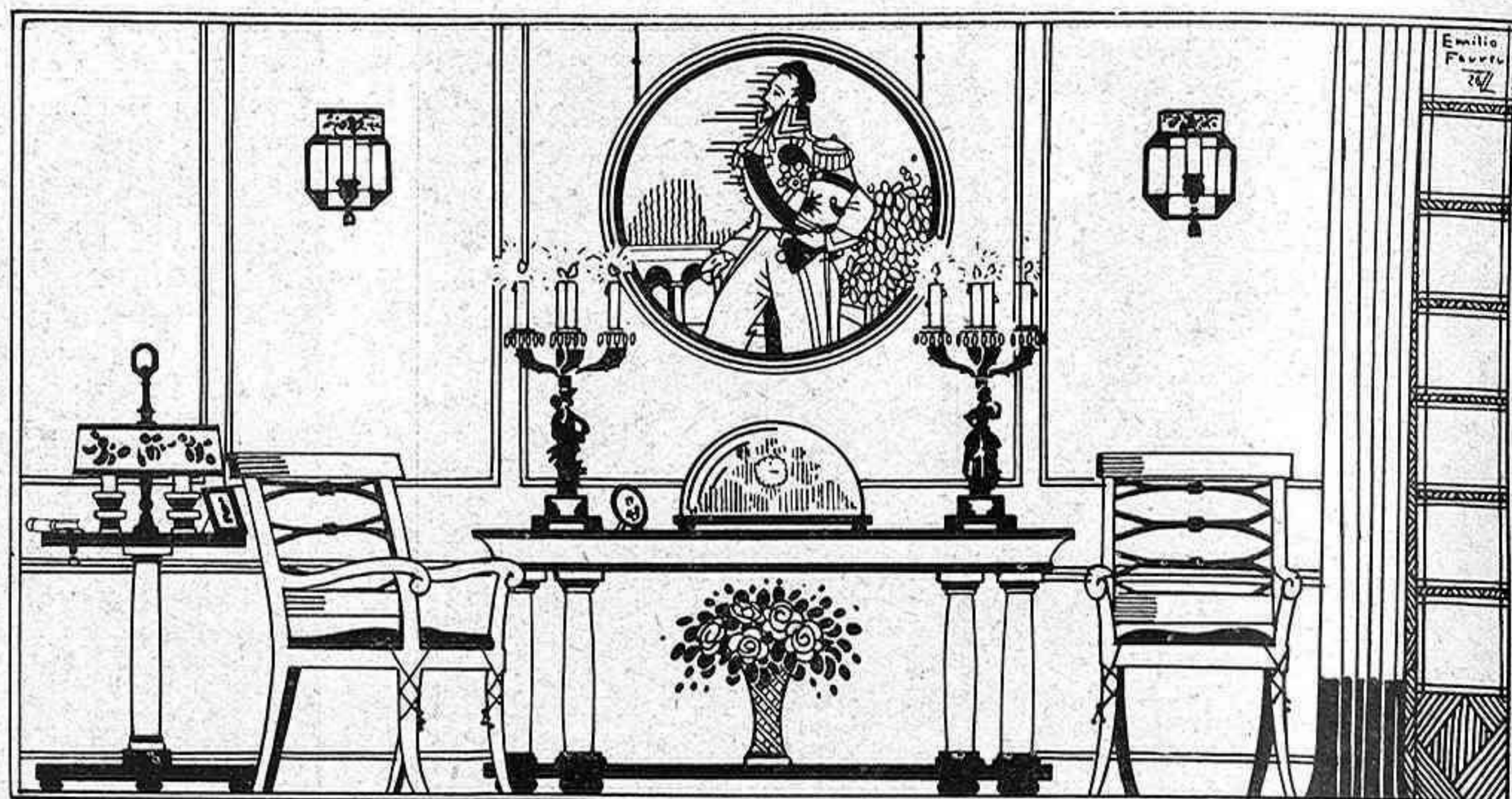
He aquí tres concepciones ó soluciones decorativas:

EL «BOUDOIR»

El *lit de repos*, vulgarmente conocido por «cama turca», es bajo y espacioso, de muelles adaptables, tapizado de terciopelo estampado, y, como es de ley, cubierto de cojines en desorden bien estudiado. A su lado, mueble de laca con puertas caladas, que bien puede ser librería ó guardar intimidades; una lámpara de pantalla hecha con superposiciones de «tules», carmín y azul cobalto, dan una luz tornasolada y tenue muy agradable. Cubre la pantalla una malla de oro viejo con fleco de borlas. Una franja de papel floreado, dispuesto en forma de medio punto, da á este rinconcito de silencio una gracia de uniformidad que, corriendo la decoración con la parte corpórea, da al cuartito una línea armoniosa é íntima.

UNA SALITA ROMÁNTICA

¿Quién no ha pensado al decorar su casa en una salita íntima y de sabor de nuestros abuelos?



Saloncito romántico

Una salita con las últimas reminiscencias del Imperio, el romanticismo, el isabelino... Conjunto bello de líneas, fino y sobrio á la vez, y de una distinción quizá inigualada en cualquier otro estilo... En el centro de un espacio de pared, una consola de caoba clara y oscura, combinando ornamentaciones de incrustación y juegos de las aguas de la madera; unos aros de bronce rematan y son base de las columnas que la complementan. A los lados de ésta, dos sillones de línea clásica tapizados con cojines de damasco ó cretona inglesa oscura, ribeteados por cordones, que los sujetan á las patas de los mismos. En las paredes, cuadros y miniaturas, grabados de modas de la época ó litografías de personajes que fueron.

Aplicques de luz sencillísimos, y por color de fondo de la pared, *panneaux* de papel ó tela combinando un gris verdoso, con un verde de oliva claro, ó bien gris morado con un color carmín viejo.

UN RINCÓN DE CHIMENEA

Otro de los sueños, así como de las dificultades en la decoración del hogar, es la chimenea.

Una chimenea inglesa, rematada desde su cimera por un espejo recortado á cuadros y sostenidos éstos por clavos de bronce. Encima de ésta nunca debe faltar el reloj de caja de caoba

erablo ó palo santo, así como unos candelabros de cristal tallado. La boca de esta chimenea puede combinar la piedra caliza con el ladrillo rojo esmaltado. Enfrente, y á un lado, un sofá bajito con dos ó tres cojines de paños recortados, una mesita cenicera, y al otro una mesa de dos patas talladas y un sillón confortable. En las paredes, grabados de asuntos de mar ó de caballos...

•••••

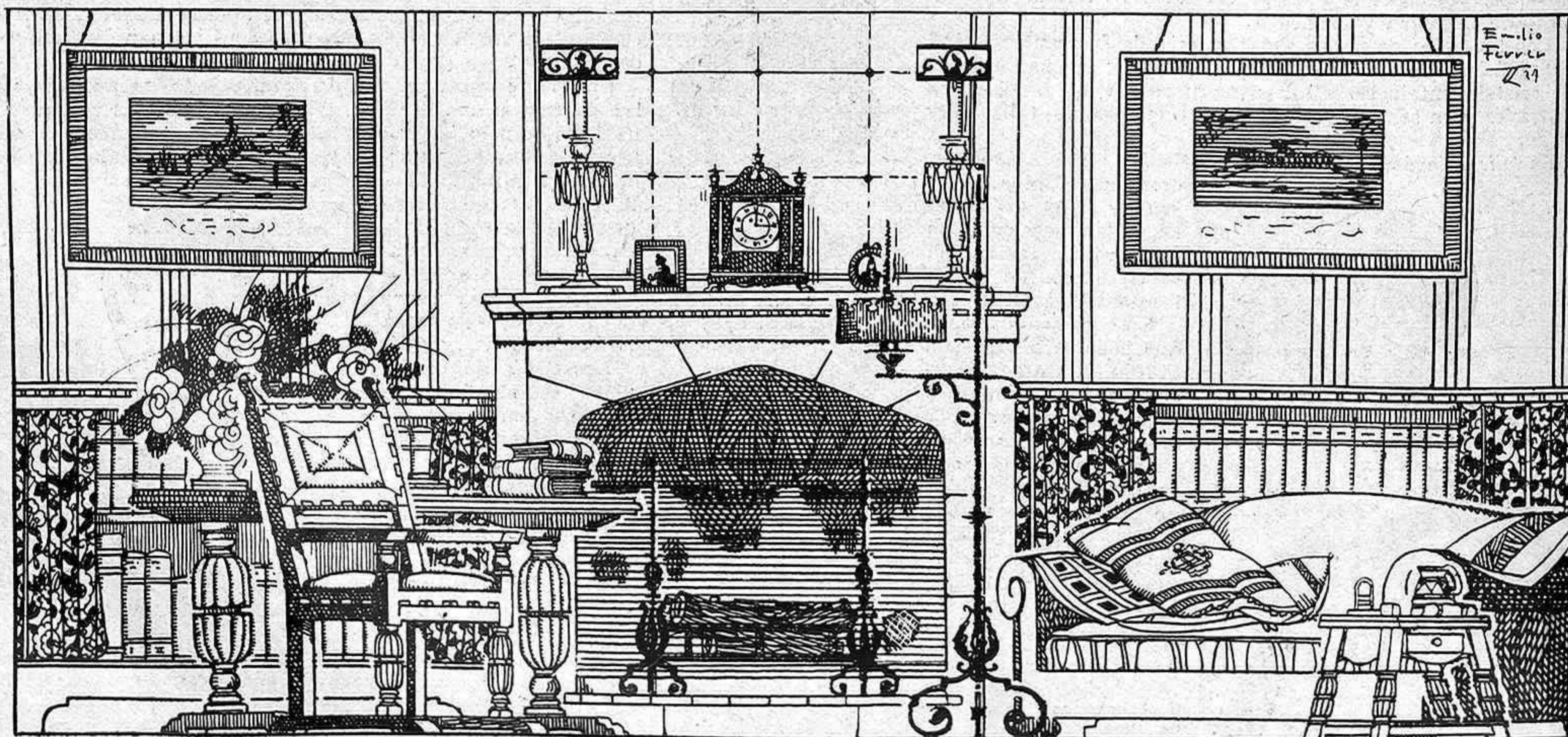
... Estos proyectos, lector, no son para la casa humilde ni para realizados con los llamados muebles económicos. Un hogar decorado como hemos indicado aquí para algunas habitaciones, para lograr la belleza á base de maderas y telas faltas de calidad y resistencia, no lo aconsejaríamos nunca. La casa es la mayor satisfacción y el orgullo que puede representar nuestra vida y nuestras ambiciones.

Nada hay que hiera tanto á los ojos de un visitante y, mejor dicho, de una visitante, como la disposición de muebles y objetos.

Y no será la humildad ó la riqueza aquello que más impresione á nuestro visitante, sino el orden y el buen gusto en la colocación de muebles y objetos.

EMILIO FERRER

(Dibujos del autor)



Chimenea estilo inglés en una confortable habitación moderna

Emilio Ferrer
29



Bebé Daniels, la bellísima ingenua de la Paramount, en una de las escenas de «Perdida en París», película cuyo papel principal interpreta esta deliciosa artista

C I N E M A -
T O G R A F I A

UN ARGUMENTO DE PELÍCULA
"PERDIDA EN PARÍS"

JULIA Mac Fadden, una linda empleada en un almacén neoyorquino, tiene la suerte de encontrar una carta, caída desde un aeroplano,

que da derecho al portador a un viaje gratis a París con todos los gastos pagados por la compañía anunciadora. A bordo del trasatlántico, Julia encuentra a Roberto Velde, quien se dirige a uno de los balnearios de moda de Francia. Entregados con verdadero entusiasmo a los juegos insípidos de cubierta, propios para matar el



Betty Jewel, la adorable actriz cinematográfica, pasó una temporada en el desierto de Arizona filmando la nueva película «El jinete misterioso». Durante ese tiempo, Betty Jewel empleó sus ocios en fabricar con jugo de cactus unos bombones de nuevo estilo, que resultaron excelentes... —¿Quiere usted probarlos?—pregunta Betty, desde la fotografía, á sus incontables admiradores...

ocio en un lugar donde no es cosa fácil hacerlo, Roberto y Julia se encuentran, sin apenas darse cuenta de ello, intensamente enamorados el uno del otro, con gran dolor de Teresa, la presunta novia de Roberto, que ve que éste se le escapa de las manos sin poderlo remediar.

Al llegar á París, Julia se encuentra con que el número de la casa que estaba apuntado en la carta que le entregó la compañía anunciadora, no existe en la calle de Villon. Desilusionada por no encontrar el número y, más que nada, por no entender á nadie, Julia se sienta á la puerta de un cafetín en espera de Roberto, que prometió pasar á buscarla á su hotel. Mientras espera impaciente, Julia echa de menos el portamonedas, y, al cabo de un rato, un granuja le roba la maleta de mano que llevaba como único equipaje.

Seguida de un perro, que sin duda se apiadó de ella, Julia echa á correr por las calles de París en persecución del ladrón, el cual desaparece en el laberinto del tráfico callejero, y nuestra jovencita se encuentra sin dinero y perdida en París.

La casualidad y el perrito, que no la abandonan, guían los pasos de Julia al gran almacén de modas de *Madame Hortensia*, en donde, debido al gran número de turistas ingleses que visitan París, requieren los servicios de una intérprete inglesa. Impresionados favorablemente por la presencia de la joven, los dueños del almacén no ponen ningún reparo en emplearla en su establecimiento, é inmediatamente la comisionan para que marche á la playa de moda de Deau-

ville á entregar unos trajes á unos clientes ingleses que allí veranean.

Mas por una equivocación del empleado de la estación encargado de la expendición de billetes, Julia recibe los billetes que los dueños del almacén de *Madame Hortensia* habían mandado reservar para la Condesa de la Posada, los cuales no eran para Deauville, sino para el balneario de Saint-Pó, adonde, sin querer, el conductor del tren desembarca á Julia. Al llegar al hotel, Julia es recibida con toda clase de honores y atenciones, cual si fuera la mismísima Condesa de la Posada, y es conducida ceremoniosamente á las habitaciones que estaban reservadas para ésta, quien, como era su costumbre, viajaba de riguroso incógnito.

El hecho de que la Condesa viajase siempre de incógnito, unido á la circunstancia de vestir con deslumbradora elegancia los ricos trajes y abrigos de costosísimas pieles que debía haber entregado á los clientes de Deauville, hace que todo el mundo tome á Julia por la verdadera Condesa. A las pocas horas de su llegada al hotel de Saint-Pó, Julia es el blanco de la codicia de los hombres y de la envidia de las mujeres, quienes, enterada de que la Condesa se viste en los almacenes de *Madame Hortensia*, se apresuran á encargarse por telégrafo docenas de trajes y abrigos de pieles al famoso establecimiento parisién.

Aquella noche llega al hotel el Conde de la Posada, y, como es natural y lógico, se instala cómodamente en las habitaciones que su esposa

había reservado. Esto ocasiona el primer conflicto, pues al salir la impostora involuntaria del baño donde se encontraba, no puede contener su sorpresa al ver en la habitación á aquel desconocido en pijama, paseándose con la tranquilidad del legendario don Pedro.

A la mañana siguiente llega al hotel Roberto y ocurre el segundo conflicto, pues Teresa, ciega de celos, tiene buen cuidado de dar cuenta al joven de la escandalosa conducta de la joven del vapor á quien tanto admiraba. Roberto se resiste á creer lo que Teresa le dice y, deseoso de ver á Julia, se dirige á la habitación que la joven ocupa, á quien encuentra en la puerta en *des-habillé*, tratando de huir del Conde de la Posada, que la persigue en pijama.

El conflicto se agrava con la inesperada llegada de la Condesa verdadera, quien exige cuentas á su marido por lo que ella supone, no sin sobrados motivos, su infidelidad.

La extraña conducta de Julia, de la cual es testigo presencial, induce á Roberto á creer que lo que Teresa le contó de Julia no es una calumnia impulsada por los celos, sino una verdad como un templo, y se marcha precipitadamente, sin dignarse escuchar las explicaciones que la joven quiere darle en justificación de su conducta.

La película termina con el consabido beso, pero antes que Julia y Roberto hagan las paces, ocurren algunas escenas interesantísimas que sólo viéndolas pueden apreciarse en toda su emocionante intensidad.

CAMARA-FIU



De la carrera de caballos para las «girls» inglesas.—La amazona vencedora, miss Betty Mc Arthur, sobre el caballo «The Sift», en uno de los saltos del concurso organizado en Hertfordshire en el que han participado numerosas muchachas aficionadas al hípico deporte



cabe que tales resultados adversos, fué, durante los Juegos olímpicos de París, el triunfo de los norteamericanos, cuya técnica, superior absolutamente á la de los jugadores del viejo Continente, fué el estorbo del que se despojaron en Colombes á la hora de jugar, para, forzando los resortes de todas las violencias, lograr la gran victoria que asombró al mundo por lo inesperada.

Ahora también lo ha sido la de los galos, y, como entonces, el único secreto fué el del entusiasmo, motor que en deporte sirve á quien con más fe le emplea.

¿Qué harán nuestros jugadores casi noveles en el primer partido internacional próximo contra los enardecidos franceses?

JUAN DEPORTISTA

Concurso atlético femenino en Norteamérica. Las vencedoras de las eliminatorias nacionales de los cien metros con vallas corriendo la prueba final en el estadio neoyorkino

(Fots. Agencia Gráfica y Marín)

Un sucedáneo inofensivo de la cocaína

PERSEGUIDO en todas las naciones el comercio de drogas estupefactivas, tales como el opio, la morfina y la cocaína, los explotadores de la locura humana hanse dado á buscar sucedáneos de dichas sustancias tóxicas que, produciendo análogos efectos, no sean perjudiciales para el organismo. Ahora parece que un químico francés ha dado con la solución del problema.

Estudiando las propiedades de ciertas plantas americanas, acaba de descubrir que una especie de cactus mejicano llamado *peyote*, destilado bajo ciertas condiciones, produce un jugo de agradable sabor y de fácil manipulación farmacológica. Absorbido ese jugo, aunque sea en pequenísimas dosis, determina un estado de somnolencia agradabilísimo, durante el cual se experimentan sensaciones deliciosas, sin peligro alguno para el sistema nervioso. La embriaguez del *peyote*, que por lo demás es en extremo pasajera y no deja en pos de ella consecuencias dañosas ó desagradables, es, según el descubridor de la nueva droga, como si se presenciase una maravillosa y fantástica película coloreada, en la que las plantas, los animales y los paisajes adaptasen por arte de magia los más extraños y seductores aspectos. Otra propiedad del *peyote* es la de dotar á la persona que con él se embriaga de una especie de doble vista. Cierta señora sometida á los experimentos del químico francés no sólo describió exactamente todos los detalles de un salón que jamás había visitado, sino que realizó con enteró éxito varias pruebas de lectura del pensamiento.

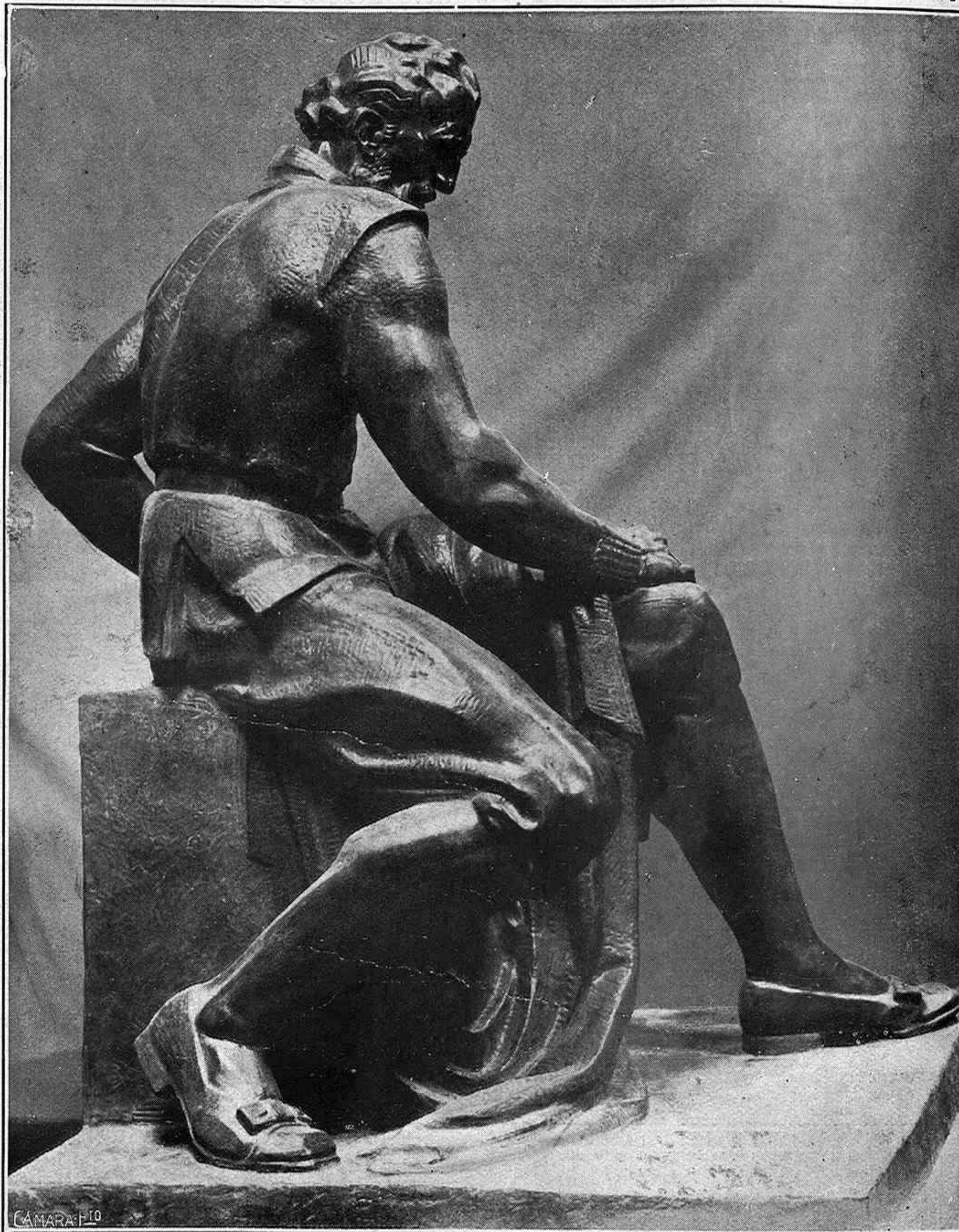
HOTEL INGLATERRA
De primer orden - GRANADA

La sala de lectura de la Biblioteca Nacional de Berlín



MUESTRA nuestra fotografía dicha principal dependencia de la antigua y famosa Biblioteca Real de Berlín, que á partir de 1918 tomó el título oficial que aparece en el epígrafe. Esta biblioteca, una de las más copiosas y mejor organizadas del mundo, contaba ya en 1682 más de cinco millones de volúmenes. Actualmente ocupan los libros en las estanterías una longitud total de 42 kilómetros. La gran sala central de lectura de esta magnífica institución cultural dice por sí sola la importancia de los servicios que presta á la juventud germánica la Biblioteca Nacional de Berlín.

MONUMENTO Á FRANCISCO RIBALTA



Estatua en memoria del ilustre pintor levantino Francisco Ribalta, inaugurada recientemente en Castellón de la Plana. Obra del notable escultor Adsuara

UNA GRAN OBRA DEL ESCULTOR ADSUARA

HE aquí una magnífica manifestación del arte insuperable, recio y viviente, del escultor castellanense Adsuara.

En este caso, el buril ha interpretado fielmente, humanamente, la figura inmortal de aquel ilustre pintor que se llamó en vida Francisco Ribalta, autor de tan maravillosos lienzos como *San Bruno*, *La Crucifixión*, *San Francisco de Asís*, *enfermo*, y *La Sagrada Eucaristía*, que con otras interpretaciones debidas á su pincel genial, se conservan en el Museo de Bellas Artes de Valencia y en nuestro Museo del Prado.

La obra del notable escultor Adsuara á la memoria del pintor Ribalta, ha sido inaugurada recientemente en Castellón de la Plana, con asistencia de las autoridades, representaciones del Ayuntamiento de Valencia y de entidades artísticas.

Al acto de la inauguración, que resultó concurridísimo y solemne, asistió el gobernador de la provincia, quien descubrió la estatua á los acordes del himno regional valenciano.

Terminado el acto, la comitiva se dirigió al Ateneo para inaugurar la Exposición de homenaje al ilustre pintor levantino D. Francisco Ribalta, en la que figuran obras de José Ignacio Pinazo, Benlliure, Sorolla, Capuz, Hermoso y otros distinguidos artistas.